

Pablo Lerman

# CONSTRUCCIÓN DE LA INOCENCIA

(novela)

Originalmente editada por el Grupo Editor Latinoamericano

*Colección* Escritura de hoy

Primera Edición 1998, Buenos Aires

ISBN 950-694-556-X

Hecho el depósito que dispone la Ley 11723

Derechos reservados

**Permitida su reproducción total o parcial a condición  
de que se mencione expresamente el nombre del autor**

*A Diego, Julieta  
y Alejandro,  
albañiles de la ternura.*

Cuando subió al avión, el gusto del último mate no lo había abandonado. Miró sin curiosidad a su vecino, abrochándose a su butaca mientras espiaba por la ventanilla. Algún lugar de la memoria le repitió - como en cada vuelo - que viajar encima del ala era peligroso. Si sucedía un accidente, estar a centímetros del ala y casi sobre ella, significaba no tener chance. Quizá por eso insistía en la ubicación.

- Para fumadores. Ventanilla. No muy atrás, por favor, había indicado al momento de elegir asiento. Se dijo ahora, pues, que si moría a consecuencia del lugar elegido, esa cuenta debería cargarla en la del vicio. De todos modos: ¿A quién le interesaría ese saldo? De última, también el vicio era su elección. Libérrima e idiota, como toda elección a la que se le intenta dar una trascendencia que vaya más allá del prejuicio, de la adicción o las ganas. Miró brillar el sol en el metal y se acordó de su casa y de que, por la urgencia de su viaje, no había tenido beso de despedida. Ni de Isabel ni de los chicos, en aquel momento en el colegio. Antes de cerrar la puerta del departamento, dejó una notita, mínima, que solo servía para limpiar el recuerdo de la ida y no convertirla en escapada. «*Salgo de viaje. Traeré alfajores. Los quiero mucho*», les había escrito en una hoja de cuaderno. De donde, pese a lo abrupto del viaje y sin decirlo, explicaba: *Yo, que los quiero mucho, debo dejarlos. Para llenar el hueco de mi ausencia, prometo alfajores; endulzarán mi vuelta convirtiéndola en el regreso del queredor abundante*. Se sentía cansado. Hubiera preferido evitar este vuelo que lo tenía contra el respaldo de su butaca, contando los minutos para despegar. Se repitió que su trabajo era una mierda;

que cada vez que abordaba un avión se decía lo mismo, y que ese recordatorio no servía de nada. La Compañía había dispuesto que viajara, y Marilú encargó su pasaje. Con vuelta «open», señaló el Perro. No sabe cuántos días le llevará. La generosidad en el cálculo del tiempo no se reflejó en los viáticos. Cuando se los liquidaron, hizo un gesto de disgusto.

- No alcanzarán. Tengo que pagar hotel.

- Gaste lo que necesite, concedió el Perro. Si le llega a faltar, use su tarjeta de crédito que después se lo reintegraremos. Eso sí, tráigase los tickets.

Brodsky hizo una mueca de fastidio.

- Me obliga a coleccionar papelitos o a inventar gastos. ¿Confía en mí o no?

- Hasta cierto punto, aseguró el Perro. La Compañía tiene sus normas y debe respetarlas. Acuérdesse que maneja plata ajena.

- Tengo que andar con los bolsillos llenos de boletas sólo para justificar centavos.

El Perro lo miró serio. Déjese de caprichos, Brodsky. Vaya y vea qué se puede hacer. Lo espero de regreso con sus comprobantes. Y si encima trae alguna solución, mejor aún.

El avión despegaba y contrajo el estómago para ayudarlo a subir, mientras se imaginaba saliendo de la ciudad por una puerta abierta entre las nubes, como en un cuadro de Magritte. Bufó, reprochándose la recurrencia de sus fantasías. Eran volvedoras, insistentes. Rutinarias. Como yo, se dijo. Cuando había regresado de Riera, imaginó lo mismo. Y también al ir y volver de Yerbatales. Y se contará idéntica foto cada vez que viaje, como un rito que la costumbre vaciará hasta volverla estúpida por reiteración.

Cuando el cartel luminoso lo permitió, encendió un cigarrillo y abrió el diario. La tapa traía avances de noticias chorreantes de sangre o de mierda. Como siempre. De donde ya no eran ni de sangre ni de mierda, sino solo un montón de ruidos molestos, inocuos a fuerza de cotidianidad. Ruidos y murmullos inentendibles, inatendibles en cualquier caso. Extraños y, sobre todo, aburridos pese a su terrible variedad, conformando un carrousell

de crueldades y traiciones que desembocaban en un desencanto que no por repetido desamparaba menos. Con un bostezo que tenía más de fastidio que de cansancio, plegó el periódico y pensó en la ciudad de destino: Candelaria, semidesierta como siempre a principios de primavera. Los desocupados tratarían de pescar un rayo del sol tibio de Las Ramblas, mientras los leones de Playa Dorada conservarían ese aura irreal que les encontró la primera vez que los vio de la mano de su padre, quien se los había señalado diciéndole que esos leones de mármol, blancos como su mármol blanco, estaban allí cuidando que el mar no se fuese. Brodsky, que entonces era un chico, los había mirado preguntándose cómo su papá podía creer o decir semejantes tonterías. Un hombre grande tratando de engañar a un pibe. Insólito. Veía cómo su padre adoptaba un aire angélico, quizá conmovido hasta el caracú por su ataque de poesía y se sentía culpable de su falta de inocencia o por su exceso de criterio de realidad.

Desde el asiento 21A para fumadores del vuelo AR 204, se reconoció demasiado cansado para revivir imágenes, antiguos sueños o pasiones vencidas. Él era nada más que un hombre de la Compañía, a quien el Perro encomendó de apuro que viajase para arreglar el maldito asunto de Valdéz o, mejor dicho, el maldito asunto de Jorgito. Se recordó que su padre había muerto hacía años, y solo era una sombra, un origen referencial o un rostro que de tanto en tanto aparecía en sueños de sobresalto; y que los leones debían seguir sobre sus pedestales junto a la playa cuidando, ya que no el mar, al menos el recuerdo de su papá al mostrárselos.

El Perro le había dado una carpeta que no leyó. La metió en su valijita de viaje, entre una camisa, una muda de ropa interior y un pulóver, para revisarla antes de su encuentro con el abogado.

- El doctor Velasco lo espera a las 15.00, le advirtió el Perro. Le dará el asesoramiento que necesite. Estúdielo. Me interesa su opinión sobre él. - Qué tal es?

- Tiene fama de bueno. En todo caso, no tenemos otro allí.

Lanzó la última bocanada y cerró los ojos, que volvió a abrir cuando el avión iniciaba el descenso. Contrajo el estómago

mientras imaginaba a la ciudad abriéndose para recibirlo. Cuando finalmente la máquina se detuvo, esperó a que se despejase el pasillo y tras saludar a las azafatas bajó a paso vivo.

Cruzó las puertas de blindex y miró a todos lados hasta descubrir un micro al que trepó con apuro, dejándose caer en un asiento.

- ¿Va al centro?, interrogó al chofer.

- Sí. En unos quince minutos.

Brodsky se dijo que era demasiado tiempo y que él no tenía obligación de cuidarle el dinero a la Compañía hasta ese extremo. Tampoco había mérito en un ahorro de ese tipo, por lo que bajó sin decir palabra y fue hasta un remise.

- ¿Va al centro?

- Adonde quiera.

- Por ahora, solo al centro, dijo abriendo la portezuela.

- Tiene que sacar boleto, indicó el remisero señalando el edificio del aeropuerto.

Con fastidio, cruzó de nuevo las puertas de blindex y se arrió a un mostrador que exhibía unas tarifas de viajes. Descubrió una hilera de pasajeros esperando contratar coches y sintió que el ánimo se le nublabá. Volvió a las dársenas, y buscó la parada de taxis con algo de desesperación.

- ¿Va al centro?

- Sí, dijo el taxista, cerrando el diario.

- ¿No tengo que sacar ticket? ¿Algún boleto?

- Ninguno. Suba nomás.

Se instaló tirando su equipaje sobre el asiento, con un suspiro de alivio. Las cosas parecían enderezarse. El automóvil salió rumbo a la ciudad. Bajó el vidrio, y aspiró el olor del mar.

- ¿A qué parte del centro?

- Lléveme a un hotel. A uno bueno.

El conductor asintió y, al llegar a una rotonda tomó por una avenida interior, dejando la costa. Brodsky lo lamentó, ya que apenas había podido intuir las olas y hubiera querido verlas. Hacía

años que no estaba en Candelaria. La ciudad le recordó otra, pero ésta parecía más deteriorada. Lo mismo pasaba con él, por lo que se abstuvo de continuar con la crítica. El coche paró ante un hotel y se dijo que tenía demasiados vidrios y la mampostería gris de su fachada le enfriaba el alma. Pero no tuvo fuerzas de ir a otro lado. En la recepción pidió una pieza. Extendió su documento y su tarjeta de crédito al conserje y anunció que, en principio, estaría hasta el día siguiente. Llenó el cartón de ingreso y, después de un titubeo, en el casillero de «ocupación» anotó *empleado*. Las dudas lo habían asaltado por primera vez en Jureña, luego de haberse inscrito como *asesor*. En ese momento, cayó en la cuenta de que eso no era un oficio ni una profesión, sino sólo un pretexto funcional en el organigrama de la Compañía. Afuera no significaba nada. El conserje de Jureña había esperado la tarjeta de ingreso para darle la llave, pero él había seguido con la mirada fija en la descripción de su cargo, hasta que decidió reemplazarlo, con trazos poco convencidos, por *empleado*. Apenas lo hubo escrito, quedó mirando la tarjeta sin saber qué hacer y observó que el jureño seguía con la llave en la mano.

- Quedó desprolija, ¿verdad?

- No tiene importancia.

- Si quiere, hago otra.

- Déjela, no interesa. Sólo es una rutina. Por si la pide la Policía.

Brodsky había sentido que la explicación del otro era la peor. Que fuera nada más que una rutina policial le degradaba la duda. Se había interrogado sobre su trabajo y por su ocupación, llegando casi a un cuestionamiento vital, mientras que al conserje el dato no iba más allá del hecho de llenar un registro que nadie leía. Pero él había dudado, con algo de vergüenza, y tachó su primera definición para hacerse más verídico o comprensible y todo había sido inútil, una pérdida de tiempo, una reflexión sin destino que sólo servía para fastidiarlo. Molesto, se había dicho entonces mientras seguía al cadete hasta su cuarto, que ese hotel jureño carecía de comodidades y era sucio. Más propio para el empleado de la en-



mienda que para el asesor escondido en un borrón. Apenas ingresó a la pieza, la había recorrido con ojo crítico, descubriendo una heladerita vacía y desenchufada y en la mesa de luz, un ejemplar del Nuevo Testamento, distribuido, según se anunciaba en la primer hoja, por una Iglesia Evangélica para Viajeros. Quizás exista también una Iglesia para Asesores, murmuró cerrando el libro. Tendría que buscarla. Abrió el ventanal y vio que daba a un cañadón por donde discurría el Pedregales. Un hilo de agua espesa se deslizaba con dificultad entre basuras. Si aquello era un río, él podía ser un empleado. Al cambiar su ocupación, se había hecho entendible y seguramente más tranquilizador, pese a que un verdugo, un policía o un asesino a sueldo también eran empleados. Ese titubeo y ese antecedente le volvían hoy en Candelaria, con la recurrencia de los hechos que le pasan a aquellos que no tienen demasiadas novedades en su vida, como el recuerdo del sabor de un vino viejo. Y conociendo el paño y su propia tontería, escribió *empleado* y firmó la tarjeta para recibir su llave, mientras que otro cadete - más despierto, más rápido y (se dijo) más blanquito que el de Jureña - manoteaba su valija acompañándolo hasta la habitación asignada, donde le señaló con voz monótona las comodidades y el funcionamiento del aire acondicionado.

- ¿Hay comedor?

- En planta baja. Hasta la tres puede almorzar. Se cena a partir de las ocho.

A solas, arrancó unas fajas de papel que cruzaban el inodoro como garantía de limpieza y orinó. Se sacó los zapatos y probó la cama, disponiéndose a una siesta. Tenía pocas cosas que decirse y ninguna que valiera la pena. Como le ocurría al llegar a una ciudad ajena, se le había vuelto a aposentar esa sensación de vacío. Se adormeció antes de sentir más pena por él mismo.

En la Compañía suponían que le gustaban los viajes. Esa idea provenía de Argüello que, al recomendarlo, había incluido entre sus cualidades, la de viajero incansable. Tal atributo le fue

adjudicado como tantos otros que Argüello le impuso, no para satisfacer el perfil del puesto sino por mero capricho, para demostrarle que podía transmutarlo como si fuera un mineral, hacer de él una alcachofa, si fuera necesario o conveniente; y que él - Brodsky - urgido por la necesidad, asediado y casi capitulando por el hambre y la falta de dinero y de ocupación, «mal entretenido» (como decían antaño los bandos policiales), él - Brodsky - tuvo que aceptar todo lo que Argüello quiso decir o referenciar sobre él, como quien deglute una cucharada de aceite de ricino. En la necesidad, en la urgencia, en la debilidad y en el deseo, aceptó el mandato: era un trotamundos y el avión su segundo hogar. Para explicar el fin de su manía viajera, le dijo a Mantalián que su casa, su escritorio y sus rutinas tiraban. El otro coincidió con un cabezazo.

- Claro, además ya no somos pibes. Cuesta moverse.

Brodsky había asentido.

- Uno se acostumbra a las rutinas, dijo. A los olores, a los nombres de las calles. A ser de un lugar. Como los gatos, ¿no? Marcas el territorio y no querés moverte. Y los años pesan.

Recordó esa charla. Mantalián, aquella vuelta, quiso hacerlo hablar de Venezuela, más precisamente de Caracas, y él se había escapado con frases hechas - .... *igualita a cualquier ciudad grande, demasiado calor, se toma mucho, sobre todo ron* - y el otro había asentido al enterarse que Caracas era como la imaginaba y que nada perdía al no conocerla. Completó la información diciendo que *...hay muchas autopistas y aparatos de aire acondicionado que te ensordecen*. Obturó de esa forma el recuerdo de tantas cosas: La novedad de un paisaje, la ansiedad del inmigrante, la nostalgia del emigrado. El aroma de otros mares, el color de otros valles. Mejor sacudir la cabeza y alejar el recuerdo de aquel Caribe que nunca logró hacer propio. Sacudió la cabeza, y el Caribe se perdió en una somnolencia cálida, que le hizo recordar las olas de Caleta Magüey. Alejó los recuerdos y controló la hora. Velasco lo esperaba a las tres y salvo almorzar, no tenía lo que hacer. Salió del hotel, sintiendo el ardor del sol en su calva.

Anduvo sin rumbo hasta que le dolieron los pies. Entró en un

bar, más para sentarse que para tomar un café. Sentía las plantas de los pies ardidadas, encerradas en los zapatos que pesaban como plomo. Se vio reflejado en un espejo y pensó que ese tipo no era él. Ese que toma café, nada tiene que ver conmigo, se dijo. Ese, en realidad, es el Brodsky que conoció Mantalián a través de los relatos de Argüello. Es decir, un invento de Argüello que era, a esa altura, otro invento o un fantasma.

- Policía, definió Servidio.

Al oirlo, Brodsky había tenido un sobresalto.

- ¿Y eso de dónde?

Servidio sonrió.

- ¿De donde lo sacás?, insistió.

- No preguntes bobadas. Vos sabés.

- ¿Qué?

- Que Argüello era policía y por eso te traje. Porque vos también lo sos o lo fuiste, ¿verdad?

Brodsky estuvo tentado a negarlo, pero se contuvo.

- ¿Qué contó Argüello?, interrogó con prudencia.

- El no hablaba. Miraba. Pero habló de vos como de un camarada. No lo niegues. Vos sos o fuiste policía.

- Estás equivocado, se excusó Brodsky. Fuimos compañeros del secundario y me consiguió trabajo cuando volví de Venezuela. Nada más. Hacía años que no nos veíamos. Y no trabajo de botón.

En ese momento se dio cuenta que poco sabía de Argüello, y maldijo su despreocupación. Tendría que haberse interesado más en la trayectoria de quien lo apadrinó.

- ¿Qué pensás que era Argüello?, preguntó.

- No hay que hablar mal de los muertos, quiso escapar Servidio. Dejálo.

- No, me interesa. Entre vos y yo: ¿qué te parecía?

Servidio había mirado hacia cualquier parte.

- Para mí, era un bicho. Los capos lo estimaban, pero los demás le teníamos pánico, recordó. Cuando supimos que te había recomendado, esperamos a otro como él. Fuiste una sorpresa.

- ¿Por qué?

- Porque no mirás de reajo ni reventás a nadie. Si fuiste cana, no das impresión de serlo hoy. Es verdad que los tiempos han cambiado y no se da lo de entonces. - ¿Que se daba?

- Vos sabés, dijo Servidio sacudiendo el aire con la mano.

- No, estuve afuera esos años.

- ¿Exiliado?

- No lo diría así. Emigrado. De puro aventurero.

- Te habrás enterado, de todas formas. Y sino, no tiene sentido que te lo diga, cortó el otro.

Brodsky miró al tipo de bigotes que sorbía café desde el espejo de la confitería. Ese era él, aunque le resultara difícil reconocerse. Se sentía un extraño hasta para él mismo. Con más de una hora por delante, decidió perderla mirando el mar y allí fue. Encontró Las Ramblas más pobladas de lo que había supuesto. Jubilados, estudiantes, turistas de temporada baja y desocupados vagaban por la playa tomando sol o cerveza, según sus presupuestos. Se sentó en la escalinata. Unos chicos jugaban al fútbol entre los esqueletos de las carpas del balneario y se entretuvo viéndolos. Un viejo se sentó a su lado. Abrió el diario y, antes de ponerse a leer quiso darle una opinión.

- ¡Mírelos! Lo único que saben es pegarle a la pelota... En vez de trabajar o estudiar, pierden el tiempo en tonterías.

Brodsky sonrió de compromiso.

- No se ría, que es grave. Después roban para comprarse porros.

- Maradona también empezó pateando una pelota en un potrero, observó Brodsky.

- ¡También terminará robando! ¿No ve lo que les pasa a estos? Sueñan con la gloria, masculló. Ser famosos y llenarse de plata y de mujeres. ¿Y después? Terminan para el diablo. ¿O no lee usted las noticias?

- Hoy no leí el diario, se disculpó Brodsky.

- Hizo bien. Cada día viene peor. Sólo malas noticias. Está todo para el diablo ¿no lo cree?

El viejo le molestaba, pero le sonrió con aire bobo y dejó que sus ojos se perdieran en la lejanía: - Más o menos, contestó por decir algo. Siempre hubo malas novedades. Las buenas noticias no interesan a nadie, sabe, dijo alejándose.

Encontró un sitio desde donde el otro no podía verlo y se sentó a mirar el mar. Al rato tuvo sed y compró una gaseosa. Un chico le ofreció una tira de aspirinas y la rechazó con un gesto. - Dele, don. Son dos calines.

- No, pibe. No la quiero.

- Ayúdeme, no sea malo.

El pibe se sentó a su lado, y tuvo miedo que se quedara.

- Tomátelas ¿querés? ¡Rajá de aquí!

- Podría comprarme algo, ¿no?

Brodsky sintió que se crispaba.

- No quiero. Andate, ¿entendés?

- Me voy. ¡Pero no me compra de basura que es, nomás!

Brodsky amagó con incorporarse y el pibe se alejó corriendo, sacándole la lengua mientras hacía con la boca un pedorreo de desprecio. Terminó de beber y arrojó el vaso de papel hacia la playa, sintiendo que en cualquier momento vendría alguien a reprochárselo.

- Estoy cada vez más idiota, se retó.

Tomó un taxi hasta el hotel y se tiró vestido en la cama. En el frescor de la penumbra, murmuró que su trabajo, sus preocupaciones y ocupaciones, se estaban volviendo actos que valían porque llenaban espacios que, de otro modo, quedarían vacíos. Apenas lo dijo, se acordó de su casa, de su mujer y de los chicos. Cerró los ojos y le apareció Isabel poniéndose el corpiño a la mañana, al pie de la cama, el pelo suelto, la cara conservando humos de sueños aún; y sin darse tiempo a que la imagen se detuviera, desapareció Isabel en la bruma para dejar lugar al viejo lector de diarios hablando del Apocalipsis y apenas se esfumó su visión desdentada y desdeñosa, lo reemplazó la figura guaranga del chico de la playa, mirándolo burlón a través del recuerdo.

- Carajo, protestó incorporándose.

Eran poco más de las tres cuando llegó al estudio de Velasco. El edificio era viejo y más feo de lo aceptable. Se anunció por el portero eléctrico, y una mujer angulosa le franqueó el ingreso a un departamento de la planta baja. Apenas entró a lo que había sido originariamente pensado como living-comedor y que ahora oficiaba de sala de espera y recepción, se encontró ante un hombre provisto de una sonrisa de estereotipo y con méritos suficientes para ser modelo de Botero. El doctor Velasco era, sin dudas, un hombre muy gordo. A más de su volumen, resultaba llamativa la forma en que la gordura se le había distribuido por el cuerpo. De pecho hundido y hombros estrechos, el abogado se ampliaba hasta alcanzar una enorme circunferencia en la cintura. La grasa se contenía en parte por un cinturón de cuero, que a pesar de ser ancho, era desbordado por una tripa grotesca y grosera. Se movía con pasos cortos y fatigados, resoplando con la lentitud y el aplomo de un paquebote.

- Velasco, se presentó extendiendo una mano blanda y regordeta. ¿Que tal el viaje?

- Bastante bueno, respondió estrechándosela con un ademán rápido, como para evitar quedarse pegado a ella.

El otro lo invitó a su despacho. Brodsky lo recorrió con mirada atenta. Era una pieza color crema, con un ventanal cubierto por una cortina de voile que filtraba suavemente la luz proveniente del exterior. Una máquina manual de escribir descansaba sobre una mesa de patas de hierro junto a una computadora sin prender. Una lámpara de bronce y un busto del Coronel Pascual adornaban un escritorio que parecía salido de una repartición pública o de un negocio de antigüedades. Un par de sillas y un sillón de cuerina verde completaban el mobiliario. El conjunto debía iluminarse con las cuatro lámparas de la araña de bronce que pendía del techo, en ese momento apagada. A excepción de la computadora, lo demás era todo viejo. La otra incorporación tecnológica era un teléfono inalámbrico, que el abogado portaba en el bolsillo. Velasco

tomó asiento detrás del escritorio, en un gran sillón que Brodsky imaginó de dos plazas y lo invitó a tomar asiento con un gesto. Sacó el teléfono, dejándolo a mano, y se miraron en silencio. Brodsky se sintió molesto. Le hubiera gustado que para romper el hielo, al menos lo invitaran con un café. Pero el otro parecía en otra sintonía.

- Y bien, empezó Velasco como quien concluye un pensamiento. Querrá saber cómo estamos.

Brodsky asintió y durante un rato, el otro estuvo contando de audiencias, escritos, peticiones, pericias, recursos y demás trámites que tenían por delante. Hablaba con una voz monótona que lo iba adormeciendo.

- ¿Salimos de esta?, interrumpió buscando despabilarse.

Velasco tardó en responder.

- Salir, repitió juntando las manos de manera que las yemas de los dedos se tocasen. No puedo afirmarlo. No sería ético anticipar un resultado que se desconoce. - ¿Cual es su impresión?

- Jorge Freitas será declarado culpable en sede penal. Ha atropellado a un hombre, que murió por eso. Esta es una ciudad que mantiene su alma de pueblito. Todo aquí es chico y pobre, y lo único grande es el resentimiento. No sé de ningún atenuante que pueda esgrimirse. Y en lo que hace a la parte civil, la propietaria del vehículo es una compañía de la capital, que tiene plata. Eso hace que, hasta por principios localistas, también ahí existen razones para que se la condene.

- ¿Cual es su plan?

El abogado pareció sorprenderse. Lo miró por encima de sus anteojos y después de una pausa, dijo que los chicos saldrían en libertad apenas el juez resolviera su situación procesal. A Freitas lo procesarían. A Amato, el acompañante, no. Ese quedaba limpio. Después, habría que discutir la indemnización con la familia del muerto.

- ¿Cuanto podría valer ese tipo?

- Dicho así, suena duro.

- Hay que estimar un costo. ¿Cuánto saldrá, según su experiencia?

- El problema es ese, puntualizó Velasco. Cuando la mujer reclame, no se discutirá sólo el valor de la vida del tipo, sino también otros aspectos de la cuestión que aún ni se pueden adivinar, ya que el sumario está crudo. Todavía no pasaron veinticuatro horas desde el hecho.

- ¿De cuánto podría ser el reclamo?

- Podrían pedir hasta quinientos mil calines. No sabemos si el muerto tenía hijos.

- ¡Es una barbaridad! En la capital, una indemnización no pasaría de los doscientos mil.

- Aquí en provincias, la gente vale mucho cuando está muerta y la tienen que pagar los de afuera. De todas formas, no se preocupe, que un reclamo así no prosperará. Por los datos que pude juntar, el tipo no vale más de cien mil, con toda la furia. Era de extracción baja.

- ¿Qué significa eso?

Velasco lo miró como diciéndole que él lo sabía.

- Que se trata de un pobre. Era un seco.

- ¿En qué trabajaba?

- Estibador o changarín, algo así.

Brodsky sacó un cigarrillo y lo encendió. Se miraron desde cada lado del escritorio, y a Brodsky se le ocurrió que al abogado parecía no hacerlo feliz tenerlo allí.

- ¿No se podría arreglar con la viuda?

- Me pareció una tipa difícil, explicó Velasco.

- ¿Por qué difícil?

- Es áspera. Vulgar y áspera. Del tipo de las intratables, no se si me explico. Eso es un problema.

Brodsky coincidió. Hay gente que si le matan alguien cercano se pone problemática. Usan la desgracia para volverse insoportable.

- No se extrañe que nuestra defensa sea plantear que el accidente ocurrió por culpa del muerto, aclaró Velasco. Por su falta de cuidado. Tengo la sospecha de que cuando lo pisaron, andaba



escapando. Tenía prontuario. En una de esas, venía de robar. Y ella también tiene su historia. No es difícil. - ¿No dijo antes que lo era?

- Me refería a otro aspecto. No es difícil como mujer. Trabaja en el «Marrakesh», un cabaret de lo peor ¿se da cuenta? Pero el punto importante de mi defensa será que la culpa fue de Valdéz.

- Valdéz es el muerto, no?

- Exacto. Loreto Valdéz.

- ¿La señora de Valdéz cómo se llama?

- Gándara. Irma Gándara. No usó el apellido de casada.

- Me doy cuenta de que es un asunto complicado.

- Para nosotros es complicado, pero técnicamente no ofrece misterios. Simple, llano. Sencillo. Esto hace que la condena sea segura. Veremos qué sale de la pericia. Será un buen indicador de lo que podemos esperar.

- ¿Para qué la pericia? ¿Hay alguna duda?

- Siempre se hace una pericia en estos casos. Además, si hicieron las cosas bien, tendrían que haberle sacado sangre al chico Freitas para ver si estaba bebido.

- ¿Lo estaba?

- ¿No le digo que no sé? No tengo idea siquiera si le hicieron la extracción. Acá las cosas son un poco rudimentarias, ¿me explico? Estamos lejos de la capital y la policía tiene pocos recursos. Lo que es seguro es que si lo hicieron, todavía no deben haber mandado la muestra al laboratorio.

- ¿Les tomaron declaración?

- En la comisaría. Recién mañana o pasado la harán ante el Juez.

Brodsky permaneció un rato en silencio y finalmente decidió arriesgar una carta.

- Tenemos algunas ideas, dijo acomodándose en la silla. Para ponerlas en práctica, necesito hablar urgente con esos dos idiotas. ¿Me puede arreglar el contacto?

- No. Están incomunicados.

- Es urgente.

- Imposible. Podrá hacerlo después de que los vea el Juez.
- Será tarde. Tiene que ser antes. Ahora.
- No se puede. Es una cuestión procesal, ¿se da cuenta?
- Perfectamente. ¿No conoce a nadie en la comisaría?
- Sí, aquí todos nos conocemos. Pero no puedo hacer un pedido semejante.

Brodsky respiró fuerte y se mordió los labios.

- Tenemos algunas ideas, repitió. Es necesario que el pibe Freitas no aparezca manejando. Tengo que convencer a Amato para que diga que el chofer era él. Habría que corregir la declaración que hicieron en la policía y si les sacaron sangre, cambiar los frascos. Antes de que los vea el juez. Me tiene que ayudar.

- ¿A quién se le ocurrió esa fantasía? ¿Qué creen en la capital que es la justicia en Candelaria? ¿Cartón pintado?

- Fue una idea mía, doctor. Y por más loca que suene, voy a tratar de llevarla adelante. Usted sabe que se puede. Lo dijo: acá se conocen todos. Por lo menos, los que importan. Se adeudan favores, se los compran y se los devuelven. En fin, no necesito hablar demasiado de un tema que conoce.

- Planteado así y llevándolo usted adelante, no cuente conmigo. No puedo hacerlo.

- Entonces, doctor, usted no nos sirve.

- No le permito hablarme de esa forma. Yo no soy ningún improvisado, señor. Si le digo que no se puede, es porque existe un artículo del código de procedimientos que lo impide. No es un capricho mío ¿lo entendió, verdad?

- Esas son mis instrucciones, dijo Brodsky incorporándose. No lo tome a mal, pero necesitamos resultados. Rápidos. No podemos esperar.

- No soy un saltimbanqui. Lo que debo hacer, lo haré. Lo que no está a mi alcance, no.

Brodsky calló un instante, en el que llegó a la conclusión de que la charla no daba para más.

- Usted sabe que puede. Por algo lo elegimos. No es un improvisado. Contacte a su policía y tantéelo. Quizá podamos con-

seguirlo, dijo incorporándose. Me encontrará en el hotel o me deja dicho.

- ¿Y si no lo logro?

Brodsky lo contempló con aire ausente.

- Cobra por sus servicios, ¿verdad? No creo que tenga en Candelaria otro cliente de la importancia de nuestra empresa. Los honorarios que le pagamos deben ser generosos.

- Es un tema que todavía no está acordado.

- Muévase, doctor. Le conviene. Consígame el acceso a los pibes y trabajemos juntos. Me avisa. ¿Estamos?

- Trataré, prometió Velasco mordiendo la palabra.

- Dependo de su trabajo, dijo despidiéndose.

De vuelta en el hotel, se dijo que su regreso a casa no iba a ser tan rápido como se lo había prometido. Tomó el teléfono y llamó al Perro.

- La cuestión es complicada, informó. Los chicos ya declararon en la Comisaría. Pronto lo harán ante el juez y están incomunicados. Velasco me pareció un imbécil. Le pedí que me arregle una charla con ellos, pero anticipó que será difícil.

- Tiene que lograrlo. Si no, se va todo al diablo. No espere que el abogado se mueva. Vaya y hable con quien sea.

- No conozco a nadie. Si lo paso por encima, se ofenderá.

- No me venga con historias. Usted pasa por encima de ese cuervo, contacta con la policía, habla con los chicos y arregla la cuestión como hemos acordado.

- Está hablando con Brodsky, no con el mago Mandrake. Haré lo que pueda, pero avísele entonces. Dígame que es orden suya.

- Si me tengo que encargar de todo, vaya haciendo su equipaje. ¿Me comprende?

- Creo que sí. Es una lástima. Pensaba regresar pronto.

- Tiene que sacar a Jorgito de este lío. Le di carta blanca y necesito resultados. No importa cuánto le lleve. Además, el aire de

mar es saludable, recordó el Perro como despedida.

Se dio una ducha y cambió su traje por algo más informal. Tomó la carpeta con los antecedentes que había reunido Mantalián, y bajó a la confitería del hotel a leerlos. Algo conocía del asunto. Una camioneta de la Compañía, sin que nada justificase su presencia en Candelaria, había arrollado a un hombre. Para la Compañía, ese vehículo estaba parado por reparaciones. Para peor, con el seguro vencido.

Cuando lo supo, se había encogido de hombros. Fue a primera hora de la mañana de ese lunes en que llegó a la oficina odiando al almanaque, con el recuerdo de la pelotera con Isabel todavía fresco y con esa sensación de incomodidad que lo había perseguido el fin de semana, intacta. No sabía cómo comenzó, pero fue en la tarde del sábado. El durmió una siesta y al despertar, buscó a la mujer tendida a su lado, que lo rechazó invocando un dolor de cabeza. En otro momento, él la hubiera comprendido. Le hubiese traído un mate o una aspirina, o la hubiese acariciado para que pudiera seguir durmiendo. Pero en ese instante, sintió que se envolvía en un caparazón de silencio. No es que estuviera ofendido ni excitado. No podría decir qué pasó adentro suyo, pero fue como si algo hubiera hecho un clic, (un interruptor o un corte de corriente, por dar un ejemplo) que lo dejó hastiado frente al televisor, hasta que Isabel quiso que fueran al cine, a ver una película que no era la que él quería sino otra, que jamás hubiese propuesto.

En medio del repaso de ese fin de semana, vienen a contarle de una camioneta que mata a un tipo a cientos de kilómetros, en un pueblo perdido en la costa. Vienen a preguntarle qué recomienda que se hiciera, a informarle que el chofer está detenido y que no hay seguro que cubra el accidente. Y que el Perro lo llama. Había levantado la vista para mirar al informante (¿habría sido quién?) y recuerda la voz de Isabel retumbando en medio del pecho (su pecho como si fuera un cañadón con eco, vacío y sin pájaros), y reconoce la desazón que le produjo la pelea que no quiso tener ni evitar, y el desencuentro que lo llevó a recibir al lunes como una bendición que le permitió salir de casa y meterse en la rutina, eludiendo

ese silencio duro, ese aburrimiento rencoroso que había estallado a la hora de la siesta y duró (sin que pudiera explicarse por qué) el fin de semana, acompañándolo hasta el trabajo como una sombra.

- ¿Qué habría que hacer?, le preguntaron, y fue una delicia que alguien se hubiera colocado tan cerquita y tan expuesto, trayendo una noticia inusual, que en otras circunstancias lo hubiera conmovido o quizá conmovido (un muerto, 34 años, 1,77 de estatura, tez morena, pelo negro, politraumatismos y paro cardiorrespiratorio post-traumático, según el fax). Se había encogido de hombros, y el otro (¿quien había sido?) insistió con la pregunta mientras él recordaba el fin de semana de mierda, la pelea y la película, que para colmo era buena. De haber estado de buen ánimo, de no haber sido por ese clic que sintió cuando ella dijo que le dolía la cabeza, le habría encantado.

- ¿Y qué le importa?, terminó bramando en la cara del preguntón. ¿Es asunto suyo?

No lo era, como tampoco el fin de semana que había pasado o el cierre de piernas de Isabel. Menos responsable aún de que la película le hubiera gustado pero que, por la pelea, no la haya podido disfrutar más o, mejor dicho, no la haya podido compartir con ella porque él también se había cerrado de piernas. Pero esa inocencia del cargoso (mejor dicho, esa indiferencia) no lo eximía de su malhumor sino que, además, le imponía cargar con él y limpiarlo, dada su escasa gravitación escalafonaria.

El segundo que le habló del accidente fue Mantalián: El pibe Freitas puso a un tipo en Candelaria, con una camioneta que debía estar en el taller, contó por el interno en una jerigonza que le fue entendible por el anticipo del anterior. Tenés que ayudarme, si no el Perro me mata.

- ¿Qué tuviste que ver?

- La camioneta tenía vencido el seguro, y no lo renové, creído que no circulaba, ¿te das cuenta? Si la familia reclama, la Compañía está sola para pagar. Además, está lo de Jorgito.

El Perro convocó a reunión. Se juntaron en la Sala del sexto piso. Fueron tomando asiento, saludándose con una cordialidad

forzada. Tensos. El Perro los escrutaba desde la cabecera. Cuando estuvieron todos, les ofreció café y después, miró a los allí reunidos y casi sin mover los labios (que en momentos de crisis se le afinaban hasta convertirse en dos líneas), dijo: Escucho.

Se miraron entre sí, buscando a aquel que rompiera el fuego. Finalmente, Gutiérrez - el de Relaciones Laborales - hizo un relato de los hechos.

- Repito lo que sabemos, anticipó al Perro buscando su asentimiento. Jorgito Freitas y Luis Amato aparecieron por Candelaria con una camioneta nuestra y atropellaron a uno ayer a la tarde. El tipo quedó partido. Cuando lo cargó la ambulancia vivía, pero al hospital llegó muerto. - ¿Y la camioneta?

- Capot, parrilla y parabrisas rotos. Lo agarró con la punta y lo levantó en el aire.

- Ahorrese los detalles. ¿Qué hacían la camioneta y esos dos inconscientes en Candelaria?

Gutiérrez escrutó al Perro y lo vio imperturbable.

- No lo sabemos. Pareciera que Jorgito la retiró del taller el viernes a la tarde y decidió ir con Amato a Candelaria. Dijo que para probarla, pero nadie se lo había ordenado.

- ¿A qué fue Amato?

- No sé, señor.

- Averígüelo. Mañana a primera hora, quiero un memo explicándome qué hacía ese imbécil en Candelaria. También quiero saber como un empleado de la Compañía puede sacar un vehículo sin que nadie lo autorice y sin que nadie se entere.

- Porque era Jorgito, señor. Su hijo, recordó Gutiérrez.

- Aunque hubiera sido mi abuelo. Esa camioneta no podía salir del taller sin autorización, bramó el Perro. Jorgito es mi hijo, pero aquí es un empleado más.

- Entendido, dijo Gutiérrez.

El Perro recorrió las caras de los presentes y se detuvo en la de Mantalián.

- ¿No teníamos seguro, verdad?, susurró.

Parecía que estuviera comentando algo cómico o sin impor-

tancia. La voz se le había aterciopelado y Mantalián asintió con un gesto mientras se preparaba a recibir lo suyo.

- Usted es un incompetente, definió el Perro mirándolo casi con mimo. ¿Tiene idea de lo que nos va a salir este chiste?

- Nunca creí que pudiera pasar una cosa así. Esa camioneta estuvo parada tres meses. Es la que volcó en Pampa Salamanca. No se renovó el seguro por el tiempo que iban a durar los arreglos.

- De miserable, nomás.

- El Plan de Racionalización de Recursos recomendó ahorrar gastos innecesarios, se defendió Mantalián.

- El seguro era un gasto necesario. - Si no hubiera sucedido el accidente y yo contrataba el seguro ¿qué hubiera dicho?

- Que era innecesario.

- ¿Ve que yo tenía razón?

- No, Mantalián. No la tuvo, ya que el accidente pasó, lo que prueba que era un gasto necesario. Lleva demasiado en la empresa como para no conocer la cantidad de estúpidos que tenemos en la nómina. Lo incluyo a Jorgito, advirtió, para que Gutiérrez no se confunda.

- Tomo nota.

- ¿Tiene más vehículos sin seguro?

- Ahora no. Ya están todos cubiertos.

- Lo felicito. Para eso, necesitó que pasara un desastre.

- Habíamos dispuesto reducir gastos, señor. Inclusive, usted estuvo de acuerdo en que tampoco asegurásemos por accidentes al personal contratado.

- Me equivoqué. Nos equivocamos. Usted tendría que haberme avisado del error. Para eso es un técnico.

Mantalián abrió grandes los ojos y la boca, como si el aire se le hubiese vuelto escaso. Siguió mirando fijamente al Perro, con la fascinación del ave ante la serpiente, mientras intentaba armar una respuesta: - Yo, empezó a decir con una voz que quería ser firme.

- Si me permiten, interrumpió Brodsky.

Había estado haciendo dibujitos. Camiones, tipitos arrollados por camiones. Varios. Hizo el primero y luego otro y otro, hasta tener delante la hoja con un tendal de tipitos iguales, descoyuntados por camiones. Ninguno debía ser como aquel Valdéz que Jorgito pisó en Candelaria, y tampoco tenían nombre ni cara. Los camiones les pasaban por encima y se notaba que les hacían daño porque abrían los brazos en aspás, pero no eran terribles en esa posición. No había gritos ni olores, ni gestos dolorosos ni frenadas. Estaban los camiones pisando tipitos, en trazos regulares, y se podían agregar camiones y tipitos o sacarlos de ahí dibujándoles encima otra cosa, otro camión, o convertir al camión en una mujer y entonces cambiaba el escenario y el papel dejaba de ser una calle y se convertía en una cama. O el tipito podía volverse ballena y volvía a mudarse el escenario, y el papel era un mar y la mujer una sirena o una medusa o cualquier cosa era. Cigarros encimados o peces. Peces enristrados, pendiendo de sus anzuelos y líneas, que se juntaban en un puño que se convertía en una pelota o era el planeta, o un círculo del que colgaban péndulos, mientras el Perro fustigaba a Mantalián. Hacía dibujitos que cambiaban de sentido a cada instante, y Veglio - el de Grandes Cuentas - lo espía de costado, y Gutiérrez se removía en su asiento pensando en las diez líneas que tendría que fabricar para el día siguiente. Entonces Brodsky dijo «si me permiten», mientras convertía a la pelota, al planeta y al círculo en una flor. Mantalián se interrumpió y Brodsky dejó la lapicera sobre el papel y se acomodó en el sillón.

- Si me permiten, repitió dirigiéndose a nadie, aunque era al Perro a quien le hablaba. Creo que nos estamos alejando del tema. Lo que importa es tomar decisiones.

Se había dicho lo mismo cuando se despidió de Isabel. Le había dado un beso que no decía nada, y pensó - esperando el ascensor - que tendría que haber tomado la decisión de abrazarla, hacerle un mimo, decir algo amable o tal vez comentar el enojo del fin de semana. Quizá tendría que haberle contado de esa sorda sensación de enojo que lo asaltó tomándole el pecho. Decisiones, claro. Palabras que aventaran la desconexión y la lejanía. Estaban allí, en la



punta de la lengua. Pero no salieron.

- ¿Cuales sugiere?

- Hacer una reserva financiera para afrontar la pérdida. Recuperar el vehículo. Exigir explicaciones al taller que permitió que lo saquen sin autorización y advertirlos de que los responsabilizamos por esa falta. Prohibición de usar bienes de la empresa sin permiso. Y tratar de salvar a Jorgito. Alguien tendría que salir ya mismo para Candelaria.

- ¿Cómo salvaría a Jorge?

Brodsky miró al Perro y sonrió.

- Habría que convencer a Amato para que diga que era él quien conducía. No será trabajo sencillo, pero tal vez pueda hacerse.

- ¿De qué forma?

- Hablando con él. Seduciéndolo. O comprándolo.

- ¿Por qué habría de aceptar Amato?

- Yo no dije que lo haría, sino que hablé de intentarlo.

- ¿Se le ocurre algo más?, apuró el Perro.

- No por ahora.

El Perro reflexionó un breve instante y apuntó que si Amato aceptaba, igualmente habría que echarlo.

- ¿Porqué?, preguntó Brodsky.

- Para que el personal escarmiente. No podemos tolerar las infracciones al orden. Por disciplina laboral, no por maldad. ¿Alguna otra idea?, preguntó el Perro a la concurrencia. Si a alguien se le ocurre otra, escuchémosla, invitó.

Nadie recogió el convite. Se miraron entre sí con caras de circunstancias, pero ninguno propuso otra cosa.

- ¿Están de acuerdo con la sugerencia de Brodsky?, preguntó el Perro. Tengan en cuenta que solo resuelve mi problema familiar, nada más. La Compañía seguirá siendo responsable de indemnizar esa muerte.

Pese a esa restricción, todos estuvieron de acuerdo. La idea de Brodsky quedó aprobada por unanimidad y su autor comisionado para viajar de inmediato a Candelaria. Con esa resolución

se levantó la reunión.

- Te debo otra, le dijo Mantalián al retirarse. Gracias, viejo.

Alejó el recuerdo de la reunión con un movimiento de cabeza y pidió otro café. Le había resultado más fácil decidir qué hacer con el problema del muerto que resolver su entripado con Isabel.

Un farsante. Lo afirmó con una sonrisa y él no supo a qué se refería. Mantalián le puso una mano en el hombro y lo fue llevando casi cariñosamente por el pasillo, repitiéndole que era un farsante.

- No más que otros, se defendió Brodsky por contestar algo. Mantalián asintió.

- ¿Le viste la cara al Perro? ¿su cara de perdonavidas? «*Usted es un incompetente. ¿Tiene idea de lo que va a salir esto?*», lo imitó con odio. ¡Qué farsante!

- Está preocupado por Jorgito. Además, esto saldrá un paquete de plata, comentó Brodsky.

- ¡No me vengas con historias! Entiendo que le preocupe lo de Jorgito. Hasta ahí llego. Pero su ataque no tiene nada que ver con los costos. En ese sentido, a vos, a mí y a él nos da lo mismo. No pondremos un centavo. Pagará la Compañía, y para esto le sobra. Lo que quiso es mostrar quien manda y quien es el felpudo que obedece. Para probarlo, estaba dispuesto a destrozarme. Pero me pareció grandioso cuando dirigiste la atención sobre Amato. Te escuchaba y me dije que eras un genio.

- Creí que era una salida.

- ¡Estuviste bárbaro! Señalaste para el lado justo. Si seguía pegándome, me sonaba. Lo que me impresionó fue la seriedad con que lo dijiste. Convencías. Convenciste.

- Fui demasiado solemne, opinó.

Debió decirlo en voz altísima, ya que el mozo vino a preguntarle qué deseaba. «Tráigame un whisky con el café», pidió para disimular.

- Demasiado solemne, repitió entre dientes. Por eso fue verosímil. Lo que propuse, si no sale, será un disparate y si cami-

na, terminará en una canallada. No hay demasiadas opciones.

»*Das importancia hasta a las imbecilidades. Te tomás todo a pecho*», se quejó Isabel cuando hicieron las paces. Fue ella quien las hizo, en realidad. De no haberse acercado, aún andaría él con cara de pescado seco, lamiéndose una furia oxidada.

A pesar de su cara de jesuita, el Perro tiene varios quioscos que cuidar, dijo Mantalián. Por eso le interesa la fachada. Con tal de mantenerla, es capaz de arrancarte la cabellera.

- ¿Sabés de alguno en especial?

- Proveedores. Les saca el mejor precio y después les cobra comisión por comprarles. Cinco por ciento. Es sabio. Los exprime desde hace años y seguirá hasta que lo aguanten y le dé el cuerpo. Una garrapata.

- ¿Sabe que conocés su negocio?

- Para nada. No duraría un segundo más aquí. Me tiraría por la ventana.

- ¿Y como lo supiste?

Mantalián sonrió. *Cherchez la femme*, dijo con aire de conspirador.

- ¿Marilú?

- La misma. Es la que cobra.

- ¿Le toca algo?

- Algo le tocan, rió Mantalián.

- ¿Por eso lo ayuda?

- Supongo que más bien se alquila. También lo hace por manija y por sueldo. ¿Sabés la plata que se lleva por mes?

- Ni idea.

El mozo trajo café y le sirvió una medida de whisky, haciéndola rebalsar. Brodsky pensó de nuevo que era demasiado solemne, y se sintió ridículo. «*Cosas de la edad, supongo. O de una educación rígida*». Se recordó proponiendo comprar la complicidad de Amato para librarlo al tarado de Jorgito de culpa, y sintió algo cercano a la vergüenza. »*¡Qué educación rígida!*», descartó. «*Propuse una cabronada y no tengo derecho a ser ingenuo*». No supo qué quería decirse con eso, pero le gustó la frase.

«No tenemos derecho a ser ingenuos», amplió mientras se preguntaba si podía considerarse tal. «Aceptar el error, los errores, con espíritu crítico. No hacerse la víctima. Eso es». La víctima era Valdéz. También lo será Amato cuando se quede sin trabajo. Él mismo, cuando llegase el día en que lo sentaran en mitad de la calle de una patada, agradeciéndole los servicios prestados. «No tenemos derecho a creer que somos ingenuos», corrigió tomándose el whisky. Sonaba más real. Más digno.

Fue el Perro el que habló de dignidad. Lo hizo con énfasis. «Mi dignidad de hombre de bien», le disparó en la cara. «Una trayectoria impecable y una dirección empresaria eficiente y honesta quedarán cuestionadas por esa muerte idiota. Manchada, ¿entiende?»

Él murmuró algo que el Perro interpretó como una adhesión.

- Por supuesto que lo entiende. Usted me conoce lo suficiente, también es padre y sabe a que me refiero. Vaya a Candelaria. El primer vuelo sale dentro de dos horas. Marilú le dará el pasaje.

- ¿A qué voy?

- Lo sabe de sobra. Trate de poner en práctica su idea. Hable con Jorgito y con el otro irresponsable. Y trate de negociar con la viuda un arreglo digno.

- ¿Cual sería un arreglo digno?

Uno que nos resulte barato.

A Brodsky se le ocurrió, en un destello fugaz, que la relación entre la dignidad y la economía depende siempre del lado de la ventanilla que le toque a cada uno.

- De todas maneras, el objetivo no es hacer negocio, aclaró el Perro. Sepa que si lo único que consigue es que Jorgito despegue de éste problema, su gestión seguirá siendo para mí un éxito.

- Eso costará.

- Lo que sea. Dentro de lo lógico, obviamente.

- Comprendo, dijo Brodsky.

Hicieron un silencio mientras Marilú servía los cafés. Cuan-

do se retiró, el Perro volvió a la carga.

- Esto es confidencial, Brodsky, remarcó buscándole los ojos. Mi prioridad es mi hijo. La de la Compañía es el arreglo. Le encarezco que privilegie la mía. Jorgito no puede aparecer matando a un tipo. Arruinaría su futuro y ensuciaría mi imagen. ¿Se imagina al Directorio? No lo quiero pensar. Ya es bastante que haya estado acompañado por ese Amato.

- Pero aquí se sabe que fue Jorgito, observó Brodsky.

- Los gerentes lo saben. Me ocuparé de verificar que ellos se olviden de ese detalle. Lo que importa es que la noticia no llegue arriba. Si Amato reconoce que fue él, nadie lo discutirá.

- No será fácil.

- Lo supongo. Las cosas de Jorgito nunca fueron sencillas, dijo el Perro con un suspiro. Tiene vocación por el embrollo. - Se trató de un accidente. Le puede pasar a cualquiera.

- No, bufó el Perro. No se confunda. ¿Cualquiera anda en un coche ajeno, sin permiso? ¿Cualquier chico de buena familia se mezcla con un atorrante como Amato? No, Brodsky. Son cosas que solo le suceden a él. ¿Sabe por qué? Porque es tan tarado que supone que así me fastidia.

- Supone bien. Lo sacó de quicio.

El Perro levantó la cabeza y quedó detenido en su perorata. Como si estuviera olfateándose.

- Pienso que sí, admitió. Lo logra.

- Trate de entenderlo. Ser joven no es fácil.

Nunca lo fue. Pero él tiene todo servido, explicó el Perro. No necesita trabajar. Mucho menos de empleado raso. Pero dice que se quiere hacer desde abajo, rió con tono áspero. ¡Desde abajo! Si supiera lo que significa! Por eso se junta con un vago como Amato. Cree que mezclándose con grasas se baja de su cuna.

- Cuando éramos más jóvenes, nos pasaba lo mismo, recordó Brodsky. - Jorge, en esa época, hubiera terminando en la guerrilla. En una de esas, planeando mi secuestro.

- No sea cruel. Esto fue una simple chiquilnada.

- Lo habría sido si no fuese por el entierro. Sé que a Jorgito

le gusta ser amigo de Amato en la medida en que supone que a mi esa relación no me gusta. Espero que le sirva de enseñanza y se vuelva más responsable.

- Cómo se hizo amigo de Amato?

- El rock. Creo que fue eso.

- ¿No sabía que se iban a Candelaria?

- ¿Usted sabe lo que hacen sus hijos?

- Todavía sí. Son bastante chicos.

- Espere un par de años y me cuenta.

- Veré qué puedo hacer, prometió Brodsky.

- Haga lo imposible, le pidió el Perro. Y en silencio. En el más absoluto silencio.

- Eso, descuéntelo.

El Perro lo despidió con un gesto y él, después de retirar el pasaje y los viáticos, fue a su casa a preparar el equipaje. Ingresó al departamento casi en puntas de pie, saludando con un gesto seco a la mucama.

- Prepáreme un mate rápido, que tengo que salir volando, le pidió mientras se dirigía a su cuarto. Se movió ante el placard en silencio, recordando que seguía peleado con Isabel y encima, tenía que irse, en un viaje que le parecía una fuga. Se sentó en el borde de la cama y llamó a la inmobiliaria.

- ¿Qué hacés llamando a esta hora?, se sorprendió Isabel.

- Estoy en casa, haciéndome la valija, anunció. Salgo para Candelaria en una hora. No sé hasta cuando. Dos o tres días. Te llamaré.

- ¿A qué vas?

- El hijo del Perro pisó a un tipo y lo mató. Está preso.

- ¿Y qué tenés que ver en una cosa así?

Hizo una pausa. La pregunta era demasiado buena, y guardó silencio buscando cómo seguir la conversación.

- ¿Estás enojado?, preguntó ella.

- Que se yo. No estamos bien.

- Porque sos un rencoroso. Preferiste tragarte el enojo y nos arruinamos el fin de semana. Y encima, ahora te vas. Así, de pron-

to. Y yo aquí, cuando tendría que estar ayudándote a preparar tu ropa. Porque te llevarás ropa ¿verdad? ¿No te irás con dos trapitos, no?

Rieron. Ella rió y Brodsky creyó sentir el calor de su aliento sobre el micrófono. La imaginó arreglándole el cuello de la camisa. La sintió ahí, como a centímetros de él, y se dijo que le gustaría poder tomarla de los hombros y atraerla hacia su pecho. El recuerdo de su cuerpo fantaseado le resultó reconfortante y se ablandó.

- Yo un rencoroso y vos una arpía. No me diste bola.
- Vos tampoco.
- Parecías de piedra.
- Estabas distante. Era imposible acercarse. - Lo hubieras intentado. No te interesó.
- A vos, menos.
- Si no me demuestran interés, no.
- Yo, lo mismo.
- Cerda.
- Retorcido.
- Me gustaría lamerte la nariz.
- Chanco.
- Darte un beso negro, prosiguió él.
- No sigas que te estás yendo. Tendríamos que hablar más en estos casos.
- No siempre se puede.
- ¿Por que no?
- No sé. Se da así.
- ¿Me vas a extrañar?
- ¿Y vos?
- Me gustaría. Quiero que me llames. Muchas veces. Lo harás?, preguntó Isabel.
- Estaré muy ocupado.
- Llamame igual, aunque sea tarde. Estaré esperando.
- Si llamo mucho, no podrás extrañarme.
- ¡Zoquete! Apurate que perderás el avión y después habrá

sido por mi culpa.

- ¿No sería así?, rió.

- Portate bien, recomendó Isabel.

- ¿Cuando no lo hice?

- Vos sabrás, lo despidió ella, haciendo resonar un beso en el teléfono.

Con un suspiro, terminó de arreglar el equipaje, se dio una ducha y, después de tomar unos mates cortos y calientes, dejó una nota, saludó a la mucama y se dirigió al ascensor.

En el hotel encontró un escueto mensaje de Velasco: «Principal Fernández - Comisaría Distrital del Sacramento. Más no hay». Era bastante, murmuró poniéndose en camino. Encontró el cuartel policial por indicaciones de unos transeúntes. Al llegar, preguntó en la guardia por el tal Fernández. Lo anunciaron por un intercomunicador, indicándole que esperase. Pasó a una sala dividida por un mostrador. De un lado, él. Del otro, un oficial y un agente, cada uno en su trabajo. Escribían con dificultad, tipeando en unas máquinas descangalladas. De cuando en cuando, sonaba el teléfono y hablaban en códigos. Lo copio. Cuesele.

Las paredes estaban tapizadas con carteles de propaganda institucional, con ofertas de reclutamiento y edictos. También había fotografías de personas buscadas y un afiche de educación vial, que las moscas y el sol habían percutido hasta convertirlo en un criptograma. Un agente trajo a un borracho. El tipo se derumbó en un banco y colgó su brazo del respaldo. A Brodsky le impresionó la mugre de la mano. Tenía las uñas largas y ennegrecidas como garras.

- ¡Vos otra vez por acá!, reprochó el oficial asomándose por encima del mostrador. ¡Podrías ir a mamarte en otra jurisdicción y dejar de ensuciar la mía, che!

El hombre lo miró con indiferencia y escupió contra un afiche.

- No embromes, García, lo regaño el oficial. Pero García continuó gargajeando. Brodsky se dio cuenta de que escupía con rit-



mo y se dijo que el borracho debía tener una música inaudible que le sonaba por encima del zumbido de los tubos fluorescentes y de las voces, en un fraseo que se exteriorizaba en esos escupitajos secuenciales, regulares, exactos. Notó unos goterones verdosos resbalar sobre los afiches y le dio asco. Se alejó al otro extremo de la habitación, para ver como García, sin dejar de babearse, colgado del respaldo del banco y extendido en su superficie, seguía escupiendo. El oficial volvió a asomarse y no le gustó la visión del borracho. Con disgusto, bordeó el mostrador y agarrándolo de las solapas lo obligó a levantarse. García se incorporó como pudo, y el oficial lo colocó de espaldas contra sus escupidas y lo refregó en ellas hasta que desaparecieron o mutaron o se embebieron en la urdimbre del saco de García. El oficial lo tiró contra el banco y ordenó al agente que lo llevase al calabozo. Si no, ese cerdo ensuciara todo, justificó.

El policía se acercó de mala gana y dándole unos golpecitos en el hombro, le pidió a García que lo acompañara. El otro trató de levantarse y como única hazaña, logró quedar sentado. El oficial indicó que lo llevase aunque fuese arrastrándolo. El otro tomó a García del brazo y trató de alzarlo.

- Lo ayudo, ofreció Brodsky.

- Gracias, ciudadano, lo paró el oficial. Es trabajo nuestro. Llévate esa basura de una vez, ordenó con voz dura. Si no se mueve, dale matraca hasta que arranque.

La sugerencia pareció despabilar a García, que a los empujones y caídas, se perdió finalmente detrás de una puerta. Se acercó al oficial y acodándose en el mostrador preguntó si tenía para mucho.

- El Principal Fernández ya viene. Tome asiento, ofreció el oficial, señalándole el banco.

- Gracias, sonrió Brodsky. Pero después de haber visto a ese curda ahí, prefiero estar de pie.

- Es cierto, reconoció el policía. La pulga más chica que dejó debe tener el tamaño de una cucaracha.

Un hombre flaco salió de un box y se acercó al mostrador.

Vestía de campera y jeans.

- Me buscaba, afirmó con un énfasis que parecía una acusación.

- ¿Principal Fernández?

- Soy yo.

- Enrique Brodsky, se presentó. El doctor Velasco me mencionó su nombre. ¿Podemos hablar?

- ¿De qué se trata?

- Freitas y Amato. Necesitaría conversar con ellos.

- Negativo. Están incomunicados. ¿Usted es pariente de quien?

- De los míos. Soy de la Compañía para la que trabajan esos dos. La dueña de la pick-up. Le extendió una tarjeta por encima del mostrador.

- *Asesor*, leyó Fernández. ¿Ese es su cargo?

- Sí.

- Aguarde, indicó Fernández.

- Espero.

Fernández se encerró con el oficial en una pieza contigua y a los pocos minutos, volvió por él a la sala.

- Venga conmigo, lo invitó.

Brodsky siguió a Fernández hasta un cuarto pequeño, amueblado con un archivero de metal, una mesa que hacía de escritorio y dos sillas. Tenía un ventanal enrejado que daba a un patio de baldosas rojas y paredes encaladas. El policía le ofreció asiento.

- No queremos ser descorteses, le dijo. Pero esos pibes hicieron una macana grande. ¿Para qué quiere hablarles?

- Nos interesa saber qué pasó.

- Iban muy rápido en zona urbana y mataron a un infeliz con la pickup. Los detalles, mañana. - ¿Por qué no hoy?

- Secreto de sumario.

Brodsky pensó que así no avanzaba.

- Mire, nuestra intención es no interferir en las actuaciones de la policía ni en las del juzgado. Por el contrario, queremos colaborar con lo que podamos...

Acentuó la palabra «colaborar».

- La mejor ayuda es su paciencia, dijo Fernández.

- Nos preocupa, me preocupa que Freitas se haya comprometido para salvar a su amigo, arriesgó Brodsky. Jorgito es demasiado sensible. Tengo miedo de que se haya hecho cargo de culpas ajenas.

- La que tiene es propia. Manejaba él.

- ¿Ve?, señaló Brodsky con tono de triunfo y alarma. ¿No le dije? Está cubriendo a Amato.

- Los dos reconocieron que Freitas manejaba, indicó Fernández. No veo por qué no iba a ser cierto.

- ¿Eso dijeron?

- Lo dijeron y lo firmaron.

Brodsky sacó cigarrillos y convidó. Encendieron en silencio y se quedaron fumando.

- Si hablase más claro, quizá podríamos darle una mano, dijo Fernández. Dentro de lo correcto.

- Por supuesto. Se trata de que pueda hablar con ellos para aclarar esta situación. Existe un error que hay que corregir cuanto antes. Freitas no era el chofer.

- ¿Cómo lo sabe? Usted no estaba y él dijo otra cosa.

- Yo lo sé. Mi respuesta no le diré mucho, pero lo sé porque me lo aseguró el padre de Jorge Freitas, que conoce bien a su hijo y sabe que quiere cubrir a Amato. Un caso de compañerismo o de piedad mal entendido. Por eso sé que el que manejaba era Amato. En cuanto a Jorgito Freitas, apenas se de cuenta de la estupidez de su postura, la puede cambiar. Esos pibes son dos veletas.

- Serán, asintió Fernández.

- Si Freitas variara su versión, ¿se podría cambiar lo que firmó?

- Sí, el procedimiento sería redactar una declaración ampliatoria en la que rectifica la anterior. Hasta puede ser espontánea.

- No me refiero al procedimiento, oficial. Digo, por decir, si los chicos cambian la historia, ¿se podría rehacer el sumario?

- ¿Usted qué cree?

- Que con buena voluntad se podría.

- Siempre tenemos buena voluntad. Con quien la tiene.
  - Yo la tengo.
  - No voy a negarlo, dijo Fernández. Pero tampoco sé hasta donde llega.
  - Hasta donde sea necesario, Principal.
  - A veces, lo necesario no es lo suficiente.
  - ¿Qué es lo suficiente?, susurró Brodsky. Hablemos en confianza.
  - Es usted el que dice todo.
  - Parecemos dos filósofos chinos. Mire, mi intención es hablar con ellos, en primer lugar. Después, me gustaría que la declaración que figure en el sumario sea la que refleje lo que sucedió en verdad, y no el pastiche que hicieron.
  - Es mucho.
  - ¿Qué es mucho?
  - Lo que quiere.
- Brodsky sintió que el otro tenía demasiadas vueltas.
- Acá suele venir gente que nos pide imposibles, dijo Fernández. Nos hablan suave, la van de amigos. Cuando era nuevo, a veces caía en la trampa y les hacía algún favor. Se iban contentísimos. Pero para aquí, nada. ¿Me entiende? Eso estaba mal.
  - Pésimo. No es mi caso. Sé reconocer gauchadas.
  - Me alegro por usted. Eso le habré dado muchos amigos en la vida.
  - Estese seguro, susurró Brodsky. Puede confiar en mí, Principal. No me iré sin agradecer concretamente a los que me ayuden.
  - Ojalá encuentre quien le dé una mano, deseó Fernández poniéndose de pie. Quizá mañana, después de que los reciba el juez, pueda hacer que hablen con usted.
  - Mañana será tarde, dijo Brodsky. Es ahora. Hoy.
  - No es posible. Secreto de sumario. Mientras tanto y para hacerle más fácil la espera, le recomiendo que cene en «El Estribo». A las nueve todavía no hay allí mucha gente. La comida no es de lo mejor, pero es buena y come tranquilo en los reservados.
- Lo acompañó hasta la salida y una vez allí, le dio nuevamen-

te las buenas tardes.

Decidió volver a ver a Velasco, para ubicarse mejor. El otro pareció sorprendido de verlo. Con dificultad, caminó bamboleante desde la puerta hasta terminar derrumbado en su sillón. Resoplando por el esfuerzo, comentó que, así como lo veía, había adelgazado veinticinco kilos en los últimos cuatro meses.

- Quizá no se note demasiado, pero estaba muy gordo, dijo. Todavía tengo que bajar otro tanto.

Después, le preguntó si había encontrado su mensaje.

- Vengo de hablar con Fernández, anunció Brodsky. Me tiró una cita para que cenemos esta noche, pero antes de ir quisiera saber cómo me manejo con él.

- Es cosa suya, mi amigo, sonrió Velasco apantallándose con la mano. De su astucia, que debe sobrarle, y posiblemente de su generosidad, que quizá le falte. - ¿Se puede hablar con él en confianza? No quisiera terminar detenido por intento de soborno.

Velasco lo miró con ojitos chispeantes.

- No puedo contestarle con certeza. Para peor, todavía no sé si llevaré el caso. Temo que sea asunto suyo. Tendrá que arriesgar-se nomás.

- No se haga el ofendido. Si me ayuda, sigue siendo suyo.

- ¿Cómo sería eso?

- Seguiría defendiendo a los chicos y a la Compañía.

- ¿Aunque Freitas despegue?

- Por supuesto. Quedará siempre el tema civil de la indemnización. - ¿No vino también para arreglarla? - Si puedo, claro que sí.

- ¿Entonces?

- Mire, doctor Velasco, se impacientó Brodsky, le aseguro que cobrará sus honorarios con o sin pleito, siempre que nos ayude.

- ¿Palabra de honor?

Brodsky lo vio pendiente de su respuesta. Ladeaba un poco la cabeza, estudiándolo de reojo.

- La tiene. Además, tendrá que defender a Amato cuando le cuelguen la muerte de Valdéz.

Velasco se tiró contra el respaldo de su sillón y se relajó. Parecía satisfecho.

- Fernández colaborará, auguró. Háblele sin vueltas.

- ¿Cuánto le ofrezco?

- ¿Hasta cuanto puede gastar en esto?

- Lo menos posible. Deme una cifra que me oriente.

- Cinco mil.

- Es un disparate. Cenaré solo en mi hotel. - No sea tonto.

El tendrá que repartir. Tiene su interna.

- ¿Usted está incluido en ella?

- No. Pero podemos armar algo en lo que entrar los dos.

¿Tiene cinco mil calines para esto?

- Supongamos.

- Supongamos que le consigo la ayuda de Fernández por dos mil. El resto lo repartimos entre nosotros dos. ¿Qué le parece?

- Demasiado caro. Podría ofrecerle dos mil a Fernández y quedarme con el doble.

- No funcionaría. Para que Fernández acepte, tendré que intervenir yo dando mi guiño. Si quedo afuera, no colaborará. Existe un código no escrito, ¿comprende?

- Ya veo, dijo Brodsky. El espíritu localista.

- ¿Quién lo conoce a usted acá? ¿Quién garantiza su identidad y su discreción? Yo. Nadie más. ¿Quién le puede abrir las puertas en Candelaria? Yo. Todo tiene un precio, por supuesto, y también hay en esto una ganancia para usted; por lo que nadie lo está sacrificando. ¿Que responde?

- Necesitaré un comprobante, una factura, algo. No puedo comprometer tanta plata sin justificar documentalmente el gasto.

- Le conseguiré una factura, prometió el abogado después de pensarlo. Será mejor que se decida. Tengo que avisar a Fernández.

- ¿A pagar cuándo?

- La de la policía, mitad hoy y el resto una vez que rehagan las declaraciones.

- ¿Qué compramos con esa plata?

- En principio, que vea a los chicos, les hable, y si llegan a un acuerdo, que hagan las nuevas declaraciones. Tal vez se pueda incluir en el trato que ellos convengan a Amato, si se resiste.

- ¿Pueden hacerlo?

- No sabe lo persuasivos que resultan en ciertos casos.

Brodsky contempló al abogado y frunció los labios mientras sopesaba lo oído. No quiso continuar esa línea de pensamiento. Se dijo que estaba para encontrar una solución y no para averiguar dónde quedaba la entrada al paraíso.

- Hecho, se decidió. Por todo el paquete: la visita de hoy, la ayuda con Amato y declaraciones nuevas.

- Incluiremos también un cambio en el dosaje, si se lo hicieron, propuso el abogado. No confío en lo que puede llegar a tener la sangre de Freitas.

- ¿Por la misma plata?

- Aquí, mil calines no se ganan así nomás. Dése cuenta: para Fernández, son casi tres meses de sueldo. No se olvide de darle el anticipo. Vaya tranquilo y tenga buen provecho, lo despidió.

Cuando se encontró en la calle respiró con fuerza. Había anochecido y la poca gente en las veredas preanunciaba los regresos a las casas. Las piedras de los edificios despedían calor, y una brisa limpiaba el sudor polvoriento de la jornada.

Hizo cuentas. Ganaría mil quinientos calines en la movida. Mucha plata. Uniendo lo útil con lo beneficioso, podría regresar llevando el triunfo consolidado en unas declaraciones policiales y en el engorde de sus ahorros. Un sueño que podría ser fácil y simple, si no fuese porque aún quedaba por convencer a uno o a dos tontos.

Encontró el restorán sin necesidad de preguntar a nadie por él. El centro de Candelaria no tenía tantos vericuetos como para esconderlo y su letrero luminoso lo guió. «El Estribo» funcionaba en una casa antigua, reacondicionada con una decoración campera que trataba de justificar su nombre: reatas, cabos, cinchas y estri-

bos de cuero ennegrecido, colgaban de las paredes, cubiertas hasta la exageración con ponchos, bridas, taleros y facones. Una rueda de carro a la que le habían insertado unas lámparas, pendía del techo haciendo las veces de araña. Entre tanto folclorismo, el televisor japonés colgado en una esquina, sobre una puerta, desentonaba. El salón estaba casi vacío, ocupado por dos parejas y un solitario. Los reservados mencionados por Fernández eran cubículos divididos por tabiques que también oficiaban de respaldos de los asientos. Se ubicó en uno, de cara al televisor. Pidió una soda y esperó.

Fernández llegó pasadas las nueve. Sin ningún disimulo, se dirigió a su mesa y después de un saludo, llamó al mozo para encargar la comida. Cuando esta llegó, ya habían conversado lo suficiente para cenar como viejos camaradas. Parecemos dos viajantes de comercio en una escala, pensó Brodsky. A los postres, compararemos los precios de nuestras mercaderías, nos daremos novedades sobre localidades a visitar, los cambios en las rutas o noticias de conocidos comunes.

El otro no tenía tantos pruritos. Contó chistes, algunas referencias locales, comentarios tontos y preguntas que no esperaban respuestas. Con el café volvieron al silencio, mirándose como dos que se descubren después de una función de cine, cuando se prenden las luces y se observa al vecino con quien se compartió la película.

- Hablé con Velasco y está todo bien, arrancó finalmente Fernández.

- Me alegro, dijo Brodsky, poniendo los billetes sobre la mesa. El resto, mañana, al final. Fernández no contó el dinero. Lo guardó en el bolsillo de su campera con una sonrisa.

- Es un asunto idiota, comentó. Pero nos palpitamos que podría suceder algo y retuvimos el sumario, para ganar un poco de tiempo y no complicar las cosas. Así que podemos arreglarlo para que llegue al Juzgado hecho una pintura. Le avisé a Velasco que no hubo dosaje. Cuando entraron al hospital, no había en que tomarlo y el extraccionista ya no estaba.



- ¿Cuándo podré verlos?

- Cuando terminemos el café. Tendrá tiempo hasta que entre el otro turno y me vaya. Hay un par de horas para cocinarlo.

- ¿Alcanzarán?

- Si el chico agarra, sobran. ¿Cómo piensa convencerlo?

- ¿Qué me sugiere?

- Es tema suyo, dijo Fernández. Ofrézcale lo que crea conveniente. Un consejo: avísele que no irá preso. Un homicidio culposo es excarcelable cuando no hay antecedentes. Si lo encuentran culpable, le darán entre uno a cuatro años, pero no serán a cumplir. Se sentirá más tranquilo con eso. Y asegúrele la defensa. En la jurisdicción, Velasco anda muy bien. Del resto, nos ocupamos nosotros.

- ¿Qué pasa si no acepta?

- Tendremos que trabajarlo un poco. Nada raro, lo tranquilizó. Dígale que acepte, que sino aparecerá droga en la pickup y lo procesarán por tráfico, que será peor. O invéntese cualquier otra cosa. Lo que se le ocurra. Yo, en estos casos, confío en la improvisación ¿sabe? Hay otros donde lo único que resulta es una buena felpa, pero estando ustedes en el medio, es mejor manejarse fino.

- ¿Qué tal era ese Valdéz?

- Un perejil. Dos condenas por robo y un proceso por hurto. Un raterito. En otra época fue buchón, historia antigua. De cuando en cuando trabajaba en la estiba, pero Candelaria es un puerto de quinta, y no abundan los embarques. Un infeliz. En cierta forma, y que Dios me perdone, lo mejor que le pudo pasar es que lo matasen. No hubiera tenido una vida fácil, y menos decente. Igual hubiera terminado en la morgue.

- ¿Familia?

- Madre fallecida y padre desconocido. Estaba casado, pero no llegó a tener hijos. Por lo menos, ninguno reconocido. A éste nadie lo lloró.

- ¿Alguien retiró el cuerpo?

- Le mandamos un aviso a su esposa, pero todavía no se hizo cargo. Debe andar averiguando qué le conviene. No me extrañaría que les meta un juicio. - Me lo anticipó Velasco.

- No se caliente. Total, tienen al seguro, que se tendrá que poner ¿verdad?

Brodsky se encogió de hombros y dijo que por supuesto. Los temas legales lo fastidiaban. ¿Cuándo largarían a los pibes?

- Después de que declaren. Si vamos bien, mañana mismo los retira del Juzgado y se los lleva a casita.

- Amén, oró Brodsky mientras pedía la cuenta.

- Media hora, avisó Fernández. Si se ponen mimosos, me llama y los ponemos en caja.

Empezó por Jorgito. Lo trajeron entre dos.

- Tenga cuidado, aconsejó Fernández antes de retirarse. Con esa cara de angelito, es un homicida.

La habitación era una celda estrecha y mal iluminada. Brodsky lo miró desde el catre donde se había sentado y Jorgito le devolvió una ojeada indiferente. El pibe estaba sucio y sin afeitarse.

- ¿Fumás?, ofreció Brodsky. El otro negó.

- Me envía tu viejo, anunció encendiendo un cigarrillo. Esta conversación es secreta. Nadie tiene que saber que existió, está claro?

Jorgito cabeceó, asintiendo.

- ¿Cómo estás?

- Cómo quiere de esté? Mal. Comenzó a pasearse a lo largo de la pieza. Maté a un tipo!, chilló. Le juro que fue un accidente! Dígaselo al viejo. Y sobre todo, a mi vieja.

- Tranquilo. Se lo diré. ¿A qué viniste a Candelaria?

- Tocaba un grupo que me copa y quise escucharlo. ¿Qué dijo mi papá? ¿Para qué lo mandó?

- Me pidió que te saque de aquí.

- ¿De verás podés?

- Creo que puedo. Ya ves que me dejan hablar con vos mientras estás incomunicado.

- Si me sacás, ¡sos un ídolo!

- Tenés que darme una mano. Como está la cosa, no puedo.

- ¿Entonces?

- Tenemos que cambiar la versión que diste. Necesito que

declares que ibas en la camioneta de acompañante. No manejabas. Amato era el chofer ¿entendés? Como acompañante, quedás limpio. Libre. ¿Estamos?

- No, es un delirio. Ya declaré que yo manejaba. Además, está el flaco. Si digo eso, lo condeno. No puedo traicionarlo. ¿Por quien me toma?

- Por un tipo en líos. Mirá: la declaración la podemos arreglar. Ahora, lo único que me interesa es saber si estás de acuerdo o no. Nadie habla de traicionar a nadie. Será el propio Amato quien decida si quiere o no decir que era él quien manejaba.

- Estás de la nuca. Ni Luis ni yo aceptaríamos enchufarle nadie un muerto ni que nos lo carguen.

- No te apures y pensá en lo tuyo.

Jorgito pensó. Brodsky miraba su perfil y lo encontró parecido al Perro. Los rasgos de la boca, los labios finos, la mirada huidiza. La diferencia estaba en la frescura de la piel y en el aire inocente. Se dijo que con el tiempo perdería ambos.

- Escuchame: hablaré con Amato y estoy seguro que agarrará viaje. Es tu amigo. No creo que se borre. Lo importante es que vos estés de acuerdo.

- ¿Por qué tendría que estarlo? Yo manejaba, no él.

- Siendo así, sos boleta. Y como te condenen, te revientan para todo el viaje, pibe.

- Al flaco le pasaría lo mismo.

- No, con él todo sería distinto. Él no interesa. No tiene un viejo gerente ni un futuro que cuidar. Si a vos te condenan, la Compañía echará a Amato, a vos y a tu viejo. Si no tenés nada que ver con ésto, todos conservarán el trabajo y tu papá podrá darle una mano a Amato, ¡que se yo! Nadie se fijará en él, tanto si lo sueltan como si lo condenan. En cambio, vos sos el hijo del capo y estás demasiado expuesto, por lo que nadie podrá hacer demasiado si te acusan de haber pisado a un tipo. Ningún juez querrá mirar para otra lado para salvar al hijo de un ejecutivo de la Capital. Tendrá miedo de salir en los diarios y cualquier sentencia será más dura. Y al ser así, la Compañía echará a tu viejo, a vos y a Amato. Pensalo. Es por

tu bien.

- ¿Fue idea de mi viejo, no? Más que un interrogante, lo aseguré. ¡Lo estoy viendo! No. Andá y decile que se haga a la idea de tener un hijo en la cárcel.

- ¿Vos te la harás, pibe?

- Sí.

- Y mantendrás a tu viejo desocupado y a tu mamá ama de casa con tu sueldo de preso ¿verdad? En una de esas, quizá te sobren unas monedas para tirarle algo también a Amato ¿no?

Jorgito no contestó. Lo miró con unos ojos que le parecieron de gatito asustado. - Voy a hablar con Amato, anunció Brodsky. En un rato vuelvo y me contás que decidiste. Una cosa tené en cuenta: si sos libre, con tu viejo podrás seguir peleándote el tiempo que quieras, cara a cara. Vos preso y él fundido y sin trabajo, tendrás que aguantarlo peor que antes. Y encima, con la culpa mordiéndote el hígado. No seas pendejo.

- ¡Soy un pendejo!, desafió Jorgito. Decíselo. No voy a joder a Luis. Me aguantaré la que sea.

- ¿También lo del tráfico?

- ¿Qué tráfico?

- Dice la policía que en la pickup encontraron cocaína, escondida en un guardabarro, susurró Brodsky. No importa de quien es. Pero si vos insistís en ser un mártir, yo me abro y la Compañía no se encarga de defender a ninguno de ustedes. En ese caso, te queda el fiambre y la merca. Las dos cosas son demasiadas. Diez o doce años, por lo menos. Si logro desvincularte del muerto, prometo que arreglo lo de la coca.

- ¿Qué merca? No traía ninguna.

- No lo sabés y tampoco podés asegurarlo. La pudieron guardar allí los del taller mecánico o cualquiera. Lo cierto es que la encontraron. Todavía no la metieron en la causa porque justo aparecí en el medio. En una de esas, la droga era de Amato.

- No lo creo.

- Pensalo. Esto es más grave de lo que creés. Se acercó a la mirilla y llamó a Fernández.

- Quiero hablar con el otro. Este no quiere. No me cree lo de la droga.

- Déjelo, indicó Fernández. Cuando les den a los dos quince años por la cabeza, se van a apiolar.

Brodsky entró en la celda de Amato y le estrechó la mano.

- ¿Qué hace aquí?, se sorprendió el chico. Le habían sacado no sólo el cinto y los cordones sino hasta la cinta con la que se recogía el cabello, de modo que de modo que tenía la cara semioculta en una mata de pelo.

- Me mandó el papá de Jorge a darles una mano, pibe. ¿Cómo te trata la policía?

Amato se encogió de hombros. Así.

- ¿Así cómo?

Mientras se acomodaba en la silla, Amato sonrió con un aire idiota. ¿Cómo quiere que me traten?, preguntó casi con sorpresa.

- ¿La comida?

- Fría y poca. Pero resulta mejor que ayunar.

Quedaron mirándose en silencio.

- No tendrían que haberse llevado la camioneta sin permiso. Eso fue muy grave, acusó.

- ¿Qué quiere que le diga? Más grave fue pisar al tipo.

- ¿Cómo fue?

- Como se lo contamos a la policía. Jorgito venía no muy fuerte, a 80, digamos. O a 90 ¡ que se yo! Yo vi al tipo de refilón, cuando iba por la vereda hacia la esquina. Fue un segundo, se lo imagina, ¿verdad? Ni me fijé en él y seguí charlando con Jorge. Algo pasó entonces. No se qué fue. No podría explicarlo. Pero de pronto miré hacia adelante y el tipo ya no estaba en la vereda sino que golpeaba contra el capot. ¡Shhtttt! Saltó para arriba, como un acróbata. Pero en ese salto se deshizo todo. El vidrio del parabrisas se astilló en pedacitos, los huesos se rompieron, fracturados los huesos, las tripas, todo el tipo. El hombre. Callado, el tipo. Saltando. No hubo ruidos raros ¿sabe? ¡Shhtttt! Jorge no pudo frenar y se lo llevó puesto. Delante de nuestras narices. ¡Shhtttt! Y el tipo cayó sobre los adoquines. Y la sangre comenzó a salirle.

¡Shhtttt! El único grito debió ser el mío y nadie lo escuchó. -  
Debió ser bravo ¿no?

Amato alzó los ojos y tragó saliva.

- No lo podía creer, contestó. Miraba a ese infeliz y no podía creerlo. Hasta hoy me resulta difícil.

- ¿Hubo testigos?

- Después aparecieron unos curiosos, pero en el momento no había nadie.

- ¿Y la droga? ¿De quien era? ¿Tuya o de Jorgito?

- ¡¿Qué droga?!, se sobresaltó Amato. No había ninguna droga.

- La policía encontró cocaína debajo de un guardabarro. ¿Era tuya?

- ¡Para nada!

- Si no era tuya, podría ser de Jorge o la metió alguno en el taller. En cualquier caso, es un problema. Tienen que responder por el accidente, pero también los acusarán por tráfico. Están más que jodidos.

Amato se removió nervioso, y terminó tomándose la cabeza entre las manos.

- Ayúdenos, pidió con voz hueca.

- ¿Y qué hacemos?

Amato no respondió enseguida. Cuando lo hizo, se le había enronquecido la voz. - Denos una mano. No tenemos nada que ver con la droga. ¡Se lo juro! Y yo menos que nadie. Debe ser una trapisonda de los policías.

- Se complicó todo, dijo Brodsky. Sabés cómo funciona esto. Para arreglar lo de la droga hay que poner un toco. Pero para conseguirlo, se lo tengo que pedir al viejo de Jorgito. La Compañía no pondrá un calín.

- ¡Pídaselo! Se trata de su hijo ¿no?

- Lo hice. Él la pone, pero quiere algo de vos a cambio.

- ¿Qué? Plata no tengo, lo sabe.

- Quiere sacarlo limpio a Jorgito. Me dijo que arregla lo de la droga si decís que vos eras el chofer de la pickup. Textual: "Si tengo que pagar para que no vayan presos por traficantes, que Jorgi-

to quede limpio por la muerte. A cambio, le aseguro a Amato que no queda preso y que tendrá una buena defensa. Si no, no". ¿Qué decís?

Amato retrocedió como si lo hubieran golpeado.

- Es un hijo de puta!, gritó. A mí me da igual estar preso por droga que por homicidio. Vaya y dígaselo. Y si puede, méelo de mi parte.

- No es lo mismo, susurró Brodsky acercándose. Por el tipo que atropellaron, quedan libres mañana mismo. Por drogas, no salen ¿entendés? Lo averigüé con el abogado de la Compañía. Si aceptás, tendrás el mejor abogado de Candelaria defendiéndote y no pisás la cárcel ni siquiera condenado. En una de esas, hasta te podremos sacar limpio. Y seguirás trabajando en la Compañía. Eso me pidió el Perro que también te lo diga. Ahora, vos elegís.

Amato quedó en silencio, restregándose las manos de los nervios.

- ¿Se lo contó a Jorge?

- Sí.

- ¿Y qué dijo?

- Que no acepta. Que se banca la que venga.

- ¡Grande, Jorge! ¡No podía fallarme! Es un buen amigo, pero su viejo, ¡su viejo es un hijo de puta!

- A su modo, pide poco. Por lo de Valdéz salen enseguida. En el peor de los casos, la condena que te pueden dar no es para cumplirla. O sea, para decirlo claro, nunca irás adentro, explicó Brodsky. Él pone la plata y los salva y a cambio, pide que su hijo zafe. Si bien no es poco, tampoco es demasiado. A vos, decir que manejabas no te cambia el día.

- ¿Es cierto lo que me cuenta? Si después resulta ser un cuento y me condenan por el muerto y la falopa, me mato.

- Es la pura verdad. Si aceptás, arreglamos a la cana, desaparece la droga y sólo queda el accidente. Salís mañana mismo, después de declarar delante del juez.

- ¿Y los policías agarrarán? Mire que ya declaramos aquí.

- Si te lo ofrezco es porque lo tengo medio cocinado. Me falta que ustedes estén de acuerdo. Aviso y desaparecen la merca

y la declaración, que tendrán que rehacerlas por otras. Amato dudaba. Cargar un muerto, musitó. Es pesado.

- Lo sé, aseguró palmeándole el hombro. Pero peor es lo de la droga. Nunca tendrían que haberse metido en esa mano.

- Jamás nos metimos. No es nuestra. Amato se quedó pensando un instante. Vinimos a un recital que terminó siendo una porquería. Y encima esto. Si mis viejos se enteran que pisé a un tipo, se mueren. Pero si aparezco en un asunto de drogas, me matan. ¿Qué quiere que le diga?

- Sos el que decide. Vos elegís.

- ¿Qué voy a elegir? Estoy jodido por donde lo mire.

Brodsky encendió otro cigarrillo.

- A veces, es bueno no dramatizar. Pisar a un tipo es un accidente le puede suceder a cualquiera. No te marca. Traficar cocaína es otra cosa. No le pasa a cualquiera y quedás fichado. Entonces elegís: o quedás como uno que tuvo mala suerte o vas preso por traficante.

Amato se enjugó las lágrimas. Brodsky las había visto apenas brotar comenzó su parrafada. Podría haber dicho que las escuchó en cuanto asomaron, y al verlas brillar en la semipenumbra sintió un nudo en la garganta que deshizo con un carraspeo.

- Antes quisiera charlar con Jorge, pidió Amato. ¿Puede ser?

- Creo que sí, pero decídanlo rápido, dijo Brodsky. No tenemos mucho tiempo.

- Nunca supe de qué hablaron, contó Brodsky más tarde, en aquel encuentro casual que tuvo con Vuotto en Las Ramblas. Ni quien convenció a quien. Se encerraron en la celda de Jorgito Freitas mientras Fernández y yo fuimos a la oficina de guardia a esperar su decisión. No había pasado media hora cuando me llamaron.

Vuotto lo escuchó en silencio, casi con respeto.

- Durante la espera, confié en que siguieran en sus trece. Era extraño eso: mi objetivo era convencerlos. A cualquier precio. Me



sentí un canalla al armar la fábula de la droga. Con ese cuento, conseguí arrinconarlos. Rezaba para que no aflojasen y me demostraran que eran mejores que yo. No salió tan heroico. Pero tampoco me defraudaron al aceptar.

Vuotto había cabeceado, dando a entender su comprensión.

- Confío en usted, dijo Amato a Brodsky.

- Hacés bien.

Fernández se encargó de los detalles. Rehizo las declaraciones en la pieza del fondo y las hizo firmar en las celdas, mientras Brodsky esperaba. Al volver, le extendió el sumario para que viera los cambios.

- Tarea cumplida, festejó.

- ¿Qué hará con las anteriores? - Ya están destruidas, dijo Fernández. No existieron.

- ¿Cuándo saldrán?

- Cuando usted pague el resto. Si no, esos no ven al Juez.

- Mañana la tiene, prometió Brodsky. ¿Puedo despedirme de ellos?

No quiso entrar a los calabozos. Se limitó a saludarlos desde la puerta, avisándoles que todo estaba bien y tal como lo hablaron.

- Mañana a la tarde, a casita, los animó.

Jorgito lo despidió con un movimiento de la mano. Estaba tendido en el catre, con los brazos cruzados sobre el pecho. Cuando vio a Brodsky no se movió. Sólo la mano le hizo entender que lo había escuchado. Amato fue más explícito. Se acercó hasta los barrotes y aferrándolos, le preguntó si estaba conforme.

- Creo que hiciste lo mejor para vos.

- Cuando vea al viejo de Jorge dígame, pidió Amato. Que no me olvide de ésta, man. Dígaselo.

- Tranquilo. No vale la pena, Luis.

- ¡Dígaselo!, insistió Amato con furia. O mejor, no. No diga nada. En una de esas, es peor.

Brodsky le dio la razón con un cabezazo.

- Salgo manchado por salvar a su hijito, recordó Amato. Que no se olvide a la hora de cumplir. Me tiene que poner un abogado y guardarme el trabajo, ¿estamos?

- Tranquilo, repitió Brodsky. Cumplirá. Desde mañana, te defiende el doctor Velasco. Acordate el nombre: Velasco. Lo encontrarás en el tribunal.

- Que no se olvide, recomendó Amato mientras Brodsky se dirigía a la salida. Si no, puedo desdecirme.

Brodsky volvió sobre sus pasos y lo miró a los ojos.

- Dejate de imbecilidades, que no le salvaste la vida a nadie más que a vos mismo, susurró con tono duro. Hice que desapareciera la droga y buen precio hubo que pagar para que eso sucediera. Si te desdecís, quizá reaparece. No te hagas la veleta. Vos elegiste. Amato mostró los dientes en una mueca.

- Cuando esté afuera, le cuento como elegí.

- Lléveles algo de tomar, pidió a Fernández. Una cosa decente. Gaseosas, café o cerveza. Y unos buenos sandwiches. Se lo ganaron.

- La repartición es pobre, explicó Fernández encogiéndose de hombros. No tenemos buena hotelería, ¿sabe?

- Gaseosa, café o cerveza, sandwiches de miga, triples o una pizza. Sino, empanadas, amplió Brodsky tirando un billete sobre el escritorio. Déjelos dormir y que se laven antes de ir al juez. No son delincuentes, che.

- Los recomendaré, prometió Fernández. Ahora ahueque, que pronto llega el relevo.

- ¿Amato puede darse vuelta?

- Puede. Pero si ratifica la versión ante el juez, se le hará más difícil hacerlo.

- Mímelos, entonces, aconsejó Brodsky. Y no los junte, no sea cosa de que se arrepientan.

- Descuide. Al que afloje lo empapelo con cocaína.

Desde el hotel llamó a Velasco. Escuchó su voz algodonosa y cayó en la cuenta de que el gordo dormía.

- No son horas, reprochó el abogado. Es casi medianoche. ¿Cómo le fue?

- Cambiaron la versión, pero falta que la ratifiquen. Es importante que asuma la defensa de Amato.

- ¿Arregló con Fernández?
- Le debo el saldo.
- ¿Y lo nuestro?
- Tengo que pedirlo. No llevo tanto encima.
- Hágalo. Además, necesitará plata para mandar de vuelta a los chicos.

El Perro estaba despierto cuando lo telefoneó. Las noticias lo pusieron contento y prometió la transferencia para el día siguiente.

- A primera hora, apuré Brodsky. Mire que si no pago, los van a retener en la Comisaría y se puede ir todo al diablo.

- Mañana tiene los siete mil para la policía, los mil más para gastos y los dos pasajes de avión para los chicos, repitió el Perro. Descuide. Siga adelante. Contacte a la viuda para llegar a un acuerdo. Va muy bien, Brodsky, lo animó. Aunque no consiga más resultados, muchas gracias. No sabe qué alivio me traen sus novedades. - Lo imagino. Aprovecho para anticiparle que no tendrá comprobantes de todo este festival.

- Olvídense de la burocracia. Los que falten, los fabricaremos.

Se recostó para aflojarse. Se sentía cansado y con los músculos de la espalda agarrotados por la tensión. Cerró los ojos por un instante, volviéndolos a abrir por miedo a quedarse dormido. Tenía que seguir. Restaba tentar ese acuerdo que pedía el Perro para cerrar el círculo, pagar las cuentas y regresar a casa con los calines que le quedarían de vuelto. No quiso pensar en nada. Para asegurarse efectividad no tenía que hacerlo. Resultados. Resultados. Y sobre todo, rápidos. Que le permitieran salir de Candelaria cuanto antes. Dando un suspiro, se levantó a darse un baño. El agua le hizo bien. La sintió correr por el cuerpo, lavándolo. Se llevaba su cansancio, limpiaba esa sensación de suciedad arrastrada desde la Comisaría, y lo purificaba del ácido olor a orín de los calabozos, que sentía aún en la nariz. Se despidió a sí mismo con un saludo teatral ante el espejo, como si se sacara un sombrero.

Al devolver la llave en la conserjería había recuperado su aire contenido. Así volvió a la calle y subiendo a un taxi, pidió que lo llevase al “Marrakesh”.

- ¿De fiesta, patrón?

- Digamos que sí, acordó acomodándose en el asiento. De alguna forma hay que llamar a esto.

- Las cosas son como son y no perderé el tiempo en llantos. Siempre me dieron asco los llorones, confió Irma Gándara con voz de contralto. Él está muerto y yo sigo viva, con derecho a que me indemnicen el daño económico y moral que me hicieron al matarlo.

- ¿O sea?, preguntó Brodsky ahuecando los labios.

- O sea que cualquier arreglo tiene que ser con plata sobre la mesa. Pero mucha y viva ¿eh? No papelitos ni promesas. Plata viva, coleante. Y tendrá que ser la suficiente para salvarme y no seguir así.

- ¿Qué es “seguir así”?

- Así es esto, dijo la mujer señalando a su alrededor con la copa. Esta porquería.

- ¿Cuánta sería mucha plata para vos?

Dejó caer la pregunta y quedó mirándola. Todavía era joven y sería también linda, de no ser por esa mueca que le tiraba una comisura hacia abajo, marcándola con una mezcla de cinismo y amargura. Irma Gándara se recogió un mechón de pelo plateado y dio vuelta el vaso.

- Tenés que pedir otra consumición, rico. Hasta que no le saque plata a tu compañía, hay que pagar la mía.

- ¿Vas a comisión?

- El veinticinco por ciento.

Pidió otros dos whiskys y un agua mineral.

- ¿Cuánta sería mucha plata para vos?, repitió.

- ¿Para vos?, quiso saber ella.

- Olvidate. La suma que arreglemos es toda tuya.

- No te pregunté si querías una parte, bobo. ¿Cuánta sería mucha plata para vos?

- La verdad es que no lo sé, dijo poniendo cara de inocente.

Uno fantasea con cifras y todas son chicas y también todas son grandes. Nunca se concretan y se rompe la ilusión. Entonces resulta que cualquier monto era muchísimo, ¿no es así? Otra historia es hablar de plata en serio, dinero a cobrar de veras. Ahí, no sabría que número pedir. La posibilidad de que se concrete, hace que todas parezcan chicas.

- Me pasa igual, dijo la mujer, poniendo cara de nada. No sé cuánta sería mucha plata. No sé qué pedirte, hombre. Al menos, hoy por hoy todavía no tengo una cifra.

El hizo un gesto de resignación y se encogió de hombros.

- Sos la que puede hacer pleito. Si querés un arreglo, tenés que poner el número.

- ¿Me dejás pensarlo? No me resulta fácil definirlo, ¿sabés?

- Tomate el tiempo que quieras, concedió Brodsky pidiendo la cuenta. Pero yo me voy mañana. - Ayer lo mataron. Todavía no está frío y ya quieren arreglar, repasó ella. ¿Por qué tanto apuro?

- Nadie lo tiene, salvo yo. Quiero volver a casa, dijo él. La Compañía puede esperar mil años. Yo no. Ya hice mi trabajo. Me estoy yendo y no quiero volver aquí. Por eso vine a verte no bien supe que existías. Pero con arreglo o sin él, me vuelvo, así de simple. Vos verás.

- Pensaré una cifra. Pero ¿la pagarán? - Si nos ponemos de acuerdo, sí.

- ¿En billetes? ¿Uno encima de otro?

- Todos juntos y donde los quieras.

Ella rió fuerte, como gozosa o divertida. Desde otras mesas, algunos los miraron con curiosidad.

- ¿No es cómico? Vivo, ese hijo de puta nunca sirvió para traer un mango a casa y ¡mirá ahora! Me das filo para saber cuanto quiero por él. ¿No es para morirse de risa? ¡Me vale más muerto que vivo!

- ¿Hace mucho que estaban juntos?

- ¿Querés que te tome de confidente? ¡Ni loca! Metete en tus asuntos.

- Es por curiosidad, nada más.

- Metétela donde ya sabés. Yo, tumba. Pensaré una cifra. ¿Cómo hago para pasártela?

- Llamame al hotel, sugirió Brodsky anotándole el teléfono en una servilleta. Si no me encontrás, dejá dicho y te busco.

- Te das la vida ¿eh? Es un buen lugar.

- Paga la Compañía, dijo Brodsky, levantándose. Espero tu llamado. ¿Mañana?

- No sé.

- Espero hasta la tarde. Si no tengo noticias, me vuelvo y que te vaya lindo.

- Si se cuánto quiero, te llamo. Si no, que tengas buen viaje.

Desde su altura, de pie, Brodsky le veía el nacimiento de los pechos. La mujer siguió su mirada y se tapó el escote con la mano.

- No seas chancho. Estás hablando con una viuda.

Lo dijo en tono serio, y aunque sonó absurdo, Brodsky sintió vergüenza.

- Perdón, no quise ser guarango. Fue sin querer, se disculpó antes de retirarse .

Durante unos instantes, ella permaneció mirando el hueco por donde se había esfumado Brodsky. Luego se dirigió a la barra estirándose la pollera.

- Poneme un jugo, Pedro, pidió al barman. De naranja.

Regresó al hotel a pie, por calles vacías. Cuando llegó hizo un alto en el bar del lobby. Se sentía cansado. Le dolían los ojos y le pesaban los párpados. Se dijo que era hora de dormir. Se dijo, también, que tendría que haber telefonado a Isabel. Ella debió esperar su llamado. Se la imaginó en el living, leyendo hasta tarde, tratando de convencerse de las muchas razones por las que él no habría podido llamar. Se habría dicho que las líneas estaban cargadas o descompuestas. O que no hizo a tiempo, en medio de tantas corridas. Se diría quizá que estuvo discando sin fortuna para abandonar al undécimo intento, harto de fracasar. Habrá tenido para él algún recuerdo, pensó. Uno cordial o amoroso que contemplase

sus imposibilidades y sus ganas de oírla, contrariadas por la ineficiencia de la telefonía estatal. O se persiguió con la idea de que, aprovechando la impunidad que le daba la ciudad ajena y su imposibilidad de control, él, como buen marrano que era, se habría ido con cualquier atorranta a revolcarse por ahí. Rió entre dientes, pensando en la cara que pondría Isabel de enterarse que había estado en el “Marrakesh”, bebiendo whisky con una mujer con pelo plateado y verde. ¿La Compañía también te paga para eso?, diría con voz de freezer. No entendés, se defendería él. Era necesario para que el problema por el que fui, se solucionara.

Ella no le creería una palabra. Sus ojos brillarían de odio mientras él estaría preguntándose por qué había abierto la boca para mencionar un boliche con nombre de aventura y la existencia de una hembra que, aunque solo fuese por su oficio y sus tinturas, permitía suponer una tormenta de sexo.

No había llamado. Tampoco lo intentó, y se dijo que estuvo mal. Después de todo, ella merecía un telefonazo. Hola, ¿cómo estás? Mucho trabajo. El Perro ordenó que me quede. En serio te digo. Por mí, volvía hoy mismo. ¿Todo bien ahí? Sí. Todo bien significa todo igual. Y todo igual quiere decir, ni más ni menos, todo como siempre. ¿Y qué es todo como siempre, por Dios? Que las rutinas se repitieron también para ella. Que no hubo ventas, lo que significa que no hubo comisiones; que aún así debió mostrar un par de departamentos y fingir interés o comprensión; que extrañó a los chicos; que se pudrió de que en la calle le espiasen el traste; que, ya en casa, los aparatos descompuestos siguieron sin funcionar; que la descarga del baño continúa perdiendo; que el diariero trajo el periódico con las malas noticias habituales y que habló con su madre por teléfono a la hora de la cena. Que los chicos no hicieron mayor ni menor lío que cualquier otro día. Que le hubiese gustado extrañarlo más, o de otra forma, distinta o nueva y no como una revancha por su ausencia. Podría ser. Porque él se había ido, y debía estar disfrutando del cambio de ciudad y de la posibilidad de irse. Cerró la puerta y se fue. Simple.

- ¿Es así la película?, se preguntó pidiendo un whisky. ¿O

sería una farsa más? En una de esas, apenas concluyera la conversación, ella suspiraría con alivio y - bendiciendo a la Compañía y al Perro - desearía que nada lo atajase, que nadie le impidiese irse de veras, que no tuviese que volver, ni siquiera por un instante, a buscar algo olvidado en el apuro. En una de esas, levantaría el teléfono para llamar a un tipo y avisarle que el plomo estaba de viaje y tenían un día, o unas horas, o una semana para ellos. Habrían combinado una cita para esa misma noche. De regreso de la inmobiliaria, ella se habría bañado, perfumado y puesto una ropa interior negra, con volados y caladuras y avisó a los chicos que iba a cenar con una amiga. O al cine.

¿Cómo sería con un amante? Quiso imaginársela y no pudo. El otro no tenía rostro, y ella era un cuerpo y una risita. O para ser más preciso, era la idea de un cuerpo y de una risita. Nada más. La idea del cuerpo conocido apretándose contra otro que no tenía cara ni nombre. Se le apareció la idea de la suave curva de los pechos de Isabel, la idea de la dureza de sus pezones y la humedad y textura de su lengua, que podía lamer la suya tanto como la de cualquiera. Se exasperó de su fantasía. No podía ser, pensó. Le dio un poco de tristeza y otro poco de rabia y de celos. Removió los cubitos de hielo en el whisky, y se repitió que ella era incapaz de engancharse con otro. Nunca lo hizo, se contó. ¿Nunca lo hizo?, se preguntó. No supo que responderse. Después de tantos años, que busque por ahí lo que tiene en casa ¡vamos! Aunque ¿porqué no? Todo puede ser. Después de todo, hay cosas que ya no tiene en casa. La aventura, por ejemplo. O la novedad. Un olor distinto. Ser centro de atención absoluta. Cualquiera de esas cosas podría ser suficiente incentivo. Pero no lo creo, se tranquilizó. Preferirá refregarse contra el colchón y sentir que así también me está cuidando. Que nos está cuidando. ¿Qué? Me cuido para que te cuides, por ejemplo. Se encogió de hombros. Tampoco debe ser eso, se avisó. No sé qué puede estar diciendo o pensando o queriendo. Seguro que me insultó cuando no llamé. Se fue a la cama con bronca, preguntándose qué podría estar haciendo él Candelaria. Nada bueno, se habría respondido. De lo contrario, hubiera telefoneado. Así fuera para



marcar tarjeta. Contempló el fondo del vaso y se dijo que todo eran complicaciones. Miró el reloj y era tardísimo. Se levantó para ir a su habitación, y estaba enfilando hacia el ascensor cuando se le ocurrió que no estaría mal una vuelta por Las Ramblas, ver el mar y tal vez jugar unas bolas en la ruleta. En la calle corría un aire fresco. Se dejó llevar, sintiendo que la brisa lo limpiaba. Se sorprendió al comprobar los años en que no estaba solo, caminando a medianoche hacia cualquier parte. No es que lo extrañara. No se sintió reencontrando una costumbre ni acariciando una nostalgia. Sencillamente se dijo que sus hábitos cambiaron con el tiempo y con la edad. Los compromisos. Las obligaciones se sumaron acotando cada espacio, cada lugar, hasta hacerlos desaparecer. Así de fácil. Los años. Con la lengua sintió los huecos de los dientes perdidos. De a uno. En forma imperceptible. Primero, las muelas de juicio. Después, un molar. Más tarde su antagonista. Después dejó de llevar la cuenta. Todo fue despacio, recuerda. Tanto, que sólo queda en la memoria la última extracción, hecha en una ciudad del interior y de apuro, en un consultorio al paso, de esos con carteles que prometen “*Atención las 24 horas*”. El dentista estaba hojeando una revista cuando él entró. ¿Puede sacarme una muela? El otro había asentido. Si es necesario, sí. Sino, no. Lo instaló en un sillón descascarado y lo encandiló con un reflector mientras ordenaba que abriera la boca. Obedeció, diciéndose que tendría que haberse lavado los dientes. Pero el otro ya estaba explorando su dentadura.

- Es este, quiso ayudar, señalando. Sonó algo así como “*ej ejste*”, porque habló con la boca semiabierta y con un espejito adentro. El otro golpeó el diente con el instrumento. ¿Duele?

- Todavía no. Pero está por.

El dentista quiso venderle un tratamiento completo, que desechó. Intentó aconsejarle un implante con igual resultado. Cuando se dio cuenta de que sólo quería la extracción, le aconsejó que se distendiera para que la anestesia tomara mejor.

- Estoy acostumbrado. Dele nomás.

Le dio. Caramba si lo hizo. Cuando estaba desarraigando el diente, sintió un sonido leve en su boca y el otro anunció con cara

triste que la pieza se había quebrado. El sintió el ruido que hizo al romperse. Caminando hacia Las Ramblas, le sorprendió darse cuenta de que había sentido un ruido, un sonido. Como decir que había escuchado frío o calor. Pero fue así. El diente hizo un sonido sordo al quebrarse. Había imaginado que era el ruido de la raíz al abandonar su lugar. Fue el otro quien lo trajo a la realidad al anunciarle la mala noticia.

- Se nos complicó, le dijo con un suspiro resignado.

Cuando sintió (no escuchó) el rumor del diente al partirse (un susurro, un ¡tac! seco) imaginó que pronto terminaría la cosa. Pero fue el anticipo del infierno. Se dijo que eso explicaría haber sentido el ruido (y no escuchado). Descubría que tampoco lo captó con los oídos sino con su encía. O sea que todo se había dado vuelta.

Arribó a Las Ramblas recordando al dentista trepado en el sillón, echándole su aliento a la cara, mientras martilleaba la encía como quien quiere perforar una pared para colgar un cuadro y tropieza con una capa de mezcla dura. La memoria se le confundió con la presencia del mar, y cada golpe de las olas repercutía en su encía con la fuerza de un martillazo dado sobre el escoplo del dentista, que se hundía en su encía, rompía hueso, diente, carne, mientras las respiraciones de ambos se agitaban en el esfuerzo. Jadeaban los dos, odiándose a cual más. Uno, por tener que soportar el dolor y el manoseo irreverente de una carnicería en la estrecha hondura del alveolo del diente partido. El otro, en cambio, transpiraba su bronca a martillazos y de cuando en cuando decía, o se decía, que esas cosas a veces pasaban. No eran extrañas, pero tampoco habituales, lástima que le había tocado a él. El sentía - otra vez no escuchaba sino que se limitaba a sentir - que se le iba la vida por el agujero que le estaban fabricando a martillazos. Se hundía en el sillón, sin recuperar una postura más digna ni más cómoda, con el otro batiéndole la encía a golpes. Después de cada mazazo, hurgaba en la herida con sus terribles instrumentos ganchudos, torturaba la carne y el hueso persiguiendo astillas con una pinza, enjugándole la sangre con el babero, mientras recomendaba "*calma/calma/que/ya/estamos*" y él, semienterrado en el sillón y respirando

fuerte, asentía con parpadeos esperanzados en que así fuera.

Acodado al muro que bordeaba Las Ramblas, sentía al viento refrescarle la cara y los golpes del mar-tillo desparramando sus olas sobre una arena que no veía, pero que la sabía ahí abajo, como supo en aquel momento que el otro le desparramaría las astillas del diente en la boca, abriéndole un cráter en la mandíbula. Era injusto que ese recuerdo se superpusiera con el vaivén del mar, con la calma del oleaje y el fresco de la noche, pero no lo pudo evitar. Dejó que sus ojos fueran del mar al Casino, y se dirigió hacia él. Las luces y los murmullos lo introdujeron en el salón de juego. Era tarde. Las mesas tenían un público raleado pero fiel, expectante a cada tirada. Compró unas fichas y el cajero le anticipó que en media hora cerraban.

- No se preocupe, lo tranquilizó. Perderé rápido.

Más que un augurio, el anuncio encerraba un deseo. Él venía a perder. El tiempo y el dinero. Los perdería. El espacio para el sueño, despilfarrado; la plata de los viáticos, desaprovechada. Imaginaba el rastrillo del croupier barriendo sus fichas. Aún no las había depositado, sobre el tapete y ya se representaba su privación. Sus fichas eran la expresión objetiva de su valor para o en el casino. Ellas se se irían, barridas por la pala negra y lustrosa del croupier, no menos lustroso que su pala.

Enviado a una ciudad extraña con el mandato explícito de triunfar al precio o costo que fuere, se sorprendía regodeándose con el anticipo de una pérdida en el juego que acompañaba la poca fortuna que se atribuía en el amor, donde lo único que le quedaba era la confianza de los años, la holgazanería de las rutinas y el oscuro y mudo reproche (jamás convertido en palabra) por las renunciadas hechas y por las recibidas a cambio, como moneda de vida o tributo de hastío. Entonces, recapitulando, la pérdida ante el tapete no sería novedad. Más bien, podría considerarla una dramatización más del momento, que a nadie, se dijo enfatizando el *nadie* para no dejar resquicio a la incertidumbre, que a nadie, repitió, importaría. Ni mucho ni poco. A nadie. A nadie. Ni siquiera a él mismo. Se ubicó junto a la mesa y miró las casillas, las chances, docenas y pasillos,

preguntándose cuántas veces se tiene la posibilidad de elegir sin temores una pérdida. Tratando de responderse, empezó perdiendo el turno para apostar y lo tomó como una señal. Miró a la bolita picar y apostó para sí a colorado. Sale rojo. Negro, comprobó al detenerse la ruleta. Cuando el rastrillo del croupier pasó delante suyo, sintió que había salvado una ficha que podía sacrificarla con éxito en la próxima bola. Viene gratis, se reconfortó colocándola en el 7. Perdió. Tentó con el 25, y volvió a perder. Igual le sucedió con el 0, con el 13, con el negro y con los pares. Sonreía casi reconfortado. Se lo había prometido y estaba sucediendo. Sin culpa, se cumplía el pronóstico. Volvió al 7, pero a último momento corrió la ficha de modo de apostar también al 6. - Siete, anunció el croupier retirando las apuestas perdedoras. Quedó la suya, y la miró con cariño, mientras colocaban delante suyo una pilita de fichas que no contó.

- Tuvo una revanchita, lo animó su vecino.

- Sí. Pero como a lo último jugué a semiplenos, perdí la mitad.

- No sea goloso, reconvino el otro, un rubio transpirado de excitación.

- Más que gula, fue miedo. No me animé a seguir perdiendo.

- ¿A quien le gusta, compañero?, preguntó el rubio girando sus fichas entre los dedos.

- Creo que vine para eso. No se si quiero ganar.

El otro se encogió de hombros, corriéndose a un costado.

- Pierda, entonces. Por las dudas, cambiaré de lugar. ¿No le ofende, verdad? Es por cábala. Mi negocio es otro.

- Para nada.

Apostó de nuevo al 7, a primera docena y a color, quedándose con las manos vacías. Salió el 9, y cobró las chances. Tiró al croupier una ficha de propina, que el otro agradeció alzando un poco la pala, y puso todo al 30. La bola comenzó a girar, y Brodsky la miró fascinado. En ese momento, se arrepintió de su soberbia. Quería ganar. Se lo dijo con fuerza, buscando la bolita que picaba entre los números. Sonrió diciéndose que siempre lo quiso. Incluso cuando se creía jugando para perder. Si llegaba a salir el 30,

tomaría las fichas y se retiraría con su ganancia pidiendo disculpas por su hipocresía. Como si quisiera exorcizar a la mala suerte, antes de que ella lo escupiera. Saltaba la bolita, casi juguetona, y Brodsky deseó que sus ojos tuvieran potencia y puntería como para empujarla hasta su número. Lamentablemente, la suya era una mirada normal y salió el 21. Con cara de circunstancias se apartó de la mesa. Estaba saliendo cuando se encontró con el rubio.

- ¿Y? ¿Se dio el gusto?

- Perdí.

- Contento pues.

- No, para nada. Mire lo que son las cosas. Después de tanto cacareo, al final descubrí que quería ganar. Venía haciéndolo un poquito y me gustó.

- De carne somos, sentenció el rubio. ¿Perdió todo? ¿Hasta la camiseta?

- No tanto, rió Brodsky. Sólo la que jugué.

- Páguese una copa, entonces, propuso el rubio. A mi me pelaron y estoy muerto de sed.

El tipo resultó una esponja. Bebía como un cosaco que hubiera atravesado la tundra a pie en verano. A la tercera vuelta, Brodsky optó por una botella de agua mineral, mientras el otro insistía con lo mismo.

- Se oxidará las tripas, lo amonestó el rubio. Es una lástima. Mire que este whisky es del bueno.

- Es mucho para mí, se excusó Brodsky. Aguándolo, lo orinaré pronto.

- Cada uno con su receta. La mía pasa por la cerveza. Es más rápida.

- Puede ser.

Quedaron en silencio hasta que el rubio decidió reiniciar la charla. Debo estar resultándole un pesado, ¿no es así?

- Tengo sueño, se disculpó Brodsky con un bostezo. No soy el mejor compañero que podría haber encontrado.

- En ciertas circunstancias, cualquiera da igual y usted no

resultó un miserable, dijo el otro encogiéndose de hombros. Necesito consuelo. No pensé que perdería de esa manera. Me pelaron y para peor, era plata ajena. Lo más curioso es que el juego no me gusta.

- ¿Entonces para qué fue?

- No lo sé. Supongo que busqué una forma de suicidarme.

Menos trágica que pegarse un tiro o zambullirse en el mar. Pero más cara que llorar en una pieza. - ¿Problemas con mujeres?

- ¡Oh, no!, desechó el rubio con una mueca que quería semejar a una sonrisa. A cierta altura de la vida, con determinada experiencia, esas cosas ya no suceden. Me agarró la angustia. ¿Nunca le pasó? Es horrible.

- Lo es, coincidió Brodsky.

- No aguanto lo que me pasa y quise dar un golpe de suerte.

Así me fue. Para peor, tampoco soporto esto que me rodea, confesó el rubio en un susurro. Me siento incómodo en el mundo como lo estaría hoy un dinosaurio. Estoy guacho ¿me comprende? Peor que eso: estoy seco, fundido, muerto. Soy un cadáver insepulto. Vivo porque el aire todavía es gratis.

- Creo interpretarlo, arriesgó Brodsky. Hubo una época en que anduve así.

- ¡Alma gemela! ¡Otro sobreviviente!, se extasió el rubio. Me llamo Adrián. Adrián Vuotto. ¿Entiende por qué estoy triste?

- No. Además, tampoco entiendo cómo entra en todo esto lo de perder en el Casino, apuntó Brodsky suavemente.

- Se conecta con este fangal. Necesito plata, camarada. Mucha. Es lo único que podría oxigenarme. Por eso quise tentar la suerte. Así me fue. Quien juega por necesidad, pierde por obligación. Si quiere, se lo digo en latín.

- No hace falta, lo paró Brodsky. No es el único al que le vendría bien ganar en algo. Ya tendrá su revancha.

- No me entiende, mi querido amigo. Esto no es una cuestión de principios. Necesito dinero. Tapar agujeros. Evitar mi quiebra. Ganarla trabajando me es imposible. Ahora, estoy peor que antes. Jugué plata que no es mía, por lo que necesito reponerla cuanto

antes. Estoy para el cachetazo.

- ¿A qué se dedica?

- Hago negocios en general. Compré y vendí autos, propiedades, papeles. En definitiva, me interesa todo lo que es capaz de ser envuelto o facturado. Así como me ve, está delante del vendedor que más estufas colocó en Candelaria y alrededores. Como le digo: cuatrocientas estufas de tiro balanceado. Con el calor que hace allí, ¿para qué las quieren?, me preguntaba el fabricante. ¿Las usan de cocinas? No sé. Lo cierto es que las metí en el mercado. Rió con el recuerdo. ¿Lotes? Vendí a patadas. A Maradona lo tuve que mudar unas treinta veces.

- ¿Cómo fue eso?

- Había disponible un pedazo de selva. No se puede dar una idea de lo que era eso. Si quiere, un día de estos armamos un safari y se lo muestro. Liana más o menos, no varió demasiado desde entonces. Creo que podría recordar el lugar de cada pantano. Lo cierto es que su dueño quería hacerlo plata, pero venderlo era imposible. Después de mucho pensarlo, le propuse proyectar allí una urbanización turística, una especie de paraíso ecológico en medio de la espesura. Verde sobraba. Trazamos un plano con las calles, el club house, las plazas, el dispensario, la disco, la iglesia, el correo, las piletas de natación, las canchas de tenis, el picadero, los stands de tiro con arco, las caballerizas, todo. No faltaba nada, estaba previsto hasta el último detalle. Imprimimos un folleto en papel ilustración, a cuatro colores y bautizamos el engendro como “Santa Bárbara de la Tierra Virgen”. Llevaba a los candidatos y les mostraba su lote. Imagínese, Rodríguez: Aquí, la casa. Más allá el quincho. El tipo trataba de soñar entre las lianas, pero la realidad era demasiado dura. Entonces, inventé el toque artístico que cambió la tendencia: ¿Ve ese lote?, decía señalando para cualquier lado. Lo compró Maradona. Quiere construir una quinta de fin de semana. El tipo dudaba. Hablo en serio, le aseguraba. No puede imaginarse la emoción que tuve cuando firmamos con el Diego. ¿quiere ver el boleto? No, por favor, decía el candidato. De regreso, se rascaba el cogote y como quien no quiere la cosa, preguntaba si cerca del

lote de Maradona había alguna parcela libre.

- Ahí lo enganchaba.

- No, lo tenía en baño maría un poco más, para que no sospechara. ¡Mire qué lástima! Cerca, lo que se dice cerca, no me quedó ninguno. Menos uno, que está apalabrado hasta fin de mes. Si no mantienen a reserva, se lo puedo pasar. Pero lo veo difícil. Es gente muy interesada. Les falta un puchito para la compra, pero andan juntándola. Vuotto reía con la remembranza. El candidato se ponía ansioso. ¿De veras que cree que esa reserva se mantiene? ¿No se caerá? Si cae, es suya. Véame dentro de quince días. Diez más tarde, lo llamaba. Rodríguez, ¿recuerda el lote vecino al de Dieguito? Hay una oportunidad, pero la tiene que definir ya. Se cayó la reserva. La gente no pudo conseguirla. ¿Qué dice? ¿Acepta? Disculpe que lo apure, pero tengo otro candidato que firma enseguida. El tipo se volvía loco y confirmaba la compra. Así, tuve que ir mudando a Maradona por todo el lugar para que todos pudieran ser sus vecinos. Ciento diez lotes. No estuvo mal.

- Me doy cuenta, festejó Brodsky. Sobre todo, porque sigue vivo.

- La gente perdona. Al fin de cuentas, compraron buena tierra, que sigue estando. No servirá para country ecológico, pero es fértil y virgen, tal como lo prometimos. Si le buscan la vuelta, la encontrarán.

- ¿Y después de eso?

- Después, me dediqué a los seguros. Al principio me fue bárbaro. Hice una cartera grande de clientes. Pero cuando uno crece, también crecen los gastos. Oficina, teléfono, secretaria, me entiende, ¿no? Me metí en más despelotes, de goloso. Con la idea de bajar gastos. Me dijeron que vender colchones era un negocio de locos. Que se ganaba plata con pala. ¡Y ahí fuimos! Puse un local en el centro y con la plata de los seguros, compré colchones. Muchos. Y así empezó mi ruina. Los colchones se vendían bien, pero se cobraban tarde. Para peor, los seguros empezaron a disminuir por el aumento de las primas, y eso significó menos posibilidad de giro. ¿Quién aseguraba a esos precios? Nadie. Tuve que cerrar el



dormicentro y desaparecer del mercado de los colchones. Pero debo miles por pólizas que mastiqué, ¿me entiende?

- No.

- Es simple. Cuando mis clientes me pagaban sus pólizas, yo tendría que haberme cobrado mi comisión y mandar el resto del dinero a la aseguradora. Pero como me retrazaba con la cobranza de los colchones, gasté la plata de los seguros cubriendo los cheques que largué al comprar los colchones. La idea era pagar las pólizas a medida en que cobraba los colchones. Pero el diablo metió la cola y empezaron a aparecer los clavos que no pagaban las cuotas de los colchones y no faltó quien chocó y tuve que pagarle el arreglo del coche de mi bolsillo. El agujero se fue haciendo cada vez más grande y ahora la debo toda ¿comprende? Tengo una pila de pagarés incobrables, de cientos de insolventes que compraron colchones a crédito y duermen sobre ellos como benditos, mientras mis otros clientes, mis asegurados, reclaman sus pólizas, las aseguradoras exigen que le envíe la cobranza y a todos los entretengo con versos, sin poder pegar un ojo. Debo quince mil calines. Pagándolos, tapo todos mis agujeros y quedo en paz con el mundo. Pero no los tengo ni sé de donde sacarlos. Los últimos dos mil los perdí esta noche. Era la última carta que tenía. La jugué y la perdí. - Ya veo,

comentó Brodsky llamando al mozo para pagar las consumiciones. - No ve nada, se quejó Vuotto. Me escucha como a un imbécil, un inconsciente o a un loco, ¿verdad? Se equivoca. No soy nada de eso. Traté de cumplir. Pero no pude. No quiero mantener la ilusión. ¿Qué me queda? ¿La huida? ¿La quiebra?

- Esas preguntas ahora no tienen sentido. Sólo se le ocurrirán espejismos de curda, discúlpeme.

- Lo disculpo si me escucha.

- Es tarde, dijo Brodsky. Mañana tengo que trabajar. - Es cierto, vaya a dormir, se apaciguó Vuotto. Y perdone la lata. Si otro día quiere seguirla, aquí me encontrará, indicó tendiéndole una tarjeta. Si antes no me comen los albatros.

- Gracias, dijo Brodsky guardándola en el bolsillo. No sé si tendré tiempo. Estoy de paso. De cualquier manera, le deseo

suerte. Ojalá pueda enderezar sus cosas.

- Nunca se sabe lo que prepara la vida a cada uno, profetizó Vuotto tratando de pararse. Por ahí, nos volvemos a cruzar y puedo devolverle el convite. Acuérdesse lo que le digo: estoy derrotado, pero sigo soñando. Y un hombre que sueña es peligroso. Esa es mi última dignidad.

- ¿No se enoja si le digo algo?, arriesgó Brodsky. Hoy, su peligrosidad tiene más que ver con su insolvencia que con sus sueños. Además, por lo que me contó, ya era peligroso antes de soñar.

- Solo pícaro, se descalificó Vuotto. Y de poco vuelo, para peor. ¡Pensar que tuve una educación esmerada! Los mejores colegios. Una carrera universitaria. Pero preferí los negocios, creyendo que podía ser un empresario. Aquí me ve. Puedo recitarle párrafos enteros de “La Guerra de las Galias” pero no me alcanza para la cena de mañana. Soy un desastre.

- Cada vez que llovió, paró, dijo Brodsky despidiéndose.

El fresco de la noche lo despejó. Encendió un cigarrillo, repitiéndose que venía con mucho tabaco, demasiado whisky y poco sueño. Una mala vida, murmuró con escaso convencimiento. El calificativo no tenía espesor. Era un jingle. Una vida, se contestó.

La suya. La única. Pero la vida, como tal, es una ilusión. La vida era el pasado y la expectativa de un futuro. Que cuando se concreta, se vuelve pasado sin que se pueda evitarlo. Por eso duele. Él mismo era un sueño de Brodsky, que soñaba con que Brodsky soñaba. Pudo haber sido peor, debía reconocerlo. También habría podido ser mejor. Un poco más amable, o un tanto más dulce. Pero ahí estaba, bordeando la costa mareado por el whisky. Sorprendentemente insomne. Y triste. Con el recuerdo de Amato en el calabozo y sus insultos resonando como ladridos afónicos. Luis Amato tenía ojos de perro apaleado, se dijo. Y fue él quien lo castigó

- Alcahuete, se apostrofó bajito. Lo mandaste al frente y lo empapelarán y quedará manchado de por vida, mientras que el imbécil de Jorgito regresará a casita limpio como un querubín, a pesar de haber aplastado a un tipo contra el piso.

- Hice mi trabajo, se contestó. Pudieron negarse.
- ¿Eso es un trabajo?, se burló.
- Lo es. Cuidalo y cuidate.

¿Qué significa cuidarse? ¿Fumar menos o no fumar? ¿Beber soda? ¿Practicar yoga o hacerse vegetariano? Viviría más tiempo, se dijo. No tosería al levantarme. No me dolería la cabeza ni tendría mareos. Quizá nunca me asaltaría terror al infarto cuando me hormiguea el brazo izquierdo. ¿Sería esa una vida mejor?, se preguntó. Digo yo: abandonar estos riesgos, esta manera de meter adrenalina a los días, ¿aseguraría una vida más humana? ¿Qué significa más humana? se interrumpió. ¿Más tranquila? ¿Más plena? ¿Amaría mejor si no fumase? ¿Eh?, se desafió. Si bebiese menos, ¿estaría más enchufado? Y si así fuera: ¿quiero estarlo? ¿Más conectado con la Compañía, por ejemplo? ¿Más entregado a los chanchullos del Perro, por ponerle nombre? ¿Vendería mejor a Amato? ¿Cogería más seguido, por decir? ¿Isabel me querría mejor? ¿O yo a ella? Tiró la colilla y sacó otro pucho que mordió con bronca. Tratá de hacer algo, Quique, se aconsejó con voz oscura, porque se te va la vida en esa empresa.

“MURIÓ ENRIQUE BRODSKY”, imaginó un titular con tipografía catástrofe. “Tras una infecunda trayectoria, falleció ayer a las 22,30 este ilustre ciudadano de nuestro tiempo. Sus hijos, sus viudas, sus damnificados y amigos, invitan a acompañar sus restos al Cementerio de la Esperanza, a fin de asegurar la veracidad del deceso. El cortejo saldrá de su domicilio a las 10.00. El difunto saludará en el atrio”.

Rió burlón y apuró el paso hacia el hotel, por que al día siguiente debería empezar desde temprano.

Siguió recorriendo el perfil de la costa, deslizándose sobre los baldosones de Las Ramblas como jugando a una rayuela gigantesca, compitiendo con sus propias sensaciones. Así iba dejando atrás metros y metros de camino, que era como sentir que allá enfrente se deslizaba la ciudad, extraña y casi hostil. Tendría que haber salido de esa senda unas cuabras antes, cruzado la avenida, meterse por una transversal, bordear una plaza y pasar delante de

un bar hasta ver la marquesina del hotel con su logotipo brillando en la oscuridad como un faro. Todo eso sabía, pero despreció tanto conocimiento para seguir perdiéndose. Se decía, sin embargo, que iba al hotel. Por los senderos de la magia o por confusión catastral, se sentía en condiciones de eludir la rigidez de esa geografía de piedra y llegar a destino. Con alguna parte suya también se contaba que iba extraviándose metro a metro, y el recordatorio traía la noción de su impotencia. Caminaba queriendo creer que todo estaba normal. Mejor dicho: queriendo omitir la existencia del mareo. ¿No es lo de siempre?, se preguntó en el bamboleo del sueño y del whisky. ¿No ando perdido por costumbre? Costumbre de ahogado, pensó mirando el oleaje, intuyéndolo en el reflejo de la espuma que se desparramaba sobre la arena con un chirrido. Costumbre de borracho, se corrigió. Costumbre de gastado. Voy adonde nadie me espera. Vengo de donde nadie me llamó. En algún sitio una mujer aguarda una noticia, una llamada que no llega. La cama del hotel me está esperando y también Isabel. Ella habría tanteado el teléfono con ojos de bronca o de preocupación. En una de esas, como quien espera escuchar el ladrido del perro que trae el rebaño a los corrales, o el bochinche del reloj marcando la tarjeta a la hora debida y ambos se retrasan. Trajines que no se cumplen.

- ¿Es así realmente?, gritó disfrutando la tontería del gesto. Sin contestarse, siguió bordeando el murete costanero, y entonces le pareció verlo, como si fuera una aparición.

- No es justo que nos volvamos a encontrar, se quejó a los alaridos. Ya nos habíamos despedido y usted aparece.

Vuotto escudriñó las sombras hasta distinguir al que se acercaba resoplando. Lo hacía durmiendo, saludó Brodsky. En su camita caliente. No aquí.

- Ya ve, dijo Vuotto. La noche tiene rituales para los desesperados. Antes de ir a mi cueva, quise mirar el mar. Es como venir a saludar a mi madre. Quiero al océano y amo a mi mamá, y los dos me dan miedo. Me gusta despedirlo antes de dormir. ¿Vio que parecido suena dormir y morir? ¿Quién le asegura que cuando

duerme no muere? ¿Y si no despertara más? ¡Saludemos al mar, compañero!

- ¿Siempre complica las cosas?

- Yo, jamás. La realidad es la complicada. Yo, no. El mar tampoco. El mar es simple, como yo mismo. Será por eso que me gusta.

Brodsky optó por el silencio. Ningún comentario y mucho menos, alguna idea. Tenía la cantidad de whisky necesaria para tambalear y la suficiente para seguir callando. Oyó el murmullo de las olas acompañado de otro más chillón, proveniente del rubio. Se dio cuenta de que Vuotto había continuado hablando. Pero él no le entendía y hasta le resultaba difícil enfocarlo. Tengo una curda de órdago, alcanzó a transmitir, mientras se apoyaba en el muro. Sentir el borde de la pared presionándole las rodillas le hizo bien. Pareció que se acallaban los murmullos (los del mar y los de Vuotto) y sacudió la cabeza. Sintió un estado provisorio, donde todo se mantenía en un equilibrio precario.

- ... y esto, avisaba Vuotto culminando su parrafada, guárdelo. Custódieme la confidencia y no me juzgue mal. Cada hombre tiene un secreto y le acabo de contar el mío. No sé si es terrible, pero me resulta lóbrego. No pido reciprocidad, pero sí discreción.

Brodsky intentó fijar su mirada en el otro. Su cara debió translucir el esfuerzo.

- Sé que la historia impacta, reconoció Vuotto. Por eso, durante años no lo hablé con nadie. Ni siquiera me lo dije en voz alta. Pero usted me da confianza y ganas de hablar.

De pronto, la costa empezó a girar y Brodsky sintió que un sudor frío le corría por la cara y le empapaba los bigotes. Un mastín le mordió el estómago y los oídos se le llenaron de algodón. Se inclinó sobre el muro, apoyó el pecho contra su borde, y dejando la cabeza pender al vacío, abrió la boca sintiendo brotarle un espasmo desde sus tripas. Con un aullido abortado, vomitó hasta quedar exhausto, con los ojos cerrados y escupiendo una baba agria y pesada.

- ¿Pasó?, preguntó Vuotto palmeándole la espalda.

Se sintió mal y no quiso disimularlo. Aspiró aire con bocanadas ansiosas, queriendo recobrar el temple. Quiso abrir los ojos pero no pudo. Se quedó quieto, mientras escuchaba a Vuotto interesándose por su estado.

- ¿No quiere sentarse?, ofreció el rubio.

Conservaba un regusto amargo y espeso en la boca. Mejor no abrirla, se aconsejó. Hiede. Las palabras deben pudrirse antes de modularlas. Borrachas. Condenadas al silencio. Yo, condenado al silencio. Yo, condenado. Condenado yo. Condenado vos, condenados todos. Sentía la náusea estirarle los músculos de la mandíbula y volvió a respirar profundo. Haciendo un esfuerzo, se disculpó.

- Perdone esta chanchada. Me la debía.

El otro hizo un gesto comprensivo.

- No es nada, susurró. También me pongo mal algunas veces.

- Yo, casi nunca. Por lo menos, no así.

- Tomó mucho.

- Claro.

- Será el hígado, quizás, arriesgó Vuotto.

- El hígado, coincidió con aire triste.

- O el páncreas, tal vez.

- ¿Usted cree? Nunca supe cual es la función del páncreas.

- Yo tampoco, dijo Vuotto y empezó a reír.

- ¿De qué se ríe?, lo interrumpió Brodsky.

- De la situación. ¿No te parece idiota?

Había pasado al tuteo y no le molestó. Al contrario. Allí, en la costa oscura, Vuotto era la única señal de humanidad que le permitía dejarse estar, libre, casi al gairete.

- Yo soy el idiota, Adrián, se animó a descubrir. Un sonso y un canalla. ¿No te das cuenta?

Lanzó una escupida hacia la playa y buscó un lugar en el muro para sentarse, mientras Vuotto se acodaba a su lado. Desde que llegué, anduve de aquí para allá enredando gente. Mañana no será mejor.

- ¿A qué viniste?

- A resolver un tema, a ayudar a un imbécil , a justificar un sueldo. Todo eso al mismo tiempo.

- ¿Qué tenés que resolver?

- Una camioneta de la empresa donde trabajo atropelló a un tipo. Un infeliz. Manejaba el hijo del capo, acompañado de un forrito. Tenía que despegar al hijo de su papá. Para eso tuve que convencer al otro que se hiciera cargo del. Lo hice. ¡Bien por mí! ¡un genio!¿verdad?

- Si pudiste hacerlo, lo sos. - Una canallada.

- Hasta para ser canalla se necesita muñeca.

- Más que muñeca, hace falta estómago y plata.

- Entonces, no estás bien. La plata la dejaste en la ruleta, y el estómago acabás de tirarlo a la playa. Pero ya pasó. Justificaste el viaje y tu sueldo. Hasta podrías pedir aumento.

- Todavía no terminé. Ahora, quieren que arregle con la mujer del muerto. ¿Me querés decir cómo?

- ¿Para qué quieren hacerlo? Dejen que se encargue el seguro. ¿Lo tienen, no?

- No. Estaba vencido.

Vuotto silbó. Ahora me cierra más, dijo. Les saldrá un choclo.

- Es el tema. Quieren arreglarlo con monedas. Vi a la viuda. Quiere plata. Me lo dijo en la cara. Tendrías que haberla visto. Pelo verde y plateado. Uñas largas como navajas y ni una lágrima. Pura piedra. Leí el sumario. Hay fotos del tipo. Murió con los ojos abiertos. En otra época, me hubiera emocionado pero hoy no me da el cuero. Me lo quiero sacar de encima. Es lo único que me importa.

- ¿Siempre te ocupás de estas cosas?

- No. Esto me tocó y no puedo escapar. Es mi culpa. Yo lo sugerí. ¿Para qué lo hice? No era un asunto mío. Pero puse el dedo en el enchufe y aquí estoy.

- Hay veces que uno la juega de ingenuo.

- No es el caso. Me quise pasar de vivo. ¿Qué hago ahora?

- Es un trabajo feo, coincidió Vuotto. No te resultará fácil.

- Ese también es su encanto, advirtió Brodsky.

Volvieron a quedar callados. Brodsky empezó a caminar y al advertir que Vuotto no lo seguía, se detuvo a esperarlo. El otro llegó a los pocos instantes, resoplando por la carrera.

- La viuda, ¿quiere mucha plata?, preguntó con brusquedad.

- Tanta, que aún no sabe cuánto, sonrió Brodsky. No tiene idea de lo que quiere, salvo salir del boliche donde trabaja. Quedó en llamarme.

- ¿A qué se dedica?

- ¡Qué se yo! Es copera o prostituta o las dos cosas. Para ella, el juicio será sacarse la lotería.

- ¿Y para vos, qué?

- ¿Que qué? - Arreglar el tema, ¿qué te significa?

- Justificar mi sueldo. Mi buen sueldo, aclaró. Aunque si no puedo solucionarlo, nadie me hará reproches.

- ¿Entonces que te preocupa? Hacé lo que puedas y andate.

- Esa es la idea. Pero también me gustaría cerrar la cuestión.

- ¿Para qué? ¿Es tan importante?

- Para ganar en algo difícil.

- ¡Oh, la fama! En el fondo, debés ser un vanidoso.

- Supongo que sí, aceptó Brodsky encogiéndose de hombros.

De pibe trabajé en un depósito de mercaderías. Había que acomodar cajones de desodorante en el menor espacio posible. Tomaba de a cinco y los encimaba. Diez, quince, veinte cajones. Pesaban un montón. Sudaba la gota gorda para apilarlos de a treinta por columna. Me arqueaba, subía a una escalera con riesgo de romperme la cabeza y las iba alineando, prolijitas, derechas. ¿Para qué? Por el orgullo de sentir que lo hacía bien. ¿Era importante? Para nadie. Solo para mí. Podía haber estado embolsando basura, y hubiera tratado de ser el mejor embolsador del mundo. Con esto es igual. Son pocas las cosas que un hombre puede hacer, continuó después de una pausa. Por lo menos, las que yo puedo. Entonces, me gusta sacar adelante las que me tocan.

- ¿Hasta dónde? ¿Cuál es el límite?

- Hasta donde pueda llegar sin ponerme colorado. El problema es que cada vez me sonrojo menos. El límite se corre, se va más



lejos. Una vez en la maquinaria, es difícil salir.

- Y bueno, suspiró Vuotto. Si te hace feliz...

Brodsky imaginó su casa, su auto, sus electrodomésticos, su equipo de audio, su video, su ropa, la medianera del edificio lindero recortándose en la ventana, las risas de los hijos y su barullo, la sombra de Isabel sobre la pared del pasillo que iba a la cocina y rió entre dientes.

- No dije que me hiciera feliz, puntualizó. Te conté por qué hago algunas cosas, nada más.

- ¿Ganás mucho por mes?

- Como para vivir bien. Sin contar algunos extras que a veces consigo.

- Entonces, debés hacer buena plata.

- Mientras pueda ganarla, creeré que estoy bien. Y no me hagas más preguntas. No tengo una buena noche. Me duele el pecho y mi cabeza es un tambor.

- Mejor andá a dormir y no des más vueltas, sugirió el otro.

- De eso se trata.

Caminaban en dirección al centro, cada uno metido en sí mismo o en la nada, hasta que Vuotto rompió el silencio.

- Tu trabajo es interesante, dijo. No sos un cagatintas.

Brodsky lo miró de costado y contestó con un gruñido.

- Hasta tiene algo de juego, prosiguió inventariando el rubio con cierto tono de envidia. Eso es bueno.

- Cuestión de dinero, nada más.

- Ese detalle lo hace más atractivo todavía. Es un juego donde participás y encima, te pagan. No le pasa a cualquiera.

- Quizá. Pero estoy en edad de ser más serio.

- ¿Cómo qué?

- No sé. Me daría por conforme si me sintiera mejor. Pero hago cosas para que eso no me suceda. Por ejemplo: hoy tendría que haber telefoneado a mi mujer. Contarle mis novedades. Saber cómo anda. Cómo le fue en el trabajo o cómo andan los chicos. En

vez de eso, preferí dar vueltas y tomarme hasta el pulso, sabiendo que ella esperaba mi llamado. No llamé por estar mal y ahora me siento peor por no haberlo hecho. Y encima, me da culpa. -

Llamala. - Estará durmiendo. Tiene que levantarse temprano para ayudar a los chicos a prepararse para ir a la escuela. Además, no tengo ganas. - Entonces no la llames.

- También me fastidia no hacerlo. - ¿Y?

- ¿No te digo que no sé?, se impacientó Brodsky. ¿A vos nunca te pasó? - Claro que sí. Hace años. Después, hice la valija.

- ¿Separado?

- Del todo.

- ¿Y por qué?

- Siempre hay un pretexto. En mi caso fue otra mujer. O no. Si hubiésemos querido, podríamos haber seguido. No creo que haber tenido un tiroteo con otra, de por sí, justifique la ruptura. Fijate que no hice otra pareja. Pero continuar requería algo de cada uno, y preferimos creer que era imposible.

- ¿Qué pasó?

- Lo de siempre. Hay veces en que uno encuentra una mujer cada cien kilómetros y otras cada cien metros. Quien se embarca en relaciones inútiles descuida las necesarias. Un papel hizo que se descubriese todo. Un número de teléfono y un nombre. Mi mujer lo encontró en un bolsillo de mi camisa, al ir a lavar. Averiguó y supo. A partir de allí, la película de siempre: La escena de celos. El acto de contrición. La culpa y los llantos. La bronca. El despecho. Más culpa. El miedo. Sentirme un miserable y también un inocente. La escoba y la valija. Fin del espectáculo.

- ¿Hijos?

- Dos. A veces los veo. No me entienden y yo a ellos tampoco, así que estamos empatados. Pero los quiero. Los quiero mucho. Son buena gente. Mejor que yo. - ¿Y tu mujer?

- Mi ex es una buena tipa. Me persiguió durante años reclamándome alimentos. Nunca eran bastantes. Al final, consiguió marido y dejó de correrme con los embargos.

- ¿Y la otra?  
- La corté cuando me di cuenta de que podíamos casarnos.  
- ¿Eso te molestaba?  
- Era del mismo modelo que mi esposa, pero con un diseño más sport, llantas de aleación, todo eso. No me convenía. Yo no me junto, me mezclo. Quizá para no sentirme solo. O para olvidar.

- ¿Qué cosas?  
- Las que escondo. En mi matrimonio las olvidaba porque cargar con ellas me era insoportable. Pero al borrarlas, hacía la primera macana que tenía a mano. Andá: llámala y decile que no te pudiste

comunicar, que las líneas estaban imposibles. O que no tuviste ganas de hablarle y después te vinieron. O no la llames y ahorrás la comunicación.

- Paga la Compañía.  
- Llamála y susurrarle en la orejita. Es bueno hacer sentirse bien a alguien.

- Sos un cínico.  
- No lo sé. En todo caso ¿a quien le importa?

Volvieron al silencio, y en silencio se acercaron al hotel, deteniéndose ante su entrada. Vuotto le lanzó una mirada especulativa y finalmente se arriesgó.

- ¿Pagarías por resolver lo del muerto? ¿Podés hacerlo?, preguntó.

- Claro. Se supone que esto sólo se solucionará con plata.  
- Digo, aclaró Vuotto mojándose los labios con la lengua. Si te ayudo, ¿habrá plata para mí?

- Si sirve, por supuesto.  
- ¿Y no querés que lo hagamos? Conozco la ciudad, tengo contactos, amigos. Sé moverme. Además, dentro de mi factura puede haber una parte para vos.

Brodsky se rió. ¿Estás queriendo corromperme?  
- No, tarado. Te propongo una asociación libre con fines de lucro. Si sale, te llevás la fama entera y la mitad de lo que saquemos. Y gano unos calines que necesito como el aire.

- ¿Cómo podrías ayudar? - Tendría que pensarlo.

- ¿Qué podría hacer un falsificador de loteos? ¡Por favor!

Vuotto dio un paso hacia atrás mirando a Brodsky como si se calibrara un contraataque que no se le ocurría, hasta que algo debió pasarle por la cabeza, y comenzó a sonreír, cada vez más francamente.

- ¡Eso! ¡Falsificar!, estalló en una risotada palmeando a Brodsky en el hombro. Y ganar unos buenos dineritos, que es el motivo mayor de todas las falsificaciones. Resultará un éxito.

- No entiendo, dijo Brodsky mirándolo con más atención.

- ¡Lo dijiste!, rió Vuotto excitado. Podríamos rehacer la historia. Tu camioneta podría tener un seguro que se haga cargo de indemnizar a la viuda. ¿Pagarías en ese caso?

- ¿Se puede hacer?

- Contestá primero: Si te consigo un seguro, ¿pagarías?

Brodsky inspiró hondo y pensó durante un breve instante.

- ¿Un buen seguro?

- El mejor.

- ¿Cómo lo harías?

- ¿Cuándo fue el accidente?

- El domingo pasado, a la tarde.

- ¡Excelente!, festejó Vuotto restregándose las manos de satisfacción. ¡A nosotros nos juntó Dios! ¡Salvados!

- Dejáte de payasadas.

- Te conté que estoy en seguros ¿te acordás, no? Incluso te dije que mi problema es por el dinero de las pólizas. Entonces, la historia sería que contrataste conmigo un seguro sobre la camioneta la semana pasada, a pagar en cuotas. La primera, hace cinco días. Te doy recibo y ya tenés cobertura.

- ¿Y el seguro se quedará quieto? ¿No sospecharán?

- Por qué habrían de sospechar? Y aún suponiéndolo, ¿qué podrían hacer? Tendrían que probar que es una estafa. ¿Cómo lo prueban? Registro la operación en mis libros, te entrego un recibo oficial y listo. Te quedan dos días para hacerme llegar la denuncia del accidente. Apurate.

- Podría ser, sonrió Brodsky. Pero con dos condiciones, dijo apuntando a Vuotto con el índice. La primera: Que salga más barato que indemnizar a la viuda. Y la segunda, es que el seguro sea de una empresa solvente.

- ¡Trato hecho! ¿Sesenta mil calines? ¿Mitad y mitad?

- ¿Estás loco? Es un montón de dinero.

- Vos querés comprar todo demasiado barato. Aún así, créeme que te hago precio. ¿Sí o no?

- Tendría que consultarlo.

- Hacelo. Tempranito. Encontrémonos a la mañana.

Brodsky lo miró con aire de duda.

- No, concluyó. Hasta el mediodía puede llamar la viuda. Si pide esa plata, me conviene más arreglar directamente con ella.

- Es lógico, aceptó Vuotto. Pero no te la pedirá, a menos que sea una tarada. Y como las estúpidas, en materia de dinero escasean, creo que nuestro negocio es factible. Almorcemos juntos y decidámoslo allí. ¿Paso por tu hotel?

- A la una y media, concedió Brodsky. En el restaurant.

Antes de que Brodsky subiera al ascensor, Vuotto le gritó desde la entrada que llamase a su mujer.

Miró el reloj y por la fosforescencia de las agujas, concluyó que eran las cuatro de la mañana. Encendió el velador, tomó el teléfono y pidió una llamada.

- Disque 9, después el prefijo de la localidad y luego el número del abonado, indicó el telefonista. Marcó diciéndose que era demasiado tarde para hacerlo. Cuando Isabel atendió, escuchó su voz adormecida preguntado quien llamaba y cortó sin decir palabra.

Manoteó el paquete y encendió un cigarrillo.

Imaginó a Isabel en la oscuridad del dormitorio, durmiendo atravesada. Tendría puesto el camión que usó ayer, con una rosa bordada en el hombro que, tapada por el acolchado, no podría verse, pero sabía de su existencia. Fumó hasta terminar el cigarrillo, lamentándose no haberla llamado antes. No le pudo decir que la quería. Tampoco una palabra cariñosa, algún mimo. La distancia

seguía siendo distancia, pero también se contó que había hecho bien en no hablarle. La extrañaba. Podría decírselo a él en la penumbra. Tal vez por el hábito de quererla. También por el tiempo que los unía, por esa sensación de pertenecerse. Eran de ellos. A pesar del hastío, las broncas y la rutina, quedaba desnudo ante ese sentimiento de desearla a su lado, con el pelo suelto, con la cara relajada en el sueño. Siguió imaginando a Isabel en la cama. La curva de la cadera se adivinaba bajo el ondulamiento de la colcha. Una mano sobre la almohada soportaría su mejilla y le llegaría el calor de su cuerpo. Se sintió un tramposo. Todo un mundo de silencio y fantasía. ¿Cómo era el sonido de la voz de sus sueños no dichos? Un áspero ronquido, un susurro asfixiante o asfixiado, el aire saliendo trabajosamente por las narices. Lo que todos escuchan pero pocos entienden. Ni siquiera él podría ponerles palabras, porque sería descubrirse. Ante esa posibilidad, un nudo se le formó en la garganta y sintió que, de continuar en esa tónica, terminaría moqueando, víctima de sus emociones contrapuestas. Se prendió a esa sensación, reconociéndose que si era capaz de experimentar algo así estaba mejorando.

Temprano supo del arribo de la transferencia telefónica del dinero. Desayunó para llenar el estómago con algo que le hicieran soportables dos aspirinas y hecho un zombi y con la cabeza estallando, empezó su ronda. Comenzó por el Banco, de donde retiró los siete mil calines en billetes nuevos, de impresión tan reciente que aún olían a tinta fresca. Siguió por la Comisaría. Las caras de la guardia habían cambiado, pero apenas se anunció llamaron a Fernández con una premura tal que infirió que la noticia de su venida había sido anticipada.

Fernández lo recibió en su oficina. Tenía el rostro gris, con signos de haber pasado la noche en blanco. Después de los saludos, Brodsky extendió mil calines sobre el escritorio, en abanico. Los diez billetes resaltaban sobre el vidrio. Fernández no acusó ninguna emoción. Miró a Brodsky y a sus billetes sin mover un músculo.

- Cumpló mi parte, hizo notar Brodsky. Ahora, le toca a usted.  
¿Cuándo van al Juzgado?

- Dentro de un rato. Puede esperarlos en la Alcaldía.

- No me interesa. Irá el abogado. ¿Hubo problemas con ellos? Quiero decir: ¿hablaron de cambiar el libreto?

- Para nada. Están mansos. ¿Quiere verlos?

- No hace falta. Tengo que encontrar a Velasco, anunció despidiéndose. Ha sido un gusto, Fernández.

- Lo mismo digo, confió el policía estrechándole la mano.

Había guardado el dinero y se lo notaba satisfecho. Vaya tranquilo, que todo saldrá bien. Y ya sabe: cualquier cosa que necesite, nos avisa. A las ordenes.

Velasco también estuvo amable. Apenas llamó a la puerta, su secretaria o ama de llaves lo hizo pasar. El abogado estaba como siempre, incrustado en su sillón basculante, con el teléfono inalámbrico a mano y un pocillo de café sin terminar. Brodsky se sentó frente a él y sacó tres mil calines.

- Fernández cobró lo suyo. El expediente está arreglado y en un rato llevan a los chicos al juez. Le prometí a Amato que usted estaría allí. Esto es nuestro, señaló el dinero.

Velasco rió. Brodsky se dijo que parecía el arrullo de un palomo. El pecho del abogado emitía ruidos de gozo, y bastaba ver su expresión para darse cuenta del disfrute que le producía la visión del dinero. Tomó los billetes y los contó, separándolos en dos montones. Guardó uno en un cajón de su escritorio y empujó el otro hacia Brodsky.

- Su parte, socio.

- La factura por los cinco mil, recordó Brodsky.

- La haré por gastos de gestión, anunció Velasco escribiéndola. No son honorarios ¿está claro?

- Descuide. Sus honorarios son otra cosa, anunció Brodsky guardando el comprobante. ¿A qué hora estarán afuera? Me gustaría llevármelos en el vuelo de las 17.

- Podrá hacerlo. Si apuramos, puede almorzar con ellos.

- No apure, entonces. Quiero comer tranquilo. ¿Qué haría

con esos dos hasta la partida? Trate que a las cuatro y media estén en el aeropuerto. Los encontraré allí. Me ocuparé de sus pasajes. Cualquier problema, avíseme al hotel.

- Haré que los larguen a las tres y media, más o menos.

- Deme un informe suyo para la Compañía, doc. Tengo que mostrarles algo.

- Freitas saldrá desprocesado, y Amato lo hará bajo caución juratoria.

- ¿Qué quiere decir eso?

- Que uno sale libre y el otro sale pero sigue pegado a la causa, jurando que no va a escapar. Eso si ratifica que él era el chofer. Si no, será al revés. Sale Amato libre y Freitas queda pegado.

- ¿Y el pleito cuándo empieza?

- Cuando lo decida la viuda. Ahora estamos en la causa penal. Aquí se discute si el chofer de la camioneta es o no inocente, nada más.

- Si Amato resultase inocente, ¿pagamos igual?

- ¿Cómo inocente?

- Si se prueba, por ejemplo, que fue culpa de Valdéz.

- Mire, para eso tendríamos que probar un milagro, como que Valdéz se metió debajo de la camioneta para que lo pisen. Es difícil.

- Conocí a la mujer, dijo Brodsky. Le pregunté con cuánto arreglaba. Dijo no tener idea.

- Hizo mal, lo retó Velasco. Si quería contactarla, debió gestionarlo a través mío.

- No lo sabía.

- Ahora sí. No se superponga con mi gestión. Si quiere un acuerdo, se lo busco y le peleo el mejor, pero no se entrometa.

- No se ofenda. Cumplo ordenes.

- En tal caso, dígaselo a su Compañía.

- Se lo diré.

- ¿Qué hago con Amato? ¿Me olvido que existe?

- Asuma su defensa. A cargo nuestro. Trate de que se declare inocente y de que no le den mucho. ¿Qué pasa con el vehículo?



- Dentro de una o dos semanas lo recuperaré. Todavía tienen que hacerle las pericias.

Antes de finalizar el encuentro, Velasco insistió:

- Recuérdesele a la Compañía, Brodsky. Si el caso es mío, no quiero ingerencias. ¿Intento arreglar con la viuda?

- No hasta que le avise. Lo hablaré en la Compañía y decidiremos. Vaya a atender a los chicos. Si no lo ven, pueden asustarse.

- Voy, prometió Velasco. Tengo que esperar a que vengan a buscarme.

- Si quiere, tomamos un taxi y lo arrimo.

- Gracias, sonrió Velasco. Admitamos que no soy de tamaño estándar. Enseguida viene mi auto.

Tendría que haberse ido apenas Velasco rechazó su oferta de llevarlo. Se entretuvo en detalles y cuando llegó el vehículo no pudo evitar acompañarlo. Velasco se ubicó en el asiento trasero con una serie de maniobras y contorsiones. Brodsky notó que lo ocupaba en casi toda su extensión. Él se sentó junto al conductor, un viejito reseco acostumbrado a transportar al letrado. Al arribar a la Alcaldía, esperaron el camión celular que traía a los detenidos, ubicándose cerca del lugar probable de descenso. Cuando llegó, se arrimaron para ver a los presos descender de a uno. El pasaje de la penumbra a la luz del sol los hacía guiñar, dándoles un tinte grotesco. Como si fuesen un conjunto de miopes intentando leer un titular. Jorgito y Amato bajaron entre los últimos, cada uno con una manilla cromada que les apretaba las muñecas. Por suerte, no se las habían amarrado a la espalda, pero así y todo resultaban deprimentes. Brodsky les sonrió para darles ánimo.

- Este es Velasco, señaló a los gritos.

Un policía pidió que se retirase.

- No puede hablarles. Están incomunicados. Circule.

- Ya me voy. Quería mostrarles al abogado.

- Ya lo hizo. Ahora circule o lo llevo también a usted.

Amato quedó mirándolo antes de atravesar la puerta metálica

de la alcaldía. A Brodsky le pareció que con bronca.

- Tengo miedo de que se derrumbe, susurró al abogado.

- Quédese tranquilo. Es un trámite de rutina. Sólo tiene que ratificar lo que declaró en la policía.

- Puede darse vuelta.

- Fernández debe haberle dado un repaso. No creo que se eche atrás. Si lo hace, la poli lo entierra de nuevo.

- ¿Es así la cosa? - Sí. Este es un trabajo con garantía, se burló Velasco.

- Lo dejo entonces, anunció Brodsky. Tengo que hacer. Mándemelos al aeropuerto con las copias de la declaración en un sobre cerrado a mi nombre. Y su informe. No se olvide.

- Vaya nomás que yo me ocupo. Que tengan un buen viaje. Estamos en contacto. En provechoso contacto, rió guiñándole un ojo.

Eligió moverse lo indispensable y desde el mismo hotel confirmó los pasajes para el vuelo de la cinco de esa tarde. Llamó al trabajo de Isabel y le contó en qué andaba. Debió soportar sus reproches por no haberla llamado antes. No pude, dijo. Estuve ocupado hasta tarde. Ella consideró que ese no era un motivo suficiente para haberla tenido pendiente. Discrepó y quedaron en hablarlo personalmente. Sólo pensar en esa futura conversación le traía desazón y desagrado. La apartó de su cabeza y se recostó con idea de descansar hasta que viniera Vuotto. No habría pasado media hora cuando sonó el interno.

- Llamada para usted.

Se despabiló, imaginando que podría tratarse de Velasco comunicando una hecatombe. Pero era la Gándara.

- Tengo la cifra, le dijo a modo de saludo. Parecía feliz. Como si hubiera develado un arcano.

- ¡Grande!, se congratuló Brodsky. Resultaste rápida.

- Doscientos cincuenta mil.

- ¿Cómo?

- Lo que oís. Doscientos cincuenta mil calines.
- Te propuse un arreglo, no la búsqueda del tesoro.
- Consulté. Me dijeron que en un juicio saco el doble.
- ¡No hay negocio, princesa! Estás del tomate.
- ¿A cuanto llegarías?
- No sé. Cincuenta, sesenta mil, tal vez.
- Son migajas. Por menos de ciento setenta mil, nada.
- Nada, entonces. Ganálos en el juicio.

- Que tengas un buen viaje, se despidió ella. Dejó el auricular con fastidio. ¿Doscientos cincuenta mil? ¿Ciento setenta mil? ¿Quién había sido ese Valdéz para valer tanto? ¿Un físico nuclear?, le rezongó al teléfono. La pretensión de la mujer le despertó tanto odio que no pudo volver a recostarse. Optó por mirar el noticiero por televisión en el lobby. Había llegado a la capital un grupo americano de rock y en su primer recital hubo disturbios, de los que resultaron dos muertos, uno de ellos degollado con el cuello de una botella rota cuando intentaba colarse en la fila. Del otro, no se sabía ni el pretexto de su muerte, especulándose que podría no existir ninguna. Además, hubo setenta adolescentes detenidos. El locutor seguía informando con cara de vendedor de dentífricos: Un agente secreto acusaba desde el extranjero a un Secretario de Estado de connivencia en la venta de drogas en los jardines de infantes estatales. El Ministro de Gobierno desmentía tajantemente la versión de haberse operado los glúteos. El Presidente, luciendo un nuevo entretejido que venía a reemplazar anteriores batidos capilares, negaba conflictos con los sindicalistas y ratificaba la apertura económica del país y el firme compromiso del gobierno de combatir la corrupción en todos los ordenes. Bostezó durante la tanda publicitaria y comprobó que, afortunadamente, ya era tiempo de encontrarse con Vuotto. A pasos lentos, fue al comedor y con un gesto mecánico, apartó la silla con aire aburrido. Nada había cambiado de ayer a hoy. Todo estaba como siempre, cada mugre en su lugar, cada beso en su boca, cada aroma en su fantasía. Pero el cansancio lo ahogaba y no intentó disimularlo. Cuando llegó Vuotto, pidieron vino y la comida.

Esperaron el pedido hablando de cualquier cosa. Cuando les pusieron los platos y la bebida delante suyo, los dos parecieron cambiar a otra sintonía al unísono.

- Háblame de Jorge Freitas.

Brodsky masticó despacio un pedazo de carne. Miró por la ventana triturando el bocado, se volvió hacia Vuotto y sonrió.

- ¿Qué quieres saber?

- ¿Qué hacía por aquí con la camioneta?

Se mojó los labios con cabernet sauvignon y tomó un sorbo pequeño, tentativo.

- Estaba donde no debía y cuando no era conveniente. Vino a escuchar a los del grupo “Mermelada”, un conjunto de rock pesado. Nadie supo que había sacado la pickup hasta que pasó el accidente. De no haber ocurrido nada, no nos hubiéramos enterado.

- ¿Pero él qué dijo?

Se encogió de hombros.

- Eso.

- ¿Qué más contó?

- Que no vio al tipo. Que se le apareció de golpe y no le dio tiempo a frenar. Lo levantó por el aire. El otro entró en la cabina, rompiendo el parabrisas. Abolló el capot. Murió camino al hospital.

- Freitas debía ir rápido.

- Dijo que no, pero mentía.

- ¿Estaba tomado?

- No lo creo. De todas formas, no hubo dosaje. Se trató de un accidente que se volvió importante porque la camioneta estaba sin seguro y el conductor es el hijo del capo.

- ¿Y el muerto? ¿De donde venía?

- ¿De donde vienen los muertos sino de la vida?, poetizó vaciando la copa. No se sabe. Del infierno. De algún lado o de ninguno. Apareció.

- ¿Corría?

- Preguntáselo. A esos dos no les creo nada.

- ¿Vivía cerca de ahí?

- Creo que no.

- ¿Entonces?, murmuró Vuotto.

- Nada, concluyó Brodsky. A esta hora, Freitas debe haber despegado y el muerto estaría en cabeza de su amigo. Queda la cuestión de la indemnización. Con eso, habrá que esperar.

- ¿Hablaste de mi oferta?

- No todavía. Me vuelvo en el avión de la tarde, anunció Brodsky. Con los chicos. Después veremos. No queda mucho por hacer.

- ¿Lo vas a dejar así? ¿No te interesan ese dinero?

- Claro que me interesa. Pero no existe, dijo Brodsky. Aletea sólo en tu cabeza. Olvidalo.

- No, se quejó Vuotto. No puede quedar así. ¿Qué les vas a decir a tus jefes? ¿Que junten un paquete de plata para dárselo a una yegua ambiciosa?

- Ajá. Es lo más probable.

- Por lo menos, insinuó la posibilidad, viejo.

- Lo haré. Pero, ¿qué vas a inventar? La cuestión es simple: Un tipo atropella a otro y hay que pagarlo. ¿Qué compañía de seguros creará tu cuento?

- No prometo que lo crean, sino que lo paguen. Si contrataron el seguro, aunque sea media hora antes, están obligados a hacerlo.

- Iremos presos por estafa.

- No lo creo.

- ¿Se quedarán tranquilos con tu versión? ¿Con la versión de un corredor moroso? Es idiota.

- Para nada. No me lo podrán probar y preferirán pasarle el fardo al reasegurador. - ¿Quién es ese? - Las aseguradoras ceden sus contratos a un reasegurador, que les cubre una parte de las indemnizaciones. El reaseguro es un porcentaje, por el que las aseguradoras pagan una prima por traspasar parte de la pérdida. Cuando hay que pagar un siniestro, el reasegurador les cubre la parte pactada. ¿Entendés?

- No mucho, pero me basta. ¿Qué puede hacer el reaseguro?

- Nada. Hay miles de accidentes por día. ¿Por qué se van a fijar en uno más?

Brodsky lo miró y Vuotto empezó a reír.

- ¿Puede andar, verdad? En ese caso, no pagan un centavo.

- No se, confesó Brodsky. Así contado, todos se pasan el paquete. ¿Quién paga al final?

- Nosotros.

- ¿Cómo nosotros?

- Pagamos todos. El reasegurador, cuando no es el Estado es un privado que carga el costo en su precio, que a su vez es el que determina el de las pólizas. Cuanto más tiene que pagar, más pide por reasegurar. Y cuanto más cobra, más caro nos cuestan nuestros seguros. Es decir, que al final del camino, los que pagamos somos nosotros, los usuarios, indicó Vuotto. Unos más, otros menos, pero todos pagamos. Lo bueno es que decir que pagamos todos es igual a decir que nadie paga ¿verdad?

- No parece muy moral.

- No dije que lo fuera, padre. ¿Le repugna?

- A mi buena conciencia.

- Echele vino, enséñele a nadar o mándela a dormir. Ofrezco una salida, no una clase de moral.

- ¿Cómo armarías lo del seguro?

- Te doy un recibo por la primera cuota, anterior al día del accidente, explicó Vuotto. A nombre de la Compañía. Anoto la operación en mis libros, y le aviso al seguro. Así es la rutina.

- ¿Lo harías?

- Solo por plata, jamás por amor.

- Lo pintás tan inocente y burocrático que hasta suena legal. Lo charlo, anunció Brodsky pidiendo la cuenta. Cualquier cosa, te aviso. - ¡Genial!, festejó Vuotto. Mientras tanto, empezaré a armar el tinglado. Anotaré la operación en mi Libro de Coberturas y avisaré a la empresa. Si no sale la operación, la anulo por falta de pago.

- No comprometas un centavo hasta que te avise.

- Tranquilo. Pero contáselo a tu Compañía.

- ¿Cómo te sentirás después? Estás maquinando una estafa y no se te mueve un pelo.

- La emoción será cuando cobremos. Dejame tocar los billetes y vas a ver lo sensible que soy. Hasta me caerán lágrimas.

- Al final, resultaste un careta, dijo Brodsky.

- No más que vos. Sólo que la vida me resulta dura, viejo. Cuando falta plata, no queda tiempo para filosofías. ¿Cuánto te pidió la viuda?

- Doscientos cincuenta mil de entrada, para terminar en ciento setenta mil. Uno sobre otro. - Delira. Es nuestro turno.

- También sigue siendo el de ella. Meterá el juicio y lo seguirá hasta pasar por ventanilla.

- No seas envidioso. Si hacemos la nuestra, que ella haga la suya. Esto es un juego, Quique. Pero hay que cocinarlo cuando la cosa está fresca. Dentro de un par de días, será imposible.

- Lo hablo, prometió Brodsky. Lo hablo y te aviso.

Saludó a Vuotto y lo vio irse a los trancos. Se acercó hasta la conserjería, pidió la cuenta y que le encargaran un remise. Volvió a su cuarto y empacó. Llamó a su casa.

- Estaré para la cena, anunció en el contestador.

*“En este mundo de espejos/creíste que tenías valor/pero eras sólo un precio/te digo que no,/te grito que no,/aúllo que no, que no, que no./No me van a agarrar/el mundo arderá/ya lo sabrs/ya lo sabré/y en medio de las llamas/un rock bailaré/sacudiendo las lanas/los mearé,/diciendo que no, gritando que no/aullando que no, que no, que no...”*

- ¿Podés bajar el volumen? Me aturde.

Amato no le hizo caso. Jorgito se sacudía siguiendo el ritmo de la música con los ojos en blanco, modulando la letra sin emitir sonido. Junto a ellos, el doble cassetera traía el último hit del grupo “Mermelada”. Los visajes de Amato y sus contorsiones le hicieron imaginar a un cuadrupléptico transitando un orgasmo múltiple. *“...te digo que no/te grito que no/aúllo que no, que no, que no”*, gesticulaba cuando Brodsky lo tomó del codo, sacudiéndole el brazo.

- ¿Podés bajar eso? Me va a dejar sordo, gruñó.

Amato hizo girar una perilla y el bochinche disminuyó.

- Arriba no lo podrán usar, avisó Brodsky.

- No joda. Está rompiendo desde que llegamos.

Hacia media hora que se habían juntado en el aeropuerto.

Ni bien bajaron del taxi, Brodsky se les acercó con una sonrisa.

- ¿Todo bien?

Jorgito no contestó, y Amato prefirió escupir a un costado antes de responder. Lo hizo con una pregunta: ¿Qué es todo bien?

- No se. Salieron, digo.

- El, limpito, señaló Amato. Para ustedes, todo bien. Para mí, todo mal.

- No seas amargo. Pudo haber sido peor para los dos.

- Pero no fue.

- Estas afuera y defendido. Eso es suerte, alentó Brodsky.

- ¿Tengo que agradecerle?

- Me animaría a decir que sí, se encrespó Brodsky. Si no hubiera arreglado a la policía, estarían comiéndose un proceso por tráfico de drogas. No excarcelable, nene, ¿entendés? No ex-carce-la-ble. Seguirías adentro. Claro que podés agradecerlo. De nada.

- Eso mismo. De nada. Lo salvé a éste, dijo Amato señalando a Jorgito con el mentón. Por eso su viejo puso la plata y lo mandó a usted. Aquí, la voy de forro.

Fue en ese momento que Jorgito encendió la doble casetera y arrancó de nuevo el infierno de la mermelada.

- ... pero no va a terminar tan fácil, advirtió Amato antes de sumergirse en la música. Tengo algunas ideas, que charlaremos.

Se sobresaltó al oírlo. No tanto por lo que decía, sino por el tono. Demasiado desafío y mucha bronca. Mala mezcla. Canjearon los pasajes por las tarjetas de embarque. El aeropuerto estaba semivacío, y parecía anticiparse que poca gente abordaría el avión. La espera se fue haciendo tediosa. Los muchachos no hablaban, echándose rápidas ojeadas. De pronto, Amato hizo girar la perilla y la música atronó de nuevo. Brodsky reaccionó mal. Estiró la mano y apagó el aparato, mientras agarraba al muchacho del brazo diciendo entre dientes, mirá pibe, no te voy a soportar desplantes después de no haber podido dormir para sacarte de adentro. Amato



se soltó con brusquedad, encarándolo con las piernas abiertas y los puños cerrados a la altura de la cintura.

- No me toque.

- No vine a pelear con mocosos, dijo Brodsky alzando los hombros. Tené cuidado. Mi paciencia tiene un límite.

Se alejó, sentándose en el área de preembarque. Jorgito se había mantenido apartado. Ni bien Brodsky se distanció, Amato volvió a encender la casetera y bajando el volumen, reinició su escucha. Estuvieron así hasta que llegó el momento de ascender a la máquina. Se encontraron en la fila.

- Haya paz, propuso Brodsky. No estamos obligados a soportarnos.

Subieron juntos y arriba se sentaron separados, cada uno pegándose a una ventanilla. Cuando el avión despegó, miraron hacia Candelaria, para certificar que se iban.

Mantuvo los ojos cerrados, relajado, con las piernas extendidas y los brazos sobre el pecho, imaginando el regreso. Sintió a Amato sentarse a su lado y entreabrió los párpados.

- Tengo que decirle algo, anunció Amato.

Brodsky se acomodó en el asiento.

- Por lo que hablé con Velasco, me pueden llegar a dar de uno a tres años. Aunque no esté ni un día adentro, es demasiado.

- ¿Entonces?

- Eso vale. Al fin y al cabo, le estoy sacando las papas del fuego a otro.

- A tu amigo.

- A mi amigo, repitió Amato. ¿Sabe que ahora me parece que no lo es?

- ¿De donde sacaste eso?

- No se. Nunca fuimos del mismo palo, pero había cosas que nos acercaban. El rock. Los recitales, todo eso. Pero se acabó. Ahora no estamos en lo mismo. El mata a un tipo y su papi manda gente y plata para arreglarle la cosa, pero ni a él ni a nadie le importa lo que me pase.

- Jorge no quería que te hicieras cargo.

- Hasta que lo hice. A partir de ahí, cambió. Cuando acepté, dijo que era su hermano, que le pidiese lo que quisiera. Nada, contesté. Lo hago de onda. Después le pedí una Gibson. Se fastidió. ¿Quieres cobrar el favor?, me acusó. Le hubiera dado un sopapo. El se dio cuenta. Sos un turro, le dije. Puse el cuerpo por vos. Una Gibson, ¿qué te cuesta? Se la pedís a tu viejo. ¿Nada loco, verdad? Pero él, que no. Que no podía. Que bastante despelote iba a tener con su viejo como para agregar la Gibson. Tiene miedo. De su papi y de mí. ¡De mí que lo zafé! Es un careta. Como su viejo. Como usted.

- ¿Por qué cómo yo?, preguntó Brodsky.

- Estuve pensando ¿sabe? Creo que la jugué de pajarito.

Entre los tres me hicieron la cama.

- ¿De donde sacaste eso?

- No había ninguna droga en la camioneta. Fue un invento suyo o de Fernández. Apareció cuando usted me tuvo que convencer para zafar a Jorge. Caí de idiota.

- ¿Sí?

- No ponga esa cara de inocente. Sabe que es cierto. Jorge también lo negó y viendo las cosas fríamente, es tarde para dar marcha atrás. Ya estoy en la canasta, así que voy a plantear las cosas de manera diferente: Quiero plata.

- Estás de la nuca. El calabozo te hizo mal.

- Claro que me hizo mal. Dígale al viejo de Jorge que quiero plata por el favor. Si no, voy a contar como fue todo.

- No seas tonto.

- Quiero diez mil calines, insistió Amato con voz neutra. O sino, una Kawa, una Gibson y un amplificador. Nuevos. Dígaselo al viejo. Si no, verá la que haré.

- Ni se que estás pidiendo, se defendió Brodsky. ¿Qué son esas cosas, kawa, gibbon?

- Una moto Kawasaki. Una guitarra eléctrica Gibson, o billetes. Ya lo sabe, dijo disponiéndose a cambiar de asiento. La semana que viene.

- No seas tonto, repitió Brodsky.
- No se olvide, insistió Amato. Diez mil o una Kawa, una Gibson y un amplificador. Me los gané. Eso y mucho más. Y cuando me los entreguen, no espere que agradezca.
- ¿No? ¿Y qué tengo que esperar?
- De mi parte, ni una puteada. No la vale.
- Sin ofender, che. Te saqué de ahí adentro.
- Me sacó procesado. No se haga el inocente. La va de bueno, pero es una basura como los otros, dijo retirándose.
- Este chico se acordó tarde, comentó para sí Brodsky volviendo a cerrar los ojos tan pronto como quedó solo. Negocia mal, sentenció.
- Decidió tratar el tema con Jorgito y fue hasta su asiento. Amato lo miró pasar con aire burlón. No quiso darle importancia. Se ubicó junto a Jorge, sacó un cigarrillo y encendiéndolo, comentó:
  - Tu socio se puso loquito ¿sabés? Habló con el pucho en la boca, moviéndolo al ritmo de sus palabras. Jorge no acusó recibo y debió insistir: ¿Tenés idea en lo que anda tu amigo?
  - Déjelo en paz, pidió Jorge. Déjeme tranquilo. No estamos bien.
  - Ya lo se, concedió Brodsky. Pero de ahí a meterse en un chantaje, hay un paso demasiado grande para quedarse quieto.
  - ¿Fue idea suya o del viejo?, lo interrumpió Jorge.
  - ¿Qué cosa?
  - Lo de la droga.
  - De nadie, protestó Brodsky. ¿De donde sacaron que se trató de un camelo?
  - Lo dijo un policía después de que vimos al juez. Dio a entender que era puro cuento.
  - Y le creyeron.
  - ¿Por qué no? ¿Qué interés tendría en mentirnos?
  - De puro sádico y canalla, nomás. ¿Acaso no es policía?
- ¿Desde cuando le creen a uno así?
  - No se. Luis sintió que había sido usado.
  - ¿Si te digo que no tuvimos nada que ver, lo creerías?

- A esta altura, no creo en nada.

- Fernández nos avisó de la droga. No tuvimos nada que ver, Jorge. Te lo juro. Decíselo a Luis, pidió Brodsky. Se sintió sorprendido de la sinceridad de su tono solemne y agradeció que el otro no lo estuviera mirando. La cuestión, continuó, es que Amato anda prometiendo líos si no le pagamos la gauchada.

- Está dolido y tiene miedo. Además, desconfía. Cree que fue una maniobra y supone que yo la sabía.

- ¿Qué podemos hacer?

- No se, dijo Jorge frotándose la cara. Si se pudiera arreglar, me aliviaría. Si esto no hubiera pasado, sería mucho mejor. -  
No se puede volver atrás, Jorge.

- Ya lo se. Me acuerdo del tipo, ¿sabe? No duermo.

- Pasará.

- Además, tengo miedo de lo que le pueda pasar a Luis. Tendría que haber seguido reconociendo que el chofer era yo. Si me condenaban, hubiese estado bien. Sería lo justo.

- No le des más vueltas.

- No puedo evitarlo.

Sintió que él había armado ese berenjenal y se puso mal.

- En una de esas, Velasco puede hacerlo zafar, arriesgó. Es un buen abogado. El mejor de Candelaria.

- ¿En serio?, se animó Jorgito.

- No lo firmo, pero podría ser, ¿por qué no?

Jorgito lo miró a los ojos. ¿Y cómo puede zafar si lo pisamos?

- No se ni me interesa. Son cosas de abogados. Pueden hacer del día, noche. Vos sabés.

- ¡Vení, flaco!, llamó Jorge por encima del respaldo. Escuchá lo que dice este.

El otro se arrimó de mala gana. No le creo nada, anticipó.

- Dice que en una de esas, Velasco te saca limpio.

- ¿Cómo?

- No sabe, pero cree que se podría.

- ¡Cuentos!, apostrofó Amato mirando a Brodsky. Más franela, ¿no ves que quiere enroscarme? Lo único cierto es el muerto y mi

condena. Lo demás son peces de colores.

- Podemos intentarlo, arriesgó Brodsky.

- Hágallo. Mientras no lo vea, no lo creeré.

- ¿Y si te salvás, qué vas a decir entonces? Desafió Brodsky.  
¿Que es otra trampa?

- Primero, consígalo.

- Miren, voy a tratar de hacerlo. No se cómo y puede fallar. Hablaré con Velasco y con tu viejo, le avisó a Jorge. Hasta entonces, no me amargues la vida, pidió a Amato. Nada de chantajes ni de motos ni de amenazas ¿estamos?

- Conseguime la viola, por lo menos. La Gibson con el ampli, regateó Amato.

- Consígasela, apoyó Jorgito. Si es nada al lado de lo que debió pagar a la policía.

- ¿Cuánto vale tu Gibson y el amplificador?, preguntó Brodsky.

- ¿Quinientos?, arriesgó Amato.

- Más o menos.

Brodsky sacó cinco billetes y se los dio.

- Tomá. Comprate la Gibson y no vuelvas con apretadas. Aprendé a reconocer a tus aliados.

Amato repasó los billetes con aire incrédulo.

- ¿En serio me los da?

- Sí.

- ¿Y por qué?

- No se. Tal vez, porque me duele tu acusación. Además, es plata del papá de Jorge, no mía.

Amato guardó los billetes en el bolsillo de la camisa y comenzó a reír.

- ¡No lo puedo creer! ¡una Gibson! ¿Falta mucho para llegar?

Hizo la mímica de tañir una guitarra. Parado contra el respaldo del asiento, sacudía las piernas inclinando la cabeza, de manera que el pelo se le desparramaba de un lado a otro.

- ¡Tantaaannnn!

*¡Tantaaannnnnn! ¡YYYYYEEEEAAAAAAHHHHH!* "En este mundo de espejos/creíste que tenías valor/pero eras sólo un precio/te digo que no/te grito que no/..." *YEEEEAAHHHH!* ¡Copado!

- No prometí nada, ojo, avisó Brodsky. Trataré, eso sí.

- ...*aúllo que no, que no, que no./no me van a agarrar/el mundo arderá/ya lo sabrás/ya lo sabré/...*

- Está bien, reconoció Jorgito. Basta con que lo intente.

- ...*sacudiendo las lanas/los mearé,/diciendo que no, gritando que no/aullando que no, que no, que no...*

- Déjame pasar, pidió Brodsky. Vuelvo a mi asiento.

Al abrir la puerta, lo asaltó un suave olor a guiso. Fue una intuición más que una certeza. Se dijo que contribuía a eso el retorno al terreno propio, el recupero de su habitat. El pichicho que vuelve a su cucha. Dejó el bolso sobre su cama, se sacó la corbata y los zapatos y fue a saludar a los chicos. Los encontró haciendo tareas para el colegio y les dio la caja de alfajores comprada en el aeropuerto. Para después de cenar, indicó. Se asomó a la cocina y contempló a Isabel trajinando junto a la pileta. Le miró el traste y las pantorrillas y se dijo que estaba buena y deseable. Acercándose despacio y en silencio, la tomó por la cintura y la atrajo hacia él. Un cucharón cayó en la bacha de acero, y ella dio un grito de sorpresa.

- ¡Me asustaste, bruto!, se quejó, metiéndole el codo para sacárselo de encima.

- ¿Cómo anda mi morocha? - Cocinando mientras el señor pasea, dijo Isabel. ¿Qué querés que esté haciendo, pajarón?

- No se. Ofelia tendría que estar cocinando, no vos.

- Me pidió permiso para salir.

- ¡Bárbaro!. Y se lo diste. Habla muy bien de vos, siempre sensible a los requerimientos del pueblo trabajador. Pero volvamos a lo nuestro: ¿No ves que estoy de vuelta?

- Me doy cuenta, dijo ella encarándolo. ¿Terminaste tus negocios con esa pobre viuda? ¿Es linda?

- ¡No me digas que estás celosa!

- ¿De quién? ¿De esa? ¡Por favor! ¿Quién creés que sos?

- Maiquel Rurk, Antonio Banderas, Brad Pitt y Silvestre Stallone, en un solo envase.

- Ya quisiera yo, se ablandó Isabel. Pero concedeme que no es normal en una mujer decente el reunirse a medianoche con desconocido para hablar de indemnizaciones.

- Enviudar de golpe no es una situación normal, apuntó Brodsky. Sobre todo, cuando estás separado desde hace tiempo. Además, no se reunió conmigo, sino que la fui a buscar. Le caí de sorpresa.

- ¿Y cómo te fue?, preguntó Isabel.

- Un fiasco. Pidió un montón de plata.

- ¿Cuánto?

- Ciento setenta mil.

- ¿Eso vale un marido?

- No te hagas ilusiones.

No se las hacía. Sus películas iban por otro lado, y esa noche se las pasó en directo en la intimidad del dormitorio. Habían hecho el amor. Se habían buscado bajo las sábanas y cuando ella lo cabalgaba, Brodsky sintió cómo se hundía en los pliegues y jugos de esa hembra que sacudía jadeante la cabeza de un lado al otro sin decir palabra, mientras él le estrujaba las nalgas, con su cara entre los pechos, hurgando en busca de una tierra primaria, siempre perdida. Al final, se derrumbaron en un abrazo para después ir cada uno hacia su lado, como dos boxeadores al final de un round. En penumbras, Brodsky se arrimó al centro de la cama y quiso pasarle el brazo bajo la nuca, pero ella eligió apoyarse sobre sí, sosteniéndose la cabeza con la mano, dejando que el pelo le colgara como una sombra y con voz también de sombra pidió que le contase qué había hecho la noche en que no llamó. El intentó distinguirle la cara, advertido de su tono duro.

- Te lo conté, atajó.

- Quiero escucharte de nuevo.

- ¿Por qué?

- Para saber hasta donde me mentís.
- ¿Pero qué fantasías tenés?, protestó Brodsky.
  - Me ofende que me mientas, susurró ella mordiendo las palabras. Me quedo esperando tu llamado como una estúpida, sin saber qué te pasó, donde estás, en qué estás. Te aparecés al día siguiente coun explicaciones infantiles. “No pude comunicarme”, se burló. Esa excusa ya era vieja cuando yo estaba en la cuna.
- Es cierto, reconoció Brodsky. Fue una excusa. No te llamé hasta que lo hice. ¿Y qué?
  - Mentiste.
  - Preferí no decirte que antes no te había llamado.
  - ¿Qué hiciste esa noche?
    - Cené con un policía, estuve con Jorgito y Amato y después busqué a la viuda. Trabaja en un boliche nocturno. Estuve con ella quince minutos, le hice la oferta del arreglo y después me fui al casino, donde conocí a un busca, Adrián Vuotto. Estuvimos charlando hasta las cuatro de la mañana. Era muy tarde para llamar.
  - ¿Por qué no lo hiciste antes?
    - No tuve un teléfono a la mano ni ganas en el corazón.
  - ¿Siempre tengo que tenerlos?
    - No, pero ¿qué te pasaba conmigo que no tenías ganas?
    - No quise llamar de compromiso.
    - Pero das explicaciones de compromiso.
    - Eso es cierto. Te pido disculpas.
- Estuvieron un rato callados. No te creo, afirmó Isabel.  
Brodsky dio un bufido. ¿Qué no me creés?
  - El cuento sobre el tipo que conociste y tu charla hasta la madrugada.
  - ¡No seas ridícula!, se encrespó. ¿Por qué razón te iba a mentir?
    - Porque sos un farsante. Todo lo que decís son cuentos. Tenés una cara de hormigón armado.
  - ¿Y vos? ¿Qué hacés junto a un tipo así?
    - Buena pregunta. Digamos que soporto. También cabe la posibilidad de que estés diciendo la verdad.



- ¡Isabel!, gimió Brodsky. ¡Si estábamos bien! ¿Por qué este escándalo?

- Porque lo provocaste. Y si estuvimos bien antes, no cambia ni borra nada. ¿Creés que cambiaría sinceridad por sexo? ¿Pero qué te pensás que soy? ¿Una persona o un objeto?

- Llegó la hora de la filosofía, anunció Brodsky con voz lúgubre. Veo que esa llamada es un hecho trascendente en nuestra relación. No se cómo pensás las cosas.

- Te lo cuento, contestó ella rápidamente. Temo que puedas ser un gran mentiroso. Que me engañes de la misma forma que al Perro. Eso me ofende de sólo pensarlo. Te fuiste de viaje, no das noticias hasta un día después. ¿Qué querés que imagine?

- Que no pude. Que no me dio el tiempo o no tuve ganas.

Ella se quedó meditando la respuesta. Me duele que no te hayas hecho el tiempo para avisarme que habías llegado bien. Me lastima que no hayas tenido ganas de hablar conmigo, mientras yo me quedo acá, haciéndome cargo de todo.

- ¡Uf!, bufó Brodsky. No dramatices tanto, pidió.

- No dramatizo, defendió ella. Te vas a trabajar o a lo que sea. Viajás, vas, volvés, entrás y salís. Yo no tengo esa libertad. No puedo hacerles siempre el desayuno para los chicos: tengo que delegarlo. Tampoco la limpieza, la comida, las compras, nada. No puedo hacer nada. Tengo que resignarlo todo en una empleada que trabaja a las cansadas por un sueldo. A ella tengo que confiarle mis hijos y mi casa, porque yo debo ir a ganar los tres calines que le pago, que consigo a costa de soportar a propietarios, inquilinos, compradores, mangueros, lanceros, caraduras y morosos. Para sentirme independiente. ¡No se si me doy más lástima que risa! ¿Cómo pude ser tan estúpida?

- Por si te vale de consuelo, propuso Brodsky, acordate que hubo una época en que querías todo eso que hoy te duele: una mucama, un trabajo, salir al mundo. ¿O no fue así?

- Es lo que más me pone loca, confesó Isabel con una mueca. Que lo elegí sintiendo que allí estaba mi vida. Estoy segura que esa independencia me fue valiosa. Quiero creer que fue así y

no de otra manera. Pero ahora quiero otra cosa. Esto no va más para mí, ¿entendés?

- ¿A mí me lo preguntás? ¿Vos creés que a mi sí me gusta lo que hago?, retrucó Brodsky con voz suave. Necesitamos la plata y solo la conseguimos con el trabajo. ¿Te fastidia? A mí también. Pero no tengo otra alternativa a mano.

- ¡Lo que son las cosas!, señaló Isabel con una risa dura. Mi madre me envidiaba, creía que mi vida era mejor que la suya. Y hoy, añoro la de ella.

- ¿Por qué?

- Pasa que estoy harta y que todo me cae mal. Estoy harta de trabajar, Quique. Quiero estar en casa, ocuparme de los chicos, no delegar sus cosas a una empleada, estudiar algo, no oxidarme. Para poder hacer todo eso, necesito un marido que me mantenga, Quique. Quisiera que tuvieses un poquito más de ambición. Que trepes. Que hagas mucha plata y así yo pueda sacudirme esta autonomía que me esclaviza a un trabajo. Antes pudo haber sido importante para mí. Pero ya pasó. Hoy no la quiero. Ya no me sirve ni le sirve a nadie.

- Pero yo hago lo que puedo, dijo Brodsky, sorprendido. Y creo que no es poco.

Ella asintió con la cabeza y comenzó a reír despacito.

- ¿Qué chiste dije?, se alertó Brodsky.

- ¡Ninguno, bobo!, lo tranquilizó ella. Me río de mí. Por supuesto que hacé mucho, reconoció en un susurro. Y tampoco tenés la culpa de lo que me pasa. Pero los objetivos van cambiando y los míos se han transformado. Hoy quiero estar con mis hijos, metérmelos bajo el ala como si fuera una gallina, y ayudarlos a crecer. Aprovecharía también el tiempo que ellos me dejen libre. Desde que terminé la secundaria, no estudié nada.

- Nunca me contaste que te hubiera gustado estudiar.

- Nunca me lo había planteado antes. Se me ocurrió fantaseando que dejaba el trabajo y me dedicaba a los chicos y a la casa. Me imaginé que tendría que aprovechar una oportunidad así y buscar

otro camino. Por eso se me ocurrió lo del estudio.

- ¿Qué estudiarías?

- No tengo idea. Pero de poder dejar la inmobiliaria, se me abrirá la cabeza y se me ocurrirán mil cosas.

- ¿Y las cuotas?, recordó Brodsky. ¿Cómo pagaríamos las cuotas si dejás la inmobiliaria? Recién empezamos con las del freezer y quedan unas diez del auto. Sin hablar de las menudencias, el club, el super, todo eso.

- Ese es el problema, dijo ella. Por eso estoy tan rabiosa. No encuentro manera de salir de esto. Con buenas intenciones solamente, no hago nada. Quizá necesitemos asaltar un banco.

- No es mala idea, bromeó Brodsky. ¿Serías capaz?

- Ni loca. Me conocés de sobra y sabés como soy.

- Uno cambia, vos lo dijiste, recordó Brodsky acercándose.

La piel los fue uniendo nuevamente, enhebrándolos. Se enredaron entre sí, y Brodsky sintió que en esa mezcla volvía a perderse en el territorio de esa mujer que lo recibía de una forma que los dejó llenos a uno del otro en la penumbra del dormitorio, y mientras duró esa plenitud todo el resto del mundo no existió.

Cuando volvió a acomodar la cabeza en la almohada, Brodsky repasó los hechos con prolijidad de contable: De la fantasía del asalto al banco a hacer de nuevo el amor para volver al silencio y de ahí pasó a la abstracción, al recuerdo de las pieles y los cueros del afecto para terminar - maldiciéndose - en un repaso de su estadía en Candelaria, como revisando un paisaje que el apuro de la charla y del encuentro, impidieron agotar.

- Ese tipo de Candelaria, Vuotto, señaló en un susurro.

- ¿Qué pasa con ese?

- Puede ayudarnos. Me propuso solucionar el tema de Valdéz de otra forma. El haría el trabajo, y me daría la mitad de lo que cobraría por él a la Compañía. Serían unos treinta mil. Si sale, podrías dejar de trabajar por un tiempo bastante largo.

- ¿En qué consistiría ese trabajo de Vuotto?

- Nos conseguiría una póliza anterior al accidente, en una buena empresa. Cuando venga el juicio, la indemnización la pagaría

el seguro.

- ¿Y eso es normal? ¿se puede hacer?
- El puede. Es productor de seguros. ¿Entendés?
- No mucho. Suena a trampa. ¿Lo de Jorgito como quedó?
- Despegó. Figura que iba de acompañante.
- ¿Quién manejaba la camioneta entonces?
- Amato se hizo cargo.
- ¿Qué significa hacerse cargo?
- Dijo que él era el chofer.
- ¿Y por qué lo hizo?
- Bueno, son amigos. Además, le pedimos que lo hiciera.
- ¿Quiénes se lo pidieron?
- La Compañía.
- ¿Qué Compañía? ¿El Perro lo llamó a la comisaría?
- No. Yo se lo pedí, en nombre de la empresa. Fui a eso.
- ¿Y aceptó? ¿Sabiendo que se le viene encima una muerte?

Debe estar loco para engancharse en una cosa así.

- Pidió diez mil, o una moto, una guitarra y un amplificador.

También nos tenemos que hacer cargo de su defensa. Le puse un abogado. En una de esas, lo puede salvar. - ¿Cómo? ¿Van a sobornar al muerto para que resucite y declare a favor de ustedes?

- Si fuera posible lo haría, no te quepa duda. No se cómo puede evitar una condena. Lo dirá el abogado.

- Para eso, tendrán que inventar algo ¿no?
- Supongo que sí.
- Esos enjuagues ¿Serían para perjudicar a la mujer?
- No, pero de ser necesario, podrían llegar a perjudicarla.
- Pero entonces quedaría a la intemperie.
- Ya lo está. Busca salvarse con la indemnización que podría conseguir por la muerte del marido.
- Sería una canallada hacerle eso a la pobre.

- Hace un rato era sospechosa de no ser decente por reunirse con desconocidos a la medianoche y ahora es una mártir en riesgo de sufrir un despojo, se quejó Brodsky. ¿En qué quedamos?

- Le mataron al marido, tiene derecho a esa plata.

- Le ofrecí un acuerdo y salí pidiendo un disparate. Además, no es eso lo que importa. Estamos hablando de como podríamos juntar plata para que largues tu trabajo. No nos dispersemos.

- Hablás de cosas serias con un tono tan ligero que las volvés idiotas. Así como lo contás, pareciera que nada te es imposible, confió Isabel con un siseo. Que solo hace falta decisión. Me das miedo.

- El pez por la boca muere, se reprochó Brodsky con un bufido. Hace un rato era un calavera que abandona su hogar para corretear por las noches. Después pasé a ser un incapaz de mantener a su familia. Ahora, soy un monstruo que quiere estafar a una viuda desamparada. Mirá, puedo dejar las cosas así, o buscar otro camino que nos deje una plata y nos permita vivir mejor. ¿Sabés cuánto hice en éste viaje? ¿Tenés idea?

- No.

- Tres mil quinientos calines. - ¿De qué?

- Digamos que de emprendimientos espontáneos.

- No me vengas con historias. ¿De donde los sacaste?

- Participaciones sobre honorarios. Pagué al abogado y me dio una participación sobre su factura. Y le pasé un sobreprecio al Perro por el arreglo de la policía.

- Una coima.

- Llamalo como quieras, pero no es “una coima”. Cuente bien: son dos: abogado y policía. Juntas, son treinta y cinco billetes nuevos, crujientes, color sepia. En cada uno de ellos, el Padre de la Patria sonríe entre los pliegues de la bandera, bajo el lema de “Sangre ardiente y manos limpias”, discursó afectando el tono. Y mis cometas, mis barriletes, levantan vuelo al cielo inmarcesible. ¡Dios sea loado!

- Reí nomás. Disfrazás cómo lograste esa plata.

- ¿Y cómo la logré?

- Con chanchullos. Compraste un tipo, vendiste a otro y ahora estás planeando perjudicar a una pobre tipa.

- ¿Pobre tipa? Tu viuda desamparada comentó que el atorrante

de su marido le valía más muerto que vivo. ¿De qué hablás? Ella sí que está montada en el camelo.

- Tiene derecho. Vos, ninguno.

- Guarda luto solo porque el negro está de moda.

- Ahora te volviste moralista.

- No. Digo que no se le mueve un pelo por el fiambre, pero se dispone a hacerse de un buen dinerillo a su costa. No la critico por eso, pero me anoto en el concurso.

- La diferencia es que vos tenés que mentir. Ella, con mostrar la libreta, ya puede.

- Podrá, pero no porque sea justo sino porque así son las reglas de juego. ¿Desde cuando una libreta es, por sí sola, un mejor derecho?

- Desde que así lo dijo la ley.

- Las leyes son los cepos de los incautos. No te sirven para explicarte ni la vida no por qué las cosas son como son. Ella usará esa libretita para exprimir a la Compañía. Y para lograrlo tendrá que mentir. Deberá explicar lo mucho que Valdéz era en su vida, la inmensidad de su amor, la profundidad de su pensamiento, la alegría de su sexo y la generosidad de sus dineros. Tendrá que negar que estaban separados y probar qué sola queda y cuánto lo extraña. Nosotros, para evitar que tenga éxito, también tendremos que hacer lo nuestro. Ella mentirá, nosotros mentiremos, ustedes juzgarán y vosotros condenareis con la tranquilidad y firmeza de respetar reglas cuyas consecuencias paga otro. Te cuento algo para tu expediente: No le ofrecí cuatro calines. Pero lo que le propuse lo rechazó, porque le pareció poco. Quiere más. Entonces, para sacar lo que pretende tendrá que armar un show.

- No me envuelvas con palabras. Lo que ella haga no me interesa. Vos hiciste turradas y estás planeando otras. No tenés forma de explicarlas.

- No hice nada ilegal.

- Porque no te descubrieron, que no es lo mismo. En cualquier caso, nada de lo hecho fue legítimo.

- Con esa plata, podrías largar el trabajo. Por lo menos,

pasarías dos o tres años atendiendo a los chicos, tranquila, reorganizando tu vida, viendo qué querés hacer, qué querés estudiar. ¿Qué te parece? Sería una razón que justifique esa plata, no?

- No me uses. Te lo prohíbo. Vos hiciste tus trampas antes de que yo abriese la boca. Pensá lo que te ofreció el mafioso de Candelaria por vos, no por mis asuntos. Y si te decidís a hacerlo, será porque se trata de algo tuyo.

- Lo haré para ganar plata. El objetivo somos nosotros. Vos, yo, los chicos, nuestra familia.

- Si lo es, gana tu dinero en buena ley.

- Resulta que lo robo a punta de pistola.

- Por lo que contás, es más o menos así. Con trampas.

- Espero que no te impresione gustarlo. Y si consigo el paquete que ofrece Vuotto, quiero ver si largás el trabajo o antes lo consultás con el cura de la parroquia de a la vuelta.

- No me chicanees.

- No lo hago. Si logro ese dinero será dentro de las reglas de juego. Como obtuve el que traje. Es plata bien ganada, aunque te repugne su origen. Si las reglas admiten la estafa, no fui yo quien las hizo. El Perro me mandó a Candelaria para hacer lo que hice, con el acuerdo de todos los gerentes. Me remesó dinero para que pagase honorarios y sobornos. Todos lo sabían y nadie se escandalizó. No trabajo en una iglesia y esto es cosa de todos los días. Pero mejor durmamos, propuso Brodsky. Tengo sueño y no quiero discutir. Me duele hacerlo.

Arrebujándose bajo las sábanas, quiso acariciarle las piernas con las plantas de su pie. Sintió que ella rehuía el mimo y gruñó.

- Isabel.

- ¿Qué?

- ¿Me seguís queriendo?

- Supongo. Aunque en este momento lo dudo. Cuando hacés y decís estas cosas me das miedo. O extrañeza. Como si te volvieses un desconocido.

Sintió que una piedra se le aposentaba en el pecho y estuvo a punto de protestar inocencia. Se dijo que era mejor el silencio y

así se quedó, tratando de conciliar un sueño que tardó en llegar.

Al día siguiente se levantó de mejor humor. Isabel había salido a llevar los chicos al colegio y debía estar haciendo compras. Desayunó a solas y llegó a la Compañía con aire triunfador. Lo primero que hizo fue mantener una larga charla telefónica con Velasco y después se dirigió al despacho del Perro. Tan pronto como se anunció, lo hicieron pasar.

- ¡Aquí está nuestro Maxwell Smart! ¿Solucionado el tema?, lo saludó el Perro al verlo.

- Hubiera preferido que me comparase con Sherlock Holmes o con James Bond y no con Smart, se quejó Brodsky tomando asiento.

- Smart es más moderno. Los otros son piezas de museo.

- No más que nosotros. En mi recuerdo, Smart era un tonto con voz de pito. Si fue un elogio, disculpe el reproche.

- No se ofenda. Fue una broma. Sabe que le estoy agradecido por lo que hizo por Jorgito.

- Fue bastante duro. ¿Cómo está el? ¿Le contó algo?

- Habló de droga en la pick-up. ¿Qué es eso? Lo que nos falta es vernos metidos en un caso de narcotráfico.

- Fue una historia para convencer a Amato. No me delate. Le juré a su hijo que era cierta. En la pickup no había nada. ¿Pero cómo lograba que Amato aceptase reconocerse como chofer, si no era asustándolo con algo peor? Les dije que si cambiaban la versión, arreglaba con los policías la desaparición de la droga.

- Realmente, fue un buen recurso, comentó el Perro. ¡Mire que tiene inventiva!

- La idea me la dio la policía. Ahora estamos comprometidos en hacernos cargo de la defensa de Amato. Se la encargué a Velasco.

- Está bien. Lo fundamental era sacar a Jorge de esto. Saldrá de circulación por un tiempo. Lo mando al campo de mi hermano por dos meses. No quiero que aquí le hagan preguntas. ¿Qué pasó con la viuda?



- Quiere ciento setenta mil para arreglar. El doctor Velasco está furioso porque la vi y amenazó con renunciar al caso si vuelvo a hacerlo. Pero también conocí a un tipo que por sesenta mil dice que nos consigue un buen seguro que cubra el accidente. Amato, por su parte, en el viaje de vuelta se puso loquito y me pidió diez mil calines o una moto y otras tonterías por haberse hecho cargo del choque. Conseguí calmarlo con unos billetes, pero no se por cuanto tiempo. Hay que ver qué hacemos con él.

- Despacio, que me pierdo, pidió el Perro. ¿Ciento setenta mil calines por un negrito de mierda? Es un disparate.

- Más allá del color y del olor, el abogado calcula que en la sentencia puede llegar a costar el doble, según el humor de los jueces, sin incluir los gastos del juicio. Tenga en cuenta que habría que pagar no sólo los honorarios de Velasco sino también los del abogado de la viuda y las pericias. Esos gastos pueden sumar otros cincuenta mil.

- El Directorio me mata si tenemos que pagar esa enormidad. Hábleme del de los sesenta mil.

- ¿Qué quiere que le cuente? Dice ser productor de seguros y ofrece arreglar los papeles de manera que aparezca que la pick-up, al momento del accidente, tenía cobertura. Nos daría el recibo oficial de pago de la póliza. Cuando venga el juicio, pagará el seguro.

- Si es cierto, no está nada mal. Pero sesenta mil calines es otro disparate. ¿Están locos en Candelaria? Ofrézcale veinte mil.

- No me haga perder tiempo. No son idiotas. Saben que tienen buena mercadería. Lo que usted ofrece es poco en relación a lo que comprará.

- ¿Cuánto pagaría usted?

- Ochenta mil.... La verdad es que no se. Por las sumas que se barajan, creo que si pudiésemos cerrarlo en cincuenta mil, haríamos un excelente negocio. Y hasta pagando las sesenta sigue siendo bueno. El tipo se tiene que jugar. Si lo pescan, lo meten preso.

- No exagere. ¿Por una estafa? Ofrezca cuarenta mil, pagaderos contra la aceptación del accidente por parte del seguro. ¿Qué empresa es?

- “La Serenidad”. Es buena.  
- ¡First class! Tengo grandes amigos en su Directorio.  
- ¿Entonces? ¿No lo hacemos?  
- ¿Por qué no?  
- Por sus amigos, digo.  
- ¡No sea ridículo! Ellos no perderán un calín. Llame al tipo ese y arregle. Trate de bajar lo más que pueda. Y aclárele que pagaríamos sólo contra la cobertura aceptada. ¿Estamos?

- Sí. Falta lo de Amato. - ¿Qué pasa con ese?  
- Pidió plata. Lo tranquilicé dándole un poquito, que fue como darle un caramelo. Pareció conformarse cuando le prometí que nos ocuparíamos de su defensa. Hablé con Velasco hace un rato y dijo que para que lo absuelvan habría que probar algún disparate, como que Valdéz se cruzó delante de la camioneta corriendo y de sorpresa, de modo que aun frenando, no pudo evitar impactarlo. Así y todo, igual podrían condenarlo.

- ¿Y se puede llegar a probar una cosa así?  
- Jorge y Amato dijeron que no hubo testigos. - Entonces, no se puede. - Velasco sugirió que los buscáramos. Quizá podamos encontrar alguno. Quizá por una plata extra, Vuotto podría conseguirlos.

- Usted quiere decir que se podrían inventar. - Yo no quise decir eso. Lo dijo Velasco. Si sale, solucionamos el tema de Amato y atornillamos la versión de que Jorge iba de acompañante. Mire que si los gerentes pasan el dato de lo sucedido en Presidencia, su sillón peligra. En cambio, si hay testigos que refuerzan la versión... Me entiende.

- ¿Qué garantías tendríamos?  
- Ninguna.  
El Perro se levantó y comenzó a caminar por el despacho. Iba y venía, de una pared a la otra, con las manos a la espalda.  
- ¿Cómo es ella? La viuda.¿Cómo es?  
- Andará por los treinta y cinco. Más cuidada, hasta sería linda.  
- ¿Hijos?  
- No se mencionó ninguno. Olvidé profundar ese dato.

- Averíguelo.

- Por lo poco que la vi, no me pareció una madraza.

- ¿Qué supo de ella?

- Trabaja en “Marrakesh”, un boliche tipo cabaret de cuarta categoría, para desesperados o para náufragos y despistados. Tiene el pelo teñido de verde y platino y habla como un camionero. Se viste con un trapito que le deja la pechuga y el traste casi al aire. ¿Qué más le puedo contar?

- ¿Es así? ¿Se trata de una prostituta?

- No dije eso. No lo sé. Pero no trabaja en una cooperadora escolar. - Entonces, no pierda tiempo en averiguar nada. Métale con el tipo del seguro. Que también nos consiga los testigos. ¿Cómo se llama ese hombre?

- Adrián Vuotto.

- Que empiece a moverse. Pero si no consigue nada, no pagamos.

- No se si lo aceptará. Y querrá más dinero por aportar los testigos. Esos van aparte del seguro y supongo que habrá que adelantar alguna moneda.

- ¿Por qué? Inclúyalo en el paquete.

- Tendrá que pagar favores. No me pregunte cuales, pero por mi experiencia en Candelaria, habrá que poner calines por adelantado para que empiece el show.

- ¿De cuánto sería ese adelanto?

- Ni idea.

- Lo menos posible. Regatee hasta el final, todo lo más que pueda.

- ¿Qué hará con Amato? Además del abogado, digo.

- ¿Sirve para algo?

- Lo ignoro. Pero mejor tenerlo de nuestra parte y tranquilo. Si lo enfrenta, puede pedir más cosas o amenazar con hablar. Y si vamos a seguir armando fábulas, necesitaremos que las ratifique.

- No seguiremos armando fábulas, Brodsky. Vamos a seguir defendiéndonos. Véalo desde esa óptica. La otra suena ¿como decirlo? inmoral.

Miró al Perro preguntándose si estaba bromeando, pero el otro le devolvió la mirada con ojos tranquilos.

- Es inmoral, puntualizó.

- Eso, que lo digan otros que primero me convenzan. Si empezamos reconociéndolo, además de culpables seríamos cínicos. Uno se defiende, Brodsky. Con lo que puede. A su edad, ya debería saber que la trampa es parte de cualquier juego. Para eso son las reglas y las sanciones. Así que ni siquiera seremos originales.

- ¿Qué hago con Velasco? ¿Le aviso que vamos a defendernos con un seguro fabricado? Si no lo hago, puede ofenderse y si le cuento, puede implicar que sepa demasiado.

- En cualquier caso, será su problema, no el nuestro. Si Vuotto funciona, ¿qué nos importa el abogado? Si se enoja o se ofende, lo cambiamos. Y si Vuotto no sirve y lo que promete es humo, ¿de qué se enteraría Velasco? Déjelo flotar.

Vuotto consideró que, tal como estaban planteadas las cosas, debía moverse por las suyas. Brodsky había regresado a la capital el día anterior y nada auguraba rapidez ni un resultado favorable en las decisiones que fue a buscar en la Compañía. De modo que si quería pescar algún dinero en el asunto, debía inventar un plan alternativo. Con esa idea y después de fatigar bastante el teléfono, obtuvo la dirección que buscaba y se largó hacia ahí. Tardó en encontrar la casa por falta de chapa municipal. A juzgar por la huella en la pared, la ausencia de la numeración no era nueva. Preguntando a los vecinos, al final pudo hallarla. Con decisión, recorrió el pasillo de entrada hasta una puerta oscura, donde un breve latón ovalado indicaba que era la unidad Tres. Buscó sin éxito el timbre y terminó golpeando con los nudillos. Mientras aguardaba, se abrochó el saco, tirando sus mangas hacia abajo para desarrugarlas.

Un silencio incómodo le hizo reiterar la llamada. La puerta retumbó demasiado para su gusto. No escuchó ruidos adentro y temió el fracaso. Miró a su alrededor para darse una idea de lo que podía encontrar. El pasillo era estrecho y a cielo abierto, lo

que impedía que fuera lúgubre. La pared se descascaraba en varios tramos, y su pintura color verde agua mostraba islotes a la cal. Las baldosas estaban saltadas en algunos lados y el piso era desparejo. Varias puertas anoticiaban de otros tantos departamentos. Volvió a llamar, y una vieja de malos dientes asomó en la puerta de al lado, dejando ver un pelo canoso y ralo. - ¿A quien busca?

- A la señora Irma. ¿No sabe si está?

La vieja hizo una mueca despectiva.

- ¿Esa? Debe estar durmiendo. Es temprano para ella.

- ¿A qué hora se levanta?

- ¿Y yo qué se? ¿Cree que me dedico a espiarla?

- Pensé que la conocía, dijo Vuotto arrimándose. Ella envidó hace poco, ¿no es cierto?

- Así comentó, pero para mí... Bueno, no sé.

- ¿No conoció al marido?

- La vi con demasiados hombres como para saber si estaba casada con alguno. ¿Usted quien es?

- Vuotto. Necesito hablar con ella sobre el accidente que sufrió su esposo.

- Vuelva más tarde, dijo la vieja. Si la trató, debe saber qué tipo de vida hace.

- Nunca la vi. No se a qué se dedica.

- Pues imagínelo, desafió la vieja cerrando.

Se quedó mirando la puerta y después de un instante, llamó con suavidad.

- ¿Qué quiere ahora?, preguntó la vieja a través de la mirilla.

- ¿Podríamos conversar un minuto?

- ¿De qué?

- De su vecina. Veá: su marido murió en un accidente de tránsito y la superioridad me mandó a hacer un informe socioambiental. Debe haber pedido una pensión por viudez, supongo.

- ¿Viene de la Caja?, se interesó la mujer.

- ¡Ajá!

- Espere que me voy a adecentar.

La escuchó ir y venir y supuso que debía estar cambiándose de ropa o peinándose las crenchas. La puerta se abrió finalmente y la vieja le franqueó el paso.

- Disculpe el desorden, pero no esperaba visitas.

Desde hacía años que no las aguardaba. El departamento consistía en dos habitaciones, baño y cocina, todos dando a un patio. Los postigos de las piezas estaban entornados, y el patio era un amontonamiento de macetas y cachivaches, con plantas que asomaban entre pilones de diarios viejos. Una cocina se oxidaba al costado de un piletón devenido plantero.

- Siéntese, invitó mientras cerraba, ofreciéndole la silla de un juego de jardín incompleto. ¿Qué es eso de la pensión?

- No dije que se tratase de una pensión, aclaró Vuotto recogiendo las perneras de los pantalones. Supongo que me mandaron por eso. Si no ¿para qué lo harían? - Hace doce años que estoy tramitando la mía y no sale. ¿Usted podría hacer algo?

- Habría que ver su expediente. ¿En qué Caja tramita?

- Industria y Comercio. ¿Es la suya?

- No, Autónomos. Pero estamos en contacto. Deme el número del expediente y lo veo. Si lo puedo empujar...

- No lo tengo, dijo la mujer con alarma. ¿No puede buscarlo por el apellido? El número lo tiene el gestor. Ese atorrante no me dio ningún papel.

- Demorará más sin el número. Pero deme sus datos y veré qué consigo, pidió Vuotto abriendo su agenda. En una de esas lo ubico. Mientras tanto, busque al gestor y pídale el comprobante. La próxima vez me lo da.

- ¿Tiene que volver?

- Tengo que ver a su vecina ¿no le conté? Pero antes dígame sus datos, que nos vamos a olvidar.

- María José Aguirre, viuda de Felipe Posse.

- Y está tramitando la pensión. - Hace doce años. Es una miseria, pero la necesito. Además, si mi marido aportó me la tienen que dar ¿no es cierto?

- Está en su derecho, doña María. Yo me ocupo, quédese

tranquila, prometió Vuotto. Hable con su gestor y reclámeme los datos. Ahora cuénteme de su vecina. ¿De qué trabaja?

- ¿Ustedes no lo saben?, se sonrió la vieja. ¿De veras que me puede apurar el trámite?

- Puedo intentarlo. Ella dijo que era modista, que trabajaba en su domicilio para confeccionistas.

La mujer se rió con un ruido seco y cortado que le brotó de entre los huecos de su boca, mientras sus pechos se bamboleaban bajo el batón.

- ¿Modista?, se burló. Debe ser porque no da puntada sin nudo. En mi época, a las mujeres así las llamábamos de otra forma. Esa mujer, señaló hacia la medianera con un dedo, esa mujer, repitió con enojo, es una desvergonzada. Y trabaja de tal. Va con hombres ¿me entiende? No me haga ensuciar la boca. Va con hombres y les cobra.

- ¿Y eso se sabe en el barrio?

- Hasta los chicos. Si basta ver como viste, la forma en que mira. Además, el bochinche. A veces, trajo alguno a su casa.

- ¿Nunca tuvo problemas?

- ¿Yo? ¿Y por qué? Mi único problema es esa maldita pensión que no termina de salir. Usted me puede ayudar ¿verdad?

- En lo que pueda, lo haré. Pero me refería a ella.

- Esa no tiene ningún problema. Y si lo tuviera, con mover un poco el traste lo soluciona. Trajo la vergüenza a esta casa. Aquí somos gente honesta. De muchos años en el barrio. Pregunte por ahí y verá. Por culpa de ella, el patrullero vino varias veces. Una vuelta se la llevaron, pero ya sabe cómo son las cosas en este país. Entran por una puerta y salen por la otra.

- ¿Y por qué la llevaron?

- ¿No le digo que no se? No me interesa la vida de otros. Mucho menos, la de una tipa de esa calaña. Dijeron que era a raíz de un robo. Dieron vuelta todo. Entraron aquí también, pero se fueron enseguida.

- ¿Eso fue hace mucho?

- Ni idea. Tengo mala memoria. Pero espere. Hacía calor y

mi hijo me había escrito. No lo hace a menudo. Fue en noviembre pasado. Eso es. Otra vuelta fue en invierno, pero no del año pasado, sino del anterior. Para agosto, más o menos.

- ¿Tiene hijos?

- Uno. Pero haga de cuenta que no existe. Me escribe cada muerte de obispo. Vive en Rosario del Milagro.

- Me refería a su vecina.

- ¿Esa? ¿Usted cree que puede ser madre? Nunca vi un chico en su casa. - Me había dicho que tampoco conoció al marido.

- Cuando se instaló, vino sola. Decía que era separada. A él no lo vi nunca. Nadie vivió con ella.

- Ya veo, dijo Vuotto anotando en su agenda. Esa mujer es una caradura. Se ve que al fallecer el marido, decidió aprovechar su muerte y pedir una pensión.

- ¡Ah, pero está arreglada si cree que la va conseguir!, rió la vieja. ¿No le digo que hace doce años estoy pidiendo la mía?

- No esté tan segura. Los trámites nuevos los despachan rápido. Si no se prueba que todo es mentira y el finado aportó, se la darán pronto.

- ¡No ve que este no es un país sino un chiste!, se enojó doña María. A la viuda de un honesto trabajador la tienen colgada y a una atorranta se la darán volando. ¡Qué barbaridad! ¡Si hay que ser ladrón para poder vivir! - No crea que es todo tan fácil, afirmó Vuotto guardándose la agenda. En una de esas, podemos impedir ese fraude. ¿Estaría dispuesta a poner por escrito lo que me contó sobre ella?

- No, no quiero líos. No me complique.

- Entonces, no se queje cuando le den a ella la pensión. Si no hacemos nada cuando otro se aprovecha, vamos a seguir en lo mismo.

- Eso es cierto, dijo la vieja. Pero escribirlo...

- Y firmarlo...

- No, es demasiado. ¿Empujará mi trámite, verdad?

- Por supuesto, aseguró Vuotto disponiéndose a irse. Vuelvo y le cuento cómo está. Consígame el papelito del gestor y



no comente nada a su vecina. En una de esas, podemos pescarla.

- ¡Ojalá! ¡Habrase visto caradurez! Apúreme la pensión, hijo. Hágame el favor.

Fue hasta la delegación de la Caja y preguntó por el estado de trámite de María Aguirre. Después de gastar sonrisas y zalemas, una empleada encontró el número del expediente en la computadora.

- Fue a la firma del Delegado con dictamen favorable de la Gerencia Técnica y de Legales. Está por resolverse, le dijo. Cosa de días.

- ¿Cuántos días? Mire que mi abuela lleva años esperando.

- Pueden ser unas semanas. Un mes, a lo sumo. No más. Es un pedido muy viejo.

- ¿Le pagarán algún retroactivo?

- Los doce años que pasó sin cobrar.

- ¿Es mucho?

- Sí. Bastante.

Volvió a su casa y redactó en su vieja Underwood: *"Yo, María José Aguirre, viuda de Posse, manifiesto bajo juramento que la señora Irma Gándara, en los años que es vecina de la suscripta, jamás convivió regularmente con ninguna persona, habiendo dicho al vecindario que era de estado civil separada. De igual manera, nunca fue vista criando niños, no constándome que fuere madre. Lo aquí afirmado es del conocimiento de todo el barrio, comprometiéndome a ratificarlo ante cualquier autoridad que así me lo pidiere"*.

Tipeó con esfuerzo y lentitud, pensando cada frase. Cuando puso la nota ante las narices de la vieja, ella titubeó. ¿Qué es esto?, preguntó inquieta.

- Lo que me contó de su vecina.

- Le avisé que no voy a firmar nada.

- No sea mala, doña María. ¿Acaso lo que allí se dice no es la pura verdad?

- Claro que sí. Y habría muchas más cosas para poner. Pero no quiero líos. No sé lo que ella podría hacer si firmo esto. Me da

miedo.

- Anímese, susurró Vuotto deslizándole una birome en la mano. Esa nota es confidencial. Va a un legajo. Nadie sabrá lo que usted dijo allí. - ¿Y mi pensión?

- En un mes la tiene. Quizás antes. Le darán el retroactivo desde que la pidió. ¿Sabe que es un montón de plata?

- No le creo. Lo dice para engatusarme.

- ¿Quiere el número de su expediente? Estoy hablando en serio, abuela. En un mes será rica. Podrá comprarse ropa, buena comida, pintar la casa. ¿Se imagina?

La vieja, con los ojos entrecerrados, se lo imaginaba. Los pintores traqueteaban por las habitaciones, mientras ella definía los cortinados. Haría arreglar la cocina o compraría otra. Podría volver a usar el horno. Sacudió la cabeza para alejar el espejismo.

- Son cuentos. Me lo promete para que le firme.

- No mezcle, le pidió Vuotto, colocándole la mano con el bolígrafo sobre el papel. Una cosa es esto y otra su pensión. Vamos, firme que le sigo contando.

Doña María sostuvo que Vuotto iba a ser su perdición. Aún así, comenzó a dibujar su firma con lentitud. Escribió su nombre y después le hizo un rulo de rúbrica.

- Será mi condena, auguró viendo como el papel se hundía en el bolsillo de Vuotto.

- Es el comienzo de su buena suerte, abuela, sonrió Vuotto. Dentro del mes, la llamará a cobrar. Me tendrá que dar una parte para los muchachos.

- ¿Qué muchachos?

- Los de la Caja. ¿Cómo cree que conseguí que apurasen los papeles? Pues prometiendo plata. El veinte por ciento del retroactivo.

- No lo habíamos convenido.

- Discúlpeme, se frenó Vuotto con gesto apesadumbrado. ¡Tiene toda la razón del mundo! ¡Estuve pésimo y le pido perdón! Quise ayudarla y me apuré. No se preocupe. Si no está de acuerdo, avisaré y listo. El expediente volverá a como estaba antes. - No, espere, pidió la vieja. Me van a seguir demorando el trámite ¿verdad?

- Puede ser tanto como no. Pero si tiene paciencia, al final saldrá y no tendrá que dar un centavo a nadie.

- Estoy podrida de esperar. Está bien. ¿A quién se lo tendré que dar?

- Cuando la llamen de la delegación, me avisa a este teléfono. La acompañaré a cobrar y allí me da el dinero.

- ¿Por qué a usted? ¿Qué tiene que ver? - A mí me conocen y soy su garante, abuela. Si usted no cumple, a mí me cortan la cabeza ¿entendió?

- Ahora sí. ¿No ve que éste es un país de mierda? Para todo hay que coimear. Hasta para que a una le reconozcan lo que le corresponde.

- Así son las cosas, dijo Vuotto con aire resignado. Lo único que le ruego es que no me falle, que si lo hace, me matan.

- Usted sí que es bueno, agradeció la vieja.

Lo miró con ternura y Vuotto se sintió incómodo.

- Uno tiene su corazón, se disculpó dándole la mano en despedida. Tenemos que ayudarnos entre nosotros. - Usted es muy bueno, repitió la vieja apretándole la mano entre las suyas. Dios lo bendecirá, muchacho. El ve todo, premia y castiga. Quédese tranquilo, que tendrá su recompensa.

Apenas doña María cerró su puerta, respiró hondo dirigiéndose hacia de la Gándara. Llamó con decisión, diciéndose que ahora venía lo más difícil.

- ¿Sí?

La mujer había abierto la puerta con brusquedad y lo miraba. Le pareció que salía de la ducha, con la cara sin pintura y el pelo mojado y sin peinar. Hubiera tenido un rostro amable de no ser por sus ojos. Eran duros. Dos piedras que taladraban.

- ¿Irma Gándara? ¿Puedo hablar con usted?

- ¿De qué?

- De Valdéz.

Ella se irguió y a él le pareció más joven de lo que Brodsky había estimado.

- ¿Qué pasa con él?

- ¿Puedo entrar? Charlaríamos mejor adentro.

- No. ¿Quién sos?

La pregunta sonó desconfiada, y el tuteo, despectivo.

- Me llamo Vuotto. Trabajo con Brodsky.

- No sé quien es ese.

- Te vino a ver en nombre de la Compañía. El que preguntó cuánto querías para arreglar.

- Ya se lo dije a él. ¿Qué más?

- ¿Hablamos adentro? Aquí es incómodo y algún vecino puede oír lo que no le importa. •

- ¿Traés la plata, acaso?

- No. Pero puedo ayudarte a conseguirla.

- ¿Cómo?

- ¿Pasamos?, sugirió Vuotto con su mejor sonrisa.

Ella se corrió, llevándolo hasta una habitación que funcionaba de comedor y sala de estar. Le señaló un sillón y tomó asiento en otro.

- Te escucho, anunció cruzándose de brazos.

- No vas a conseguir lo que pedís, dijo Vuotto. La Compañía hará lo imposible para no pagar. Te ofrezco un negocio: te ayudo a que cobres a cambio de un porcentaje.

- ¿Sos abogado?

- No. Aunque mis servicios incluyen uno. Yo ofrezco conseguir la plata de una forma más eficiente. No la que pediste, pero más de la que podrías sacar. ¿Te interesa? - No veo cómo entrás en esto.

- Conozco el tema y tengo influencias. Sé lo que va a hacer la Compañía. Puedo ayudarte.

- No me interesa, dijo ella levantándose.

- Pensalo, murmuró Vuotto con voz seductora. Plata segura. En cantidad. Cobramos y te vas a vivir como bacana. Es la oportunidad que no tuviste. Pensalo.

- No hace falta. Les voy a meter un juicio que ganaré sin necesidad de socios. Ustedes lo saben. Esos pibes mataron a un tipo casado. Tarde o temprano tendrán que pagar la indemnización a su

viuda. O sea, a mí.

- Emocionante y terrible.

- Burlate. Reiré última y mejor.

- Sabés que no es así, arriesgó Vuotto. Como prueben que estabas separada desde hace años, se te acabó el crédito.

- ¿Y vos qué sabés de mi matrimonio?, desafió ella.

- Más de lo que parece. Mirá que si en el juicio aparece uno de los papás de Valdéz diciendo que no vivían juntos, te quedás sin postre.

- No sabés nada. Estás inventando. Andate.

- Me voy. Pero pensalo, pidió Vuotto levantándose. No te engañes.

- Tomátelas, buchón.

- No me insultes. Vine a ofrecerte un negocio cabal y a avisarte que podés llegar a perder el tuyo. Un día de estos me contás qué resolviste.

- Ni se te ocurra asomar.

- ¿Por qué no? Seguro que nos vemos, apostó Vuotto como saludo final.

- ¡Ich bin ein schweinehund!, gritó Vuotto entre risitas, frotándose las manos al alejarse. La calle descendía en suave pendiente y arriba quedaba esa mujer pensando en él - das schweinehund Vuotto, como lo había calificado el padre Kuntz en su infancia - y en su oferta tramposa.

- ¡Ich bin ein schweinehund!, repitió divertido. Le volvió la imagen del padre Kuntz a la salida del catecismo, apostrofándolo mientras sacudía el ejemplar de “Dinamita” que halló entre sus libros de catequesis.

- ¡Schweinehund!, había gritado el religioso. Infame, tradujo enseguida para que no le quedase duda. Adrián Vuotto: ¡Sos un infame!

Él había lamentado el hallazgo, que lo privaba de la revista y del repaso jadeante de sus fotos de mujeres desnudas, condenándolo

a un fin de semana de penitencia, en el que no podría jugar al fútbol en la parroquia. Se alejaba del padre Kuntz a la carrera, con las medias tres cuartos volcadas sobre los zapatos, repitiendo el mote con una letanía que sonaba como ladrido: ¡Schweinehund! ¡schweinehund! La revista desaparecía dentro de la sotana de Kuntz, y Vuotto se preguntaba qué pasaría con la “Dinamita” entre esos pliegues negros. Por momentos, creía que tendría que estallar de alguna forma. Después venía el arrepentimiento y de su mano, el perdón. Pero lo que perdía definitivamente era la revista, decomisada por Kuntz para frenar su extravío y su lujuria. Todo continuaba como siempre, hasta que un nuevo episodio permitía al padre Kuntz ratificarle a voz en cuello su infamia casi genética.

- Ich bin ein schweinehund, se recordó, y sintió que había algo de alborozo en la repetición del insulto, como si confiase que con esa calidad ganaría el cielo. Llegado a su casa, llamó a Brodsky por cobro revertido. Mientras le aceptaban la llamada, imaginó al otro en su escritorio, tapado de papeles.

- ¿Cómo andás?, saludó. ¿Tenés novedades?

- Te estaba buscando. Quieren encargarte el seguro, pero sólo contra resultados. Antes, nada. Y ofrecen treinta mil.

- Son unos tacaños. ¿Qué son resultados?

- Que la aseguradora acepte el accidente o que no cuestione la póliza. Además, habría otra changa.

- ¿Cual?

- Conseguir testigos que hayan visto a Valdéz cruzarse delante de la camioneta corriendo a mitad de cuadra.

- Eso vale unos cinco mil y los gastos, que no serán pocos. En lo del seguro, la mitad adelantada. Sin eso, no muevo un dedo.

- Antes de largar un calín, la Compañía querrá garantías.

- Yo también.

Sintió que Brodsky quedaba en silencio, sorprendido. Lo escuchó resoplar por el micrófono.

- No te enojés. ¿Qué puedo dar más que el resultado? Es poquísimo lo que arriesgan.

- No querrán jugarse.

- Que lo piensen. A ellos les conviene porque lo que ofrecen pagar es un precio de fin de temporada. Lo acepto porque estoy ahorcado, pero necesito cobrar desde el comienzo. Además, ¿qué entienden por resultados? No quisiera que después tengamos problemas. No garantizo que nadie cuestione la póliza pero sí aseguro que la aseguradora no podrá evitar tener que pagar la indemnización, así sea por medio de un pleito. Negocien en serio. La mitad de entrada, más cinco mil por los testigos y algo para gastos. El saldo, cuando reciban la póliza o cuando acepten la denuncia, lo primero que ocurra. Y documentado. - ¿No confiás en que pagarán todo al terminar?

- No.

- ¿Y si te lo aseguro?

- No alcanza, viejo. A vos y a mí nos pueden hacer un corte de manga y entonces ¿qué hacemos? ¿qué hago?. No. El compromiso tiene que ser desde el comienzo. La mitad al empezar, el resto contra la póliza o contra la aceptación del siniestro por el seguro, lo que pase primero. Si no lo quieren, hagamos el negocio desde la otra punta.

- No entiendo.

- No te hagas el estúpido. La plata que no quiere arriesgar la Compañía, nos la dará ella duplicada cuando le indiquemos cómo ganar más con el juicio. ¿Comprendiste?

- Quisiera no haberlo hecho. ¿Estás insinuando que ayudarás a la Gándara a ganar el pleito?

- Exacto.

- ¡No podés hacer eso, Adrián! ¡Sería una canallada!

- Para nada. Nuestro trato seguiría firme.

Brodsky volvió a enmudecer.

- ¿Estás ahí?, preguntó Vuotto.

- Sí. Tratando de digerirlo.

- Tenés el estómago delicado. Sos demasiado tierno.

- ¡Qué tierno ni qué ocho cuartos! No podemos estar en la procesión y repicando.

- Por supuesto que sí. Se trata de encontrar las coincidencias.

Dejémoslo para después, como otra etapa del negocio. Sigamos con ésta: la mitad al contado, contra mis papeles. Saldo al terminar, o sea, al aceptarse el siniestro o al recibirse la póliza. Eso firmado.

- ¿Qué cosa querés firmada?

- El saldo. Quiero que den un pagaré por los quince mil restantes.

- Al final, estás resultando un desconfiado.

- Lo que hoy le parece estupendo a tu Compañía, mañana lo puede entender pésimo. Puedo financiar el saldo, pero no arriesgaré el trabajo.

Brodsky volvió a resoplar, y Vuotto quedó esperando.

- No puedo ni plantearlo. Creés o no creés. Si no creés, no sigas adelante. Si podés aceptar la palabra, veré de conseguir el anticipo ahora, propuso. ¿Qué te parece?

- Una miseria, un abuso, pero tengo más remedio que aceptarlo. Te espero con la plata. Quince mil, a cuenta de la póliza; dos mil quinientos a cuenta de los testigos y algo para contratarlos y gastos. Menos los gastos, el resto es a repartir entre nosotros. Si no traes el dinero, no vengas. Bastará con que me avises.

- Estaré allí una vez que arregle los detalles. Hasta entonces, no hagas nada.

- Por supuesto, prometió Vuotto.

Colgó alegre, y se dirigió a la cocina a capturar algún bocado.

- ¡Ich bin ein schweinehund!, aulló abriendo la heladera.

- Hay problemas, anunció Brodsky desde la puerta.

El Perro alzó la vista y abrió los ojos con alarma: ¿Qué clase de problemas? ¿Se descubrió lo de Jorge?

- Para nada. Se trata del asunto de la póliza y demás.

Perro se relajó y encogiéndose de hombros, pidió la información. No lo dijo así. Miró a Brodsky y le ordenó que le contara. ¿De qué se trata?

- Vuotto, el tipo de Candelaria. Aceptó cobrar menos, pero quiere la mitad al empezar, más cinco mil por los testigos y algo para contratarlos y sus gastos. El saldo, cuando recibamos la póliza



o el seguro acepte el siniestro. Si no, no.

- ¿Cuanto pidió?

- Quería sesenta mil pero llegamos a cuarenta. Veinte mil de entrada, más lo de los testigos. Los gastos aparte. El saldo, al final, cuando se termine de cocinar el seguro. Documentado en un pagaré.

- ¿No nos estafará? Puede embolsar la plata y hacerse humo.

- No me pareció de esos. Además, le anticipé que viajaría a Candelaria a arreglar los detalles.

- O sea que serían unos veinticinco mil de entrada, más los gastos, calculó el Perro. Podría ser. ¿Qué le parece?

- Algo arriesgamos. Vuotto garantiza que la aseguradora se hará cargo de la indemnización, por la buenas o por las malas. Con respecto a los testigos, cree que los puede conseguir.

- Por lo que conversé con Velasco, un juicio saldrá como mínimo unos ciento cincuenta mil calines, más sus honorarios que, como barato, serán unos treinta mil. Entonces, usted se va a Candelaria pasado mañana y le lleva plata a su amigo.

- No es mi amigo.

- Lo que sea. Si esto sale, hacemos un negocio. Si su amigo consigue la póliza y los testigos, este lío nos costará unos sesenta o setenta mil calines, incluyéndolo a Velasco. Una pichincha, si tenemos en cuenta que ya sacamos a Jorge de este despelote. Menos de la mitad de lo que calcula el abogado.

- ¿Entonces cierro?

- Cierre. Vaya y contrate a su amigo. Y contrólelo.

- Descuide, murmuró Brodsky. Pero insisto que no es mi amigo. Acuérdesse de esto.

- Trataré. Pero antes de que se retire tengo que decirle algo, lo retuvo el Perro. Quedaron mirándose y el Perro sonrió.

- Esfuércese en este trabajo. Si sale bien, conversaremos.

- ¿De qué?

- Nuevas condiciones, Brodsky. Mejor sueldo o alguna bonificación especial. No olvido que sacó a Jorgito de este berenjenal y encontró a Vuotto. Hay que tener chispa para eso. Hay que querer buscar la solución con las tripas para que aparezca. Usted lo

está consiguiendo. Si ese tipo sirve, será su triunfo. Habrá sido toda la energía que supo poner la que ubicó al candidato que necesitábamos. The just man for the just situation.

- Gracias. Lo del seguro, si resulta, será cosa de Vuotto.

- No sea modesto. Tiene inventiva, y eso siempre es útil. Si salimos con éxito, ese triunfo será suyo. De la misma manera que si sale mal, Brodsky, será usted quien fracase, no su amigo.

- ¿En ese caso? - Recuérdeme entonces que le soy deudor por haber salvado a mi hijo, jugueteó el Perro con una sonrisa. Pero no se haga problemas. Todo saldrá bien.

Al finalizar la jornada, Brodsky se dejó llevar por calles casi deshabitadas, caminando despacio como quien lleva un mueble al depósito. Le pareció que el paisaje reflejaba su situación: la oscuridad como contracara de las luces dicroicas y los fluorescentes, el empedrado desaparejo contrastando con el prolijo embaldosado de la calle peatonal donde estaba la sede de la Compañía. Poco rato antes, una muchedumbre de cagatintas, empleados y vendedores había abandonado el lugar. Se arracimaron en las paradas de colectivos, se hundieron en la tierra en busca del subterráneo, se perdieron en el anonimato de las avenidas o se fueron al infierno. Al verse reflejado en una vidriera, se deprimió. No pudo evitarlo. Ese era él. Un hombre cansado, de ropas tan agotadas como propia alma. No se soportó y salió de ese laberinto a la avenida. Las luces le devolvieron el aplomo. Con ellas, se extraviaba entre muchos y perderse no era pecado sino victoria. Miró a la gente como si estuviera detrás de un vidrio, y desde allí, desde la ajenezidad protectora de aquel cristal, contempló a los otros deambular por la vereda como si nada los uniera. Vio unos tipos inclinados sobre máquinas de videojuegos, presionando los botones de disparo o golpeando los émbolos metálicos de los flippers y se le despejaron sus dudas: nada los unía. Una mujer le sacó la lengua en una esquina, en un gesto ambiguo. Estuvo tentado de mirarla y acercarse a charlar o a invitarla a tomar un café. No se animó y, diciéndose que debía tratarse de una prostituta o de una loca, siguió su ruta. Se le había

hecho tarde. Se dio cuenta apenas arribó a su casa y encontró a Isabel con cara de enojo y a los chicos que habían empezado a cenar. Se disculpó comentando que tuvo que trabajar hasta el anochecer, y que había caminado para sacarse el olor a oficina. Fue hasta el baño. Se contempló en el espejo, reconociéndose en su luna. Se miró, apoyando las palmas de las manos sobre el vanity de mármol, como si estuviera por decir un discurso. *”Señoras y señores, amable público”*. Sonrió como un bobalicón y el de enfrente le contestó con el mismo gesto. *“No tengo nada que decirles”*, continuó disertando. *“En este momento, viéndolos a ustedes aguardando mis palabras, caigo en cuenta de que nunca tuve nada que decir. También intuyo que a ustedes esta confesión les importa un pito”*. Se lavó la cara y las manos, imaginándose el murmullo de despreciativa sorpresa de la platea. Se las secó y antes de apagar la luz, murmuró *“Que sigan bien”*. Fue hasta su silla de siempre, después de besar a sus hijos. Los vio comer, hacer bochinche, preguntar, pedir cosas, arrancarle promesas que tal vez cumpliría o tal vez no. Hizo alguna broma, se interesó por las novedades de la escuela y los saludó cuando se fueron a dormir. Habló con Isabel de asuntos cotidianos, olvidándose de ellos desde el comienzo. Sonrió, masticó, hizo algunos gestos que denotaban normalidad. Terminada la cena, levantaron los platos e Isabel trajo café.

Ella convidó cigarrillos y fumaron en silencio, casi relajados. Vio como el humo se metía adentro de la campana de la lámpara colgada sobre la mesa del comedor. Bajó sus ojos y miró la cara de su mujer, y se dijo que las arrugas comenzaban a notársele con más fuerza. Las canas las disimulaba con tinturas y cosméticos, pero el cansancio no. Puso los brazos sobre la mesa y juntó las manos delante de la boca, dando una pitada. *”Estuve pensando...”*, comenzó a decir y se interrumpió.

- ¿Qué?, lo animó Isabel.
- Nada, deseché.

Lo miró y Brodsky sintió que no le creía. ¿Qué tendría que creer o de qué desconfiar? Nada. Pero su silencio estaba dema-

siado cargado como para que se pudiera suponer que estaba en nada.

- Estuve pensando, repitió.

Se detuvo otra vez y sonrió como un bobo. Aspiró fuerte y sacando el humo por la nariz, completó la frase. “*Que me siento como el culo*”.

- Estuve pensando que me siento como el culo, repitió.

Al escucharse, se dijo que era un sinsentido. No lo había pensado, sino que fue una sensación que no lo abandonó, ni siquiera cuando la quiso jerarquizar atribuyéndole una raíz racional.

- ¿Por qué?

- ¿Nunca lo sentiste? - Claro que sí. A veces me angustio. Pero son momentos.

- Sí, susurró Brodsky. Son momentos. Estoy atravesando uno de esos, entonces. Me miro: Todo el día de aquí para allá, metido en tonterías y trapisondas. Cuando pasó la jornada, a la noche, no puedo contarme en qué la usé. Se me fue. Así, chasqueó los dedos. No me dejó nada, y tampoco di nada. Cada vez lo soporto menos.

- ¿Qué cosa?

Creyó descubrir un timbre de alarma en la pregunta.

- Al Perro, a la Compañía. Vivir así.

- ¿Así cómo?

- ¡Así, negra, así! No lo sé. Pero me siento mal. Este tipo de vida me hace sentir mal.

- A mí también, coincidió ella. Ya te dije que no me gusta lo que hacés y te defendiste como gato entre la leña. Me negaste todo. Me alegra escucharte decir que hay algo en todo esto que te molesta. Me acerca, ¿sabés? También me hace sentirte más cerca. Contame. ¿Hoy tuviste algún problema?

- Ninguno. Pasaron cosas, rememoró incorporándose en su asiento. Pasaron cosas. Eso sí.

Con el recuerdo le volvió el ánimo.

- La primera: el Perro me dijo que contrate a Vuotto para que fabrique el seguro y encuentre testigos favorables. Por cuarenta y

cinco mil en total, más los gastos. Dentro de un par de días, viajo a Candelaria a llevar la plata y controlar el trabajo. La segunda: contraté a Vuotto por treinta y cinco mil. Ahí nomás, ganamos diez mil. Con la mitad de los treinta y cinco mil que me toca, haremos un paquete de veintisiete mil quinientos. La tercera: Vuotto pidió un adelanto del cincuenta por ciento, más algo para gastos. Se aceptó. La cuarta: El Perro dijo que si Vuotto sirve, será un triunfo mío. Me aumentará el sueldo o me dará una gratificación. Pero, si esto no sale, me hizo saber clarito que será mi fracaso.

- A ver si entendí: ¿Van a inventar un seguro y pruebas contra la viuda? ¿Es eso?

- No. Inventaremos el seguro y pruebas a favor de Amato. Contra la viuda, nada. Eso a ella no la perjudica ni la favorece. Neutralidad total.

- ¿Si sale bien te aumentan el sueldo, y si sale mal te echan?

- No lo dijo, pero lo dio a entender.

- ¿Te quedás con la mitad de lo que la Compañía le pague a ese Vuotto?

- Es el trato. Significan diecisiete mil quinientos calines para nosotros.

- Además de esos diecisiete mil y pico, ¿te quedás con otros diez mil de la Compañía de los que ese Vuotto no tiene noticias?

- Dicho así suena horrible. Pero es eso.

- Si todo eso es lo que te hace sentir mal, retiro lo dicho. Más que acercarme a vos, me manda a la estratósfera. Si es así como lo estás contando, yo en tu lugar también me sentiría horrible. Estás engañando a todos.

- Es el juego, justificó Brodsky. - ¿Y no podés abrirte?

Es un asunto asqueroso.

- No hay salida. El Perro ya lo compró, y pase lo que pase, seré responsable del resultado.

Ella dio un suspiro y se recogió un mechón de pelo.

- ¿Lo harás?

- ¿Qué te parece?

- Te pregunté si lo harás.

- ¿Qué quisieras que hiciese?

Quedaron mirándose, con el humo de los cigarrillos enturbiando la imagen del otro o dándole una consistencia de neblina.

Isabel fumó en silencio, mirándolo a los ojos, adentro de ellos, y a Brodsky le pareció que había piedad en esa mirada, o quizá no fuese piedad lo que reflejaban los ojos de su mujer, sino una pátina

húmeda que desapareció tan rápido como vino, dejándole la duda de su existencia.

- Algo de lo que no tengas que avergonzarte nunca, Quique, dictaminó Isabel finalmente. Fue un murmullo, pero las palabras le llegaron claras. *De lo que no tengas que avergonzarte nunca.*

- Es demasiado fuerte, pensó y dijo en tono de excusa o de protesta. Mejor decime qué quisieras que haga o que no haga en concreto. - Me gustaría que no me lo preguntases, dijo ella.

Pero ya que lo hiciste, quisiera que no lo hagas. Desearía que no hicieses nada que no pudieras contárselo a los chicos.

Permanecieron mirándose en silencio, hasta que Brodsky dirigió los ojos hacia cualquier parte.

- Pues lo haré, anunció con voz ronca. No tengo opción. O mejor dicho, no tengo opciones indoloras. En unos días, tendremos más de veinte mil calines para nosotros. Andá pensando qué hacer con tanta plata. Podrías largar la inmobiliaria.

- No todavía. Me asusta todo esto, se disculpó Isabel. Me horroriza este asunto. Es una porquería por donde lo mires. -

¿Qué querés que haga? La única salida que tengo es correr hacia adelante.

- Esto huele a podrido. Es corrupto.

- Si no lo hago, me quedo sin trabajo. Y sin él, se me cierra el camino. Te dije que no tengo opciones. Si estoy en un baile, debo bailar. Son las reglas de juego.

- Son corruptas.

- Son reglas, no exageres que tampoco es para tanto. Si todo sale bien, me felicitarán. Nadie preguntará cómo ni porqué lo hice.

- Antes pensabas distinto.

- Hace un siglo. Y pensar distinto no significa que pensara mejor. Estaba equivocado. No iba a ninguna parte.

- Ahora tampoco.

- Pero tendré unos calines que hoy no tengo. Con los que podremos hacer o elegir cosas, comprarlas, encargarnos, usarlas. Esos son también márgenes de libertad, Isabel. Con la Marsellesa y la poesía poco se come.

- ¿Y tus principios?

- Después de todo lo que sucedió en el país y en el mundo, sólo me quedaron opiniones. ¿De qué hablás? ¿Qué me voy a seguir contando? ¿La milonga del hombre nuevo?

- ¿Por qué no?

- Porque no. O si lo preferís, yo soy el hombre nuevo. Miralo: tiene insomnio, se le cae el pelo, vive cansado, se aburre con lo que hace, usa saco y corbata, consume basura y en vez de dar la vida por sus semejantes, es capaz de arrancarles el hígado a mordiscos. ¿Qué le vamos a hacer? Salió mal. Otra vez será.

- Estás hecho un escéptico.

- ¿Renunció?, sugirió Brodsky con suavidad. Estoy a tiempo. Mando el telegrama y empiezo una vida distinta. ¿Lo hago? -  
¿Vos querés?

- A vos te lo pregunto.

Isabel pareció pensarlo un instante.

- No se que vida distinta elegirías renunciando. Quizá tendrías que pensar en eso antes de renunciar.

- Lo pensaré. Pero hasta entonces ¿qué?

- Hacé lo que quieras, Quique. No me lo preguntes. Sabés que hoy por hoy, necesitamos de tu sueldo. También sabés que esa plata nos vendrá bien. Pero me hubiese gustado que no anduvieras metido en marranadas.

- También a mí.

Ella se levantó, escrutándolo.

- Es lo que no sé, dijo. Mejor dicho, tengo algunas dudas. Solito te metiste en este berenjenal. Todavía no tengo claro porque

lo hiciste.

- Te lo dije, protestó él. Si no lo escuchaste, es cuestión tuya, no mía. Me involucré tanto para salvarlo a Mantalián, por que sino, el Perro lo mataba.

- ¿Y? ¿Qué es Mantalián para vos, además de nada?, preguntó ella antes de abandonar el comedor.

Vuotto llegó cuando las reuniones del hipódromo ya habían finalizado y los habitués se juntaban en “La Herradura” para comentar sus suertes o sus desgracias. Coco estaba en una mesa del fondo con tres tipos y al verlo asomarse en la puerta, se levantó a los gritos, corrió hacia él y lo abrazó.

- ¡Que no lo creo! ¡Milagro verte por aquí, grandísimo atorrante!, festejó cacheteándole la cara.

- ¿Todavía en libertad?, bromeó Vuotto. Necesito hablar con vos.

- Tomate un vermucito y nos vamos a otro lado, propuso Coco empujándolo hasta su mesa y presentándose a los otros.

- Este es Adrián Vuotto, les dijo. Ustedes no saben nada de él y es lo mejor que les puede pasar. Es un tipo peligroso, pero yo lo quiero. ¿Podrías decirme por qué te quiero?

- Siempre fuiste un masoquista, quiso explicar Vuotto sentándose.

- Será por eso. Este es Jorge Guillamón, señaló. Aquel se llama Mario Corrado y el gordo es Carlos Morales. Todos buena gente.

La buena gente inclinó sus cabezas, saludando.

- Siéntese, pidió Morales. Comentábamos la quinta.

- Vuotto no entiende de chuchos, aclaró Coco. Se dedica a los seguros. ¿Seguís con eso, verdad?

- Más o menos, dijo sonriendo. Disculpen si interrumpo, pero tengo que hablar con Coco.

- Siéntese, en un ratito nos vamos, insistió Morales.

- No quisiera molestar.



- Para nada. Donde entran cuatro, cinco también.

- ¿Sabés qué pasa?, le susurró Coco. Nadie quiere quedarse último para no tener que pagar la mesa. Eso significa que tampoco nadie puede irse hasta que no se defina la mano.

- ¿Entonces? ¿Nos quedamos a dormir?, murmuró Vuotto.

- Pagá y vayámonos, dijo Coco en un siseo. Total, son cuatro vermús.

- Me llevo a Coco, anunció Vuotto levantándose. Para que sepan disimular esta grosería, invito yo.

- Faltaba más, protestaron los otros. No lo podemos permitir.

Vuotto arrojó unos billetes sobre el mantel. La mesa es mía, caballeros, anunció. Otra vez les tocará a ustedes. Perdonen la invasión.

Los caballeros volvieron a inclinar sus cabezas agradeciendo el gesto, mientras Coco se despedía. En la calle, rió mostrando sus dientes manchados de tabaco.

- Me salvaste, Adriancito. Esa vuelta era mía.

- ¿Siempre a los saltos?

- Hasta cuando lo permita el bobo. Con dos infartos encima no es mucho lo que me queda.

- ¿Estás trabajando?

- Va contra mis principios. ¿Qué te trae?

- Hubo un accidente por el lado del Sacramento. Un tipo se tiró debajo de una camioneta. El chofer no pudo frenar y lo pisó. Necesito testigos. ¿Podrías juntarlos?

- ¿Pago?

- Cien por testigo que arrimes.

- ¿Los hubo?

- No lo sé.

- ¿Entonces? ¿De donde querés que los consiga?

- Será cosa tuya.

- ¿Testigos testigos?

- Testigos. No exageres.

- ¿Qué tienen que decir?

- La verdad. Cómo fueron los hechos que presenciaron.

- ¿A la policía?
  - Y al juez.
  - No deben tener antecedentes ¿verdad?
  - En lo posible tienen que ser honorables, Coco.
  - ¿Cuánto hay para cada testigo?
  - ¿Qué decís? Testimoniar es una obligación cívica ¿no lo sabías?
  - Yo lo sé. Los ignorantes son los testigos. ¿Cuántos necesitás?
  - Los que encuentres.
  - ¿Cinco? ¿Dos?
  - Mejor cinco que dos.
  - Mil para cada uno de ellos, y quinientos para mí, por testigo que arrime.
  - Estás loco. Dejalo. Me alegro de haberte visto.
  - No te vayas tan rápido. Decí vos.
  - Quinientos para cada testigo y para vos, ciento cincuenta por cabeza.
  - Es una miseria.
  - Es un tema chico. Una changa.
  - Una changa con muerto incluido. La última vez, me metiste en un lío del que salí de milagro.
  - Era otra cosa. Esta vuelta se trata de hacerle una gauchada a un amigo.
  - Necesito plata, Adrián. La que ofrecés es poca.
  - ¿Cuánta necesitás?
  - Mil, por lo menos.
  - Conseguime los testigos y tendrás esa plata.
  - No seas cruel y adelantámela. La necesito para ayer.
  - Es que no la tengo.
  - Dame una rueda. Un cien.
  - Cincuenta.
  - No sabés lo bien que me vienen.
- Vuotto separó unos billetes y se los alcanzó.
- Pero los conseguís.
  - Dos, seguro. Y yo puedo ser otro. Tres. Ojo, en mi caso

cobro como reclutador y como testigo ¿estamos?

- Estamos. ¿Quiénes serían los otros?

- A uno lo conociste, Morales. Al otro tengo que buscarlo y hablarlos a los dos.

- ¿Están limpios?

- Como bebés recién bañados.

- Si no es así, ni los metas, Coco.

- Están limpios. Morales, donde lo ves, habla tres idiomas.

Fue gerente de empresa hasta hace unos meses, en que lo despidieron por reestructuración del negocio. El otro, si lo engancho, es tan bueno como éste. Fue milico. Oficial de ejército.

¿Te gustan?

- Suenan bien.

- Gente respetable, Adrián. No como nosotros.

- ¿Por qué aceptarían, entonces?

- Morales por plata. Y el otro, de inconsciente. Mejor dicho, por amistad conmigo.

- Es más o menos lo mismo. Sos lo más parecido a un cocodrilo.

- Por eso somos amigos. No me chumbes. Te consigo los testigos. Habrá que instruirlos bien.

- No sólo eso. Habrá que mostrarles el lugar. Se tendrán que acordar algunos detalles y justificar qué hacían allí a esa hora.

¿En un día podremos reunirlos?

- ¿Un día? Necesito más tiempo.

- Imposible. Esto quema.

- Entonces dame más plata, Adrián. Para viáticos. Tendré que usar taxis, en fin, sabés como es esto.

- Sos un barril sin fondo, se quejó Vuotto. Van cincuenta más. Cien en total. A cuenta.

- Te agradezco. Ahora invitame a cenar, hermanito. La noche está en pañales.

Cuando le trajeron la plata a su despacho, quedó mirándola.

Había supuesto que ocuparía más espacio. Ahí estaban los fajos cruzados con banditas elásticas. Marilú los contó delante suyo, le hizo firmar el comprobante y se fue. Los guardó en el cajón de su escritorio y trató de trabajar. Leyó unos informes económicos de coyuntura. Contenían cifras siderales. Pero eran abstracciones. No existían. Eran nada al lado de esos calines encerrados en el cajón.

- Por este dinero hay gente que mata, se dijo.

Un llamado del Perro lo sacó de su nube.

- Necesitamos un contacto en el Parlamento y pensé en usted, le anunció al verlo aparecer. ¿Conoce a alguien?

- Para nada. La política no es mi fuerte.

- No se trata de política sino de contactos, Brodsky. Mi doberman nunca vio una vaca pero come carne todos los días.

- Es igual, no conozco a nadie.

- Las relaciones son la vida. Océpese de conseguir un contacto en la Comisión de Privatizaciones.

- Estoy con el tema de Candelaria. Viajo mañana.

- ¿Y cuando vuelve?

- Cuando ate todos los cabos o cuando usted diga.

- Lo antes posible, entonces. No pierda tiempo en eso. Es un asunto menor.

- Creí que era importante.

El Perro lo miró por encima de sus anteojos y sonrió.

- Los únicos temas que me interesan son los que dan dinero, no los que traen problemas. Lo del muerto es un asunto de mierda. Termínelo y vuelva, que hay mucho que hacer.

- Contrato la póliza, arreglo con Vuotto, consigo los testigos y regreso. Descuide.

- En el camino, piense cómo entrar al Congreso. Tenemos cosas para hacer allí.

- Me ocupo. Raro que no tengan contactos.

- Los tenemos. Pero necesitamos otros de diferente tipo. Gente más directa, más operativa. ¿Me entiende?

- Creo que sí.

- Lo supuse, sonrió el Perro. Nuestros contactos actuales se

mueven con demasiados pruritos. Formalismos que encarecen los arreglos, por la cantidad de intermediarios que participan de cada gestión. Todo se hace complicado y lento.

- Lo que quiere, entonces...

- Alguien que hable con ellos de igual a igual. Que al pan le diga pan y al vino, vino. Hoy, para arreglar a un diputado, tengo que empezar por el secretario de su secretario privado, o cenar con el asesor de su asesor y después de muchísimos rodeos, esperar que venga el pedido. Cada negociación se eterniza cuando es necesaria la velocidad. Pienso que usted puede funcionar ahí. Demostró que es rápido.

Caminó por los pasillos mascullando puteadas. Un tema de mierda, se burló. ¡Ahora era una cuestión de segunda! Entró en el baño a orinar y con la vista en un azulejo, se dijo que era un pisador de bosta. El horizonte de vértigo que le prometía el Perro se basaba en su capacidad de chapoteo. Volvió a su despacho con el ánimo cambiado. Iba a terminar el asunto de Valdéz lo antes posible, para entrar en otra cosa. “Comisión de Privatizaciones”, “Parlamento”, “Diputados”. Las palabras eran como tiros. Al lado de lo que ellas representaban, los fajos del cajón se volvían minúsculos. Al final del día, los repartió por sus bolsillos y volvió a su casa. Isabel se preocupó al ver la expresión de su cara al entrar.

- ¿Algún problema?

- Traje esto. Mañana depositalo en la cuenta, dijo tirando unos fajos sobre la mesa. Ella silbó admirada. ¿Es la plata de la que hablaste?

- Una parte. La nuestra. El resto lo llevo mañana a Candelaria. Pero ahí hay como quince mil calines nuestros.

- ¡Es una fortuna!

- ¡Por favor, no seas tonta! No se puede hacer mucho con eso, pero representa más o menos dos años de comisiones y sueldos en la inmobiliaria. Pensá cuando querés largarla. Mandale el telegrama de renuncia o pedí una licencia. Comprá ropa. Cambiá la tele. No sé. Hacé lo que quieras. Me avergüenza pensar en el problema que me hice por esa plata.

- ¿Qué te pasa? ¿Te volviste loco?

- Para el Perro se trata de un tema menor. ¿Te das cuenta? Paso las noches para el diablo, con insomnio, me cuestiono hasta lo esencial de mi vida, sintiendo que estoy robándole, y él me pide que no pierda el tiempo en tonterías.

- ¿Qué te afecta?

- No se qué importa y qué no. Me pasé horas pensando si lo que hacía estaba bien o mal. Me dijiste que no hiciera nada. Pensé si renunciar o no al trabajo, volverme monje trapense o asaltante de caminos, cualquier cosa. ¡Qué se yo! Hoy resulta que todo eso no es tan trascendente ni terrible. El dinero que embolso con trampas son solo papelitos impresos. Caquita de un asunto de mierda. Y para más, me siento hundido en la bosta hasta el cogote y no lo puedo evitar.

Se dejó caer en una silla y se aflojó la corbata.

- Soy un tarado. Todo se vuelve tan relativo que cualquier cosa, hasta la más terrible, puede parecerme una bobería. ¡Mirá esa plata! Dije que era poca, pero es un montón. ¡Aún así, siento que no cambia nada mi realidad! Vos te tomarás una licencia, dejarás el trabajo o no, estarás con los chicos, estudiarás o no, pero yo, lo que se dice yo, seguiré en lo mismo.

- Estás mal, Quique, se lamentó ella, acercándose.

- Estoy para el diablo. Pero no sólo por esto. Pienso que las cosas siempre debieron ser así y que nunca me di cuenta. ¿Te acordás de lo que pasamos? ¿De lo que imaginábamos para nosotros? ¿Del valor

que le dábamos a la vida, al trabajo, a la pindonga? ¡Qué idiotas! ¿Qué valor? ¿Cual es el valor de nuestra vida? ¿De la mía, por ejemplo? ¿Querés que te lo diga?

- No grites. No es conmigo la cosa.

- Claro que no es con vos. Es conmigo. ¿De veras querés que te lo diga?, insistió. Nin-gu-no, definió ante el silencio de ella. Tuvieron que pasar cuarenta y dos años para descubrirlo. ¡Mirá si soy tonto! Cuarenta y dos años para que un desgraciado me haga sentir un infeliz. Para él, la que le saco de más no es robo ni es

nada. No le afecta. No le interesa. No lo molesta. Tampoco es suya. Y de saberlo, más que reprochármelo, me pediría un porcentaje. Y por esa porquería yo traiciono, miento y no sé que otras barbaridades haré. ¿Qué digo barbaridades? Tonterías.

Se encerró en el baño y sentado en el inodoro, con los pantalones amontonándose a la altura de sus tobillos, hundió la en las palmas de sus manos, sintiendo que no le quedaban fuerzas ni convicciones suficientes para arriesgar un llanto.

Otra vez estaba adentro de un taxi de madrugada, rumbo al aeropuerto, con el sabor del primer cigarrillo picando la garganta después de una noche corta. Atrás quedaba Isabel, el olor a sueño de su beso y la visión de los hijos desde la puerta del dormitorio. Otra vez el avión y las ceremonias del vuelo y de la llegada. La única novedad era Vuotto, aguardándolo contento y charlatán, ansioso por la inminente repartija. Se juntaron en su oficina y no bien cerró la puerta para asegurar la privacidad del acto, Brodsky sacó los fajos de dinero y los dejó sobre el escritorio. - Mi parte ya me la llevé, avisó. Esta es la tuya. Diez mil. Siete mil quinientos por la póliza y dos mil quinientos por los testigos. Contalos. Traje además algo para los gastos.

Vuotto guardó el dinero sin contarlo. Debe estar todo, dijo. Vayamos a lo nuestro.

Sacó un talonario de recibos de “La Serenidad” y llenó un formulario.

- Es de cuando la contrataste, quince días atrás. Primera cuota. Me debés treinta y cinco calines. Poniéndolos, por favor.

- Te acabo de dar siete mil quinientos a cuenta de este chanchullo, lindo. ¿Qué me estás pidiendo?

- La cuota, nene. No la pondré yo ¿eh? Lo que me diste es a cuenta de mis honorarios. El costo del seguro es un gasto aparte.

- ¿No te da ni para una amabilidad? ¡Alma de sanguijuela!, reprochó Brodsky extendiéndole el dinero.

- Negocios son negocios. No pueden pretender que también absorba el costo de la póliza. Ese gasto es de ustedes, que todavía

deben más cuotas.

Sacó otro formulario y lo puso delante de Brodsky.

- Haceme la denuncia del accidente, con fecha del lunes pasado. Coincide con el día de tu llegada.

- ¿Qué pasa con este papel?

- El original lo mando a la empresa. La copia sellada queda para ustedes. Con esto cumpliste con “La Serenidad”. Si dentro de los treinta días no dicen nada, aceptaron el accidente y nosotros pasamos por caja a cobrar.

- ¿Qué podrían decir?

- No sé. Pueden pedir más detalles del accidente, más informes. Pueden enviar un investigador a revisar el expediente o a entrevistar a Amato. Pero a ustedes no los afecta. Con estos papelitos, están cubierto. No los pierdas.

Brodsky llenó el formulario con los datos de Amato y de Valdéz. Hizo el croquis del accidente, denunciando que el peatón cruzó precipitadamente la calzada a mitad de cuadra.

- No pongas que murió, aconsejó Vuotto. Decí que quedó con lesiones gravísimas y fue llevado en ambulancia al hospital.

Al terminar, Brodsky guardó cuidadosamente los papeles en su portafolio y miró a Vuotto.

- ¿Cuándo me darás la póliza?

- Apenas la reciba. Quince o veinte días.

- Quedan los testigos. Hay que alivianar el accidente, para que Amato la saque lo más barato que se pueda.

- Casi los tengo. Necesito dinero para gastos. Mirá que ofrecí quinientos por cabeza, más ciento cincuenta de comisión al intermediario que los arrima.

- ¿Ese sos vos?

- No, palabra. También es testigo. Lo vas a conocer.

- Será un placer, sin duda, se burló Brodsky levantándose. Usá de los dos mil quinientos que te traje para ese tema, que después te los reintegro. Yo, mientras tanto, iré a tomar una habitación en el hotel. Llamame para la reunión.

- No te veo contento, comentó Vuotto.



- Estoy cansado, reconoció Brodsky. Además, no lo estoy.

Es un tema de porquería, Adrián.

- Dame pan y llamame perro, retrucó Vuotto.

- Por ahora, te di bastante. Arreglá tus líos.

- Sí papá.

Miró a Vuotto con aire risueño y comenzó a reírse. El rubio se le unió, y ahí quedaron, sacudiéndose por las carcajadas.

- Par de idiotas, sintetizó Brodsky, enjugándose unas lágrimas. ¿Podés explicarme de qué reímos?

- De que inventamos una fortunita o la forma de comprar una entrada al paraíso. La verdad es que no interesa de qué reímos, atajó Vuotto. ¿Qué importa? Sobrarán ocasiones de ponernos serios.

- Festejemos, entonces. Pero me da algo de vergüenza.

Vuotto desechó sus dichos. Lo tuyo es basura, dijo. En este momento, quiero cualquier cosa que no sea escuchar a un melancólico. Estás vivo, puntualizó. En un lugar que no es mejor que otros, pero tampoco peor que muchos. ¿Qué querés de tu vida? Dejála tranquila.

- En algún momento quise algo que la justificara.

- No fue tu mérito sino tu error. No es que fueras mejor, sino que eras más tonto. La vida se justifica sola. No necesita más que ser.

- Hombre práctico.

- Lo paso mejor que vos. Terminarás entregando el equipo y a nadie le interesará cómo viviste.

- Me voy al hotel, cortó Brodsky. A la tarde nos vemos.

- Si la guerra es la política por otros medios, como enseñó Von Clausewitz, la mentira o la fabulación pueden ser la búsqueda de la justicia por otros caminos, dijo el mayor Stecher con voz firme. Acepto su propuesta, Vuotto. Mil calines, en efectivo.

- Se cotiza alto, protestó Vuotto. No podemos pagarlos.

- Mi palabra es la de un hombre de honor. No entro en regateos. Mil o busque en otro lado.

Vuotto miró a Coco, y vio como éste asentía con la cabeza.

No supo a qué le daba conformidad, y optó por jugar la propia.

- Digamos setecientos cincuenta, tanteó.

- Dije mil. Al contado.

Estaban en el domicilio de Stecher, que consistía en un sótano profundo, cercano al puerto, más parecido a una celda que a una residencia. Las paredes eran de ladrillo sin revoque, lo que impregnaba el ambiente de oscuridad. Unas pocas lámparas precariamente colgadas del techo, iluminaban unas cartografías militares. Un armario, una cocina a garrafa, un catre de campaña, un sillón y un juego de mesa, eran todo el mobiliario. En una esquina, apilados, unos libros hacían de soporte a un pizarrón donde estaba dibujado un juego de guerra.

Vuotto se distrajo en la contemplación de un plano. Stecher siguió su mirada y, sonriendo, indicó: Monte Chambón.

- ¿Qué cosa?

- Ese plano, dijo Stecher. Es del Monte Chambón. Si se acerca, verá marcadas nuestras posiciones y las del enemigo. Las nuestras son las azules. Las contrarias, rojas.

- ¿Vos estuviste ahí, verdad?, afirmó Coco.

- Al mando de una compañía. Ahí estaban mis morteros del ochenta, dos secciones, indicó con la puntera de su bastón. Aquí, tres pelotones con ametralladoras pesadas. Tenía, además, dos cañoncitos del ciento veinte, con cincuenta proyectiles, una miseria. Y en las trincheras, mis infantes. Habíamos sembrado minas en una franja de cien metros de ancho. Al nor-noroeste, la compañía "A" de Villar. Cerrando el dispositivo, la "C" cubría un sector de unos sesenta y cinco grados. Teníamos provisiones para cinco días. Aquí, movió la puntera en abanico, el enemigo. No podían hacer demasiado esos infelices. Mal armados, sin comunicaciones, un desastre.

- Los venció, apostó Vuotto.

- Aguantamos siete días. Frente a frente. Les veíamos las caras a esps desgraciados. A veces, los soldados se gritaban cosas. Al octavo, llegó la orden de replegarnos y tuvimos que abandonar la posición sin disparar un solo tiro. Fue una canallada. Los hubiéramos

hecho puré.

- ¿Y ese otro mapa?

- Los Tordillos. Otra oportunidad para cubrirse de gloria. De un lado, la vigésimo tercera brigada motorizada del enemigo. Aquí, precisó clavando la contera del bastón sobre el mapa. El golpe fue tan fuerte que el bastidor resonó con ruido seco. Y aquí el desfiladero de Los Tordillos, con mi gente en sus pozos de zorro, ardiendo de coraje. Teníamos que aferrarlos durante veinticuatro horas, hasta que llegaran los regimientos cincuenta y siete, veintiuno, treinta y dos y la brigada de paracaidistas, que hubieran completado en cerco. ¿Se hacen a la idea? Cinco mil hombres, bloqueados por mis milicos, a la espera del resto de nuestras fuerzas. Me sentía Leónidas en Las Termópilas. ¡Pero nos jodieron! En vez de presentar batalla, esa brigada de rufianes esperó la noche y en medio de la oscuridad, clandestinamente, dio media vuelta y se fue, abandonando el terreno. Cuando informé al Comando de lo ocurrido, en vez de ordenarme perseguir a esos cagones, me dieron orden de evacuar.

- Hay algo que no entiendo, dijo Vuotto después de carraspear. ¿Cuándo ocurrieron esas escaramuzas?

Stecher lo miró con severidad, pero el rubio tenía un aire tan angelical que le desarmó el gesto.

- Cuando las Maniobras Intercontinentales, susurró dejándose caer en su sillón. No era una guerra pero fue una magnífica experiencia. Los ejércitos de tres naciones, en el juego de guerra más formidable de mi carrera. Con sinceridad, merecíamos ganar. Pero por un problema de protocolo, terminó en empate, por esas charlatanerías sobre la hermandad latinoamericana.

- ¿No estuvo en las Islas? Ahí hubo combate en serio.

- No me dejaron ir.

- A Stecher lo sumariaron para esa época, aclaró Coco. Por eso no lo destinaron ahí. Lo había pedido expresamente, ni bien recuperaron las islas.

- Es cierto, reconoció Stecher. Me ofrecí como voluntario desde el primer día. Al principio, los mandos creían que iba a ser

un paseo y, pensando en las fotos, me negaron el traslado. Cuando la cosa se puso brava, no hubo forma de viajar desde el continente. Viví la guerra por radio.

- Después pediste el retiro, historió Coco.

- Si no lo hacía me daban la baja. Hubiera sido un deshonor para mí. ¡Y así se escribe la historia, señores!, afirmó con voz enérgica, como ahuyentando un mal recuerdo. Las epopeyas están repletas de anécdotas miserables. Sigamos con lo nuestro.

- Su declaración tendrá que ser un violín, retomó Vuotto.

- Será propiamente un Estravagarius, prometió Stecher. No tema. He sido entrenado para soportar la tortura y cualquier tipo de presión. No me moveré un micrón de lo que deba decir.

- Stradivarius, no estravagarius, aclaró Vuotto. De lo que acordemos, la mitad al declarar, el saldo cuando ratifique ante el Juez.

- No conozco de instrumentos musicales. Yo he sido de infantería, se justificó Stecher. Los mil antes de declarar. Soy un caballero, señores. Para mí, la palabra es sagrada.

- ¿Cual es su problema? Cobrará todo, antes o después.

- Es una cuestión de ética, dijo Stecher. No declararé en cuotas ¿verdad? Entonces, quiero que su promesa se efectivice completa, como la mía. Usted no retrocederá y yo tampoco.

Hacia un calor del infierno en ese cubil. Brodsky colgó su saco de una escalera de mano que, vaya a saberse para qué estaba, apoyada contra una pared. Se arremangó la camisa mientras miraba a los otros con fastidio. Stecher se repantigaba en un sillón giratorio, con un pie apoyado en el borde de la mesa, en tanto que Vuotto y Coco lo enfrentaban a derecha e izquierda.

- ¿Y éste es el que iba a dar una mano de puro gaucho?, preguntó a Coco con una voz suave pero audible. Todos se volvieron hacia él, que se irguió para dominar mejor la escena. Coco se fue poniendo colorado y atinó decir que él no aseguró que Stecher no cobraría.

- Una cosa es una gauchada y otra masticar vidrio. El hombre acepta pero tiene derecho a retribución, ¡qué diablos!, lo

defendió.

- Disculpe que me entrometa, pidió Brodsky dirigiéndose a Stecher mientras se acercaba a la mesa. Vengo a ser quien pondrá la plata, ¿no sé si me entiende?

- Por supuesto, afirmó Stecher señalando una silla. Tome asiento que, por lo que dice, es el más importante de nosotros.

- Gracias, dijo Brodsky sentándose y cruzando una pierna sobre la otra, con aire displicente. Quiero ser breve, propuso. Vinimos porque Coco habló de usted como de un amigo. Necesitamos hacerle un favor a un infeliz. Pero nuestro amor no llega a tanto como usted pretende. Si mil es su precio, no lo pago. No se ofenda: no quiero comprar la ayuda de nadie. Después de recibida, estoy dispuesto, porque nobleza obliga, a reconocer la atención. Pero es otra cosa, no es precio. ¿Y sabe por qué no?

Hizo una pausa para encender un cigarrillo. Coco y Vuotto tenían aire de pasmo, en tanto que Stecher esperaba atento.

- Porque también somos hombres de honor, se contestó Brodsky largando una bocanada hacia el techo. ¿Cree que el honor tiene precio, mayor?

- De ninguna manera, se apuró Stecher. No dije eso.

- Sin embargo, le faltó presupuestarlo por escrito. Si hasta dio forma de pago y garantía de servicio.

- Mire señor... ¿cómo dijo que se llamaba?

- Brodsky.

- Brodsky, repitió Stecher. Apellido curioso.

- Es un apellido judío, no curioso, corrigió Brodsky.

Stecher se removió en su sillón descendiendo la pierna.

- ¿La va de pesado? Recuerde que está en mi casa.

- No dije nada de matón. Digo que no compro y usted coincide conmigo cuando sostiene que tampoco vende. Estamos iguales y coincidiendo.

Stecher le buscó los ojos y se quedaron prendidos como gallos de riña. Brodsky fumaba, dispuesto a aguantar lo que hiciera falta. El otro giró hacia Coco y levantándose, le dijo: Veo que te trajiste un varoncito. Le diré algo, Brodsky. Los tipos con cojones

me caen bien. Cuente conmigo.

- ¿En qué condiciones? se interesó Brodsky.

- En las propias de nuestra calidad humana. Por amistad hacia Coco, yo declaro. Por reconocimiento, usted agradece en la medida en que lo entienda conveniente. ¿Amigos?, preguntó extendiendo la mano.

- Amigos, certificó Brodsky, estrechándosela. No esperaba otra cosa de un hombre de armas.

- En retiro efectivo, aclaró Stecher.

- Un guerrero siempre es un soldado.

- Coincido. Me va cayendo, Brodsky. Tiene fibra.

- Gracias. Vuotto, lo señaló, es mi lugarteniente en esta operación. Le mostrará el lugar del hecho y dará los detalles que necesite. Coco también será testigo, así que podrán articular sus versiones.

- Esto merece una copa, sugirió Coco. ¿Qué tenés en tu bodega, mayor?

- Un profundo vacío, se excusó Stecher. La pensión no alcanza para mucho.

- En la próxima, traeremos vituallas, prometió Brodsky. Es hora de irnos, caballeros. Hay que seguir trabajando.

Tras la despedida, subieron por la escalera caracol hasta la calle. Las pisadas de los tres resonaron lúgubres sobre los escalones de hierro y sus sombras se proyectaron en las paredes. Stecher los miró desde abajo, apoyado en su bastoncito con empuñadura de plata. La escalerilla giraba hasta terminar ante un portón para enanos. Al salir, tuvieron que agacharse para no chocar con el dintel. Ya en la calle, respiraron con fuerza.

- ¡Loco del diablo!, acusó Vuotto. ¿Por qué lo provocaste?

- Ese delirante me pudrió.

- Pudimos quedarnos sin testigo.

- Era un riesgo, concedió Brodsky. Pero si no se bajaba del caballo, iba a ser peor.

- ¿Servirá, no es así?, preguntó Coco. ¿Vale mi comisión?

- Lo vale. Quédate tranquilo. ¿Por qué lo sumariaron?

- Por robar joyas durante un operativo antisubversivo. Las separó del botín y el jefe de su grupo de tareas lo descubrió. Nunca quiso hablar del tema. Lo sé por boca de otros.

- ¿Quedó prontuariado?

- Para nada, afirmó Coco. Las cosas entre ellos las arreglaban con discreción. Pero hasta que apareció el faltante, lo tuvieron empapelado.

Dejaron a Coco y siguieron hacia el centro.

- ¿Creés que servirán estos dos?, quiso saber Vuotto.

- Espero. Habrá que darles letra y asegurarse de que la sepan de memoria. De eso te encargarás con el abogado.

- Antes, tenemos que arreglar al otro, a Morales. Así los instruimos a todos juntos.

- Mañana.

Velasco se irguió en su sillón y Brodsky se dijo que el abogado estaba enojado. Lo había hecho pasar con un gesto de disgusto, comentando que tenía demasiado trabajo, por lo que la entrevista sería breve. Brodsky prefirió quedarse de pie, apoyando las manos en el borde del escritorio.

- No le robaré demasiado tiempo, anunció. Vengo a contarle las novedades y combinar los próximos movimientos. Necesitaré su ayuda.

Fue en ese momento que el abogado se irguió contra el respaldo. Echó su cuerpo hacia atrás y juntando las manos, como si se dispusiera a un rezo, dijo con voz agria que si había alguien que debía hacer comentarios, disponer movimientos y solicitar ayudas, ese alguien era él y no Brodsky.

- Se está confundiendo, indicó en un tono que no buscaba ser paciente. El que dirige soy yo, Bosky. Usted está de más en esto. Su interferencia es grave.

- Brodsky, no Bosky.

- Es lo mismo, Brojky. Lo importante es lo que estoy diciendo y no como pronuncie su apellido.

- Me parece que no me entiende o no me explico, dijo Brodsky, inclinándose hacia el abogado. Yo manejo los intereses de la Compañía. Su función es darme la apoyatura legal que yo le pida.

- No son esas mis instrucciones.

- Desde que se las doy, lo son.

- Permítame que verifique si puede dármelas. - Hágalo, apuró Brodsky acercándole el teléfono. No puedo perder tiempo. Le aviso: usted es un contratado. Cobra para seguir instrucciones. Si no está de acuerdo con las que recibe, las discutimos. Y si siguen sin gustarle, abandona el caso y deja lugar a otro. Defínalo rápido.

- No merezco su maltrato, susurró Velasco tratando de no mirar el teléfono ni por causalidad.

- No quise ofenderlo, doc, sonrió Brodsky en tono conciliador. Necesito que entienda su papel.

- Lo tengo claro. Defiendo a Amato, a Freitas y a la Compañía en la causa penal y llevaré el pleito civil. Eso usted no lo puede hacer ¿verdad?

- Claro que no. El trámite judicial es todo suyo. Lo que me interesa es que todo salga bien. En otros términos: tenemos que probar que Amato es inocente. Y rápido. De ser posible, en la causa penal, aprovechando que el juez aún está investigando cómo fue el accidente.

- ¿Y eso lo hará usted?, se burló el abogado. Cuénteme cómo, así aprendo.

- Lo haremos, corrigió Brodsky. Los dos. Le daré testigos del hecho que dirán lo que más convenga que digan. El libreto lo pone usted.

- ¿De donde los sacó?

- Por ahí. Por dinero están dispuestos a decir lo que necesitamos.

- Falsos, entonces.

- ¿Se va a poner colorado?

- ¿Cuántos son?

- Tres. Los llevará ante el Juez, bien preparados.

- No me consultó. ¿Para qué me necesita ahora?



¡Prepárelos usted! ¿O no se anima a tanto?

Brodsky apuntó con el dedo al abogado y lo desafió: Dígame usted si lo necesito, le dijo con tono ácido. No voy a entrar en discusiones idiotas. ¿Lo necesito a usted para algo o sigo solo?

- ¿Cómo dice?

- Lo que escucha, Velasco. ¿Sigo solo o me acompaña?

El otro prefirió limpiar los anteojos antes de contestar. Cuando lo hizo, habló en voz muy baja, como si estuviese haciendo una confidencia.

- Llevo más de treinta años en mi profesión, Brodsky. He visto de todo. Pero en los asuntos que están a mi cargo, nunca fui comparsa de nadie.

- Muy bien. Entiendo que se niega. Buscaré por otro lado.

- No me niego, lo paró Velasco. Tampoco me molesta que sea brusco. Me fastidia que quiera manejarme como a un muñeco.

- No ande con vueltas. ¿Sí o no?

- No admitiré su falta de respeto, insistió Velasco. Las formas son importantes. Exijo que no me trate como a un cadete. Demos a las cosas el valor que tienen, porque de lo contrario, abandono.

- ¿De qué me habla?

- De esto, explicó Velasco, moviendo sus brazos en abanico. No acepto que se meta a dirigir una causa que está bajo mi responsabilidad profesional y menos que diga en mis propias barbas que compró a unos tipos para que declaren lo que se nos ocurra. Eso me saca de mi rol profesional. Me convierte en su cómplice, y no estoy dispuesto a serlo.

- ¿Qué tendría que haber hecho según usted?

- En principio, nada. Dejarme hacer. Yo le hubiera pedido que busque testigos, o lo hubiera hecho yo. Pero si de metido los encontré, a mí no me interesa cómo fue, ni saber que son complacientes ni que vienen por dinero. Así, no puedo aceptarlos. Sería cohonestar un fraude. Suponer que puedo continuar en esas condiciones es tratarme como si fuese un compinche y no su abogado. Y para peor, puedo suponer que con la misma ligereza con la que me cuenta estas cosas a mí, se las dirá a cualquiera.

- Lo anoto para la próxima, prometió Brodsky. Aunque por lo que dijo, presumo que la ofensa es tan grande que no puede seguir.

- Es lo que intenté transmitirle.

- Hubiera sido más directo y conciso, se quejó Brodsky. Buscaré otro profesional, entonces.

- ¿Por qué? ¿Acaso soy de vidrio?

- ¡Me va a volver loco!, se lamentó Brodsky. ¿No dijo que se iba del caso?

- Dije que si no guardaba las formas estoy obligado a hacerlo, puntualizó Velasco. Si las respeta y me mantiene al margen de sus chanchullos, puedo continuar en él.

- Juro que no entiendo. ¿Sigue o larga?

- Continúo siempre y cuando sea yo quien dirija la causa judicial en adelante y, específicamente, que olvidemos lo que contó sobre esos tipos. Los buscó y los encontró. En forma legítima, por lo que descarto el fraude. Solo así serán para mí testigos válidos. ¿estamos?

- Estamos. No dije nada.

- Entonces, empecemos de nuevo, propuso Velasco con una sonrisa. ¿Qué necesita de mí?

Brodsky dudó si le tomaba el pelo o no. El abogado aguardaba con aire risueño.

- Hay tres personas que pueden atestiguar que Valdéz se tiró debajo de la camioneta, dijo en tono amable, eligiendo las palabras. Quiero que hable con ellas y vea si sus declaraciones pueden ser de utilidad para reconstruir los hechos.

- No hay inconveniente. Pero habría que tener cuidado en objetivizar su aparición. Es decir, usar una manera racional que le explique al juez cómo los halló. Un buen método es colocar un aviso en el diario, pidiendo que quienes hubieran presenciado el accidente, tomen contacto con nosotros. Es un sistema viejo, pero sigue funcionando. Los testigos leen el aviso y llaman. Una vez ubicados, no hay problema en que les diga a esa gente que necesitamos sus declaraciones. Lo publicaré. Llámeme mañana

para combinar la entrevista, sugirió mientras lo acompañaba hacia la puerta.

- Me parece una buena idea, murmuró Brodsky. Lástima que no se nos ocurrió antes. Hubiéramos ganado unos días.

- Usted no me lo pidió. Pero aún así, no perdimos nada. El hecho es muy reciente y alguien habrá visto como fue y querrá decirlo, lo consoló Velasco palmeándole la espalda.

El abogado se veía aliviado y hasta alegre. Lo despidió indicándole en un siseo: Respete las funciones y cuide las formas, Brodsky. Acuérdesse de ellas. Las formas nos hacen mejores. Y también nos protegen. Piénselo para la próxima.

Permaneció adentro del coche, recostado, haciendo pesar la espalda contra el respaldo del asiento, como queriendo fundirse o confundirse en el tapizado y dejarse estar. La noche estaba fresca y el rocío cubría el parabrisas con una película que agrisaba el cristal borroneando los contornos del exterior hasta hacerlos difusos, impalpables. Después de un rato, salió del auto y encaró hacia el boliche. Desde el letrero de la marquesina, una bailarina movía su pierna al aire. Quien lo diseñó no quiso crear un estilo. Pegado a su cuerpo, en letras rojas dibujadas en un fantasioso intento de semejarlas a una imaginaria grafía árabe, se podía leer con esfuerzo "Marrakesh". El cartel se coronaba con el perfil eléctrico de unos minaretes, en verde rabioso. Todo muy islámico.

Miró unas fotos clavadas con chinchas en una vitrina junto a la puerta, que mostraban mujeres escotadas, con grandes pechos en desborde, strass, sonrisas de yeso y mucho cosmético. Se suponía que las imágenes debían resultar excitantes. El portero lo invitó a entrar con un ademán entre grosero y confianzudo. Ingresó a un vestíbulo tapizado de negro, iluminado de mala forma por un fluorescente que parpadeaba. Traspasó la cortina y observó una pista circular, un montón de mesas a su alrededor y la barra al fondo. Algunas pocas parejas conversaban en un murmullo que se imponía por momentos sobre la música. Algunas de las mujeres de las fotografías

se acodaban en la barra con caras de hastío que su llegada no modificó. Era muy tarde y la jornada estaba terminando. Bien, mal o como siempre, pero finalizaba sin remedio.

- ¿A qué hora cierra?, preguntó al barman.
- Cuando se retire el último cliente.
- Tomo una mesa, anunció Vuotto. Y un whisky con hielo.

Pasó junto a las mujeres, que le dirigieron unas muecas que podrían ser tomadas como sonrisas de molde. Se sentó en una mesa de un rincón. Un mozo de moñito negro colocó el vaso sobre una carpetita de papel. Mudo, echó dos hielos y con un ademán que tenía algo de arte, llenó la medida para terminar vaciándola en la copa.

- ¿Irma?
- El mozo pareció sorprenderse.
- ¿Está Irma Gándara?
  - Fue al tualé. Enseguida vuelve.

- Decile que quiero hablar con ella, pidió Vuotto tirando un billete sobre la bandeja.

La mujer apareció a los minutos y el mozo le cuchicheó algo al oído, indicando la mesa. Desde donde estaba, Vuotto calculó que no podría distinguirlo. La mujer se dirigió hacia él con lentitud, y entre el whisky, la música y la penumbra, le pareció que ella flotaba. Inclino la cara sobre la copa de whisky y esperó. Ella se sentó cuando él alzaba la cabeza. Al descubrirlo, advirtió su mueca y el intento de levantarse.

- Quedate, le dijo en voz baja. Vengo como cliente.
- Tengo que consumir, avisó ella. Así sea té frío.
- Lo que quieras.

Pidió un Séptimo Regimiento. El insistió con otro whisky.

- Te dije que nos volveríamos a encontrar, recordó Vuotto.  
- No nos encontramos. Me buscaste. Estoy trabajando, pichón. No molestes o hago que te echen.

- No lo haré. Ya no sé a qué vine. Tomemos una copa a tu salud.

- ¡Chinchin!, acompañó ella.

Dijo chinchin como pudo haber dicho cualquier otra cosa. Salud. Buen día. Otorrinolaringólogo. Pitecántropo. Teodolitos verdes. Pero dijo chinchin, amagó un brindis y volvió a dejar su copa sobre el mantel. Permanecieron en silencio un rato largo. Tan largo como el tiempo que tardaron en agotar sus bebidas. Lo hicieron sin mirarse. Ella estaba cansada y Vuotto se sintió de más. Ella miró el reloj.

- ¿Siempre sos tan charlatán?

- A veces.

- ¿Por qué no te vas? Es tarde.

- ¿A qué hora salís?

- ¿Qué te importa?

- Te espero y nos vamos juntos.

- No me interesa tu compañía. Te agradezco la copa.

- ¿Otra?

- Estoy aquí para que consumas. Pedí.

- No sé lo que me pasa, confió Vuotto en voz baja. Tendría que estar de festejo. Acabo de salvarme de la quiebra. Pero no tengo ganas de nada. ¿No te sucede?

- Sí. A veces.

- ¿Y qué hacés en esos casos?

- Me la banco. No me gusta pagar una oreja.

- ¿Quién lo hace?

- Vos. Y todos los tipos que vienen acá, que no se soportan y se sienten mal. Llegan para que los consuele o los caliente. Toman, se tiran lances y quieren sobarme. Conozco el tema. Ahora vas a contarme de tu mujer. ¿Te llevás mal con ella? ¿No te entiende? ¡Matáte!

- Sos dura ¿eh?, mordió Vuotto. ¿Sabés por qué vine, en definitiva?

- No.

- Hoy, dos tipos ganaron un montón de plata gracias a la muerte de Valdéz. Una empresa ahorró un paquete de dinero y otra lo perdió por lo mismo pero aún no lo sabe. Seguirán los éxitos para todos menos para vos. Vas a perder. Eso me pone mal.

- ¿Viniste a darme envidia o a refregarme tu suerte? ¿Qué sabés lo que haré? Mejor seguí callado.

- Es cierto. No sé nada, reconoció Vuotto. Disculpá. Yo también estaría planeando cómo sacar plata por esto. Pero van a tratar de embromarte.

- Me gustaría saber cómo piensas hacerlo.

- No te lo voy a decir. Soy igual a vos: gratis, nada. Pero lo intentarán, no tengas dudas.

- Si viniste a amenazarme, andate.

- Sólo te informo. La Compañía quiere tapar el asunto. Rápido y barato. Te van a querer embromar, nena. Como te descuides, lo harán.

- No van a poder. ¿Sabés lo que tengo para perder en esto? ¿Te lo cuento?

- No, dejá. En esta cruzada estás para ganar y podés lograrlo. Pero hay que saber hacerlo. Es trabajo de especialistas. Ellos pondrán los suyos para embromarte y vos necesitarás los tuyos para evitarlo.

- Decime ahora que sos el mejor especialista, se burló ella. Largalo despacito, no sea que me desmaye de la sorpresa.

- No insistiré con el negocio, pero sabé que estoy dispuesto a darte una mano. Ahora, me gustaría charlar de bueyes perdidos. O tratar de levantarte. Es más sano.

- Ciento cincuenta calines.

- ¿Cómo?

- Ciento cincuenta calines la encamada. Trescientos la noche. El lugar lo ponés vos.

- ¿Vendrías conmigo?

- Por toda esa plata, sí.

- ¿No vendrías por gusto?

- No me gustás tanto como para eso. Pero necesito la plata.

- Claro. Tenés los gastos del luto.

- Me estás cansando.

- ¿A qué hora nos vamos?

- ¿Con qué tarifa?

- La de trescientos.

- Por esa, ahora mismo.
  - Juntá tus cosas, entonces. Nos vamos.
  - Es por adelantado. No te ofendas, pero hay demasiados aventureros, dijo alzándole la palma abierta.
  - No me defraudes, contestó dándole el dinero.
- Volvió llevando una carterita de lentejuelas y su saco sobre los hombros. Vuotto la tomó del brazo y fueron hasta el auto.
- En mi casa tengo buena bebida, anunció él arrancando.
  - Espero que la cama sea mejor, se esperanzó ella con un bostezo. Me caigo de sueño.
  - No te derrumbes ahora.
  - Primero te voy a derrumbar a vos, río ella.
  - Amén, se persignó Vuotto. Anticipo que es muy fácil.

Tirado en la cama de su cuarto de hotel, con el auricular pegado a la oreja, escuchaba sonar el teléfono sin que nadie lo atendiera. La campanilla sacudía el vacío. Se representó al aparato gris reflejándose en el espejo del bahiut, y entonces eran dos los teléfonos que sonaban en el living ambiente también duplicado de su departamento. Finalmente cortó, preguntándose donde diablos estarían Isabel y los chicos. Lo cierto era que en casa no, y ese dato le ardió como un fósforo en el bolsillo. Probó otra vez, y el eco de la campanilla volvió a arañarle el tímpano. Se puso a leer el diario sintiéndose un estúpido. Isabel había salido. En un rato tentaría de nuevo. El diario traía la noticia del descubrimiento de un tráfico de armas a Europa Central. Los implicados estaban relacionados con políticos y funcionarios del gobierno, y el Presidente anticipaba que, estando sólo sospechados, no había que suponerlos culpables. *Investiga la justicia*, declaró a los periodistas. *Ella tendrá la última palabra*. Tiró el periódico y volvió a telefonar, sin resultado. Al mirar la hora, decidió cenar y bajó al restorán del hotel, dispuesto a gratificarse. Se ubicó junto a una ventana y repasó el menú. Encargó unos escalopes al marsala y un borgoña, que llegó de inmediato. Se refrescó la boca con agua

mineral y olió la copa, aspirando el aroma del vino que luego echó a la garganta, concentrándose en la degustación, tratando de encontrarle un sentido o un sabor, un secreto, una llave, el ingreso a un mundo. La copa de borgoña brillaba como si estuviera con gotas de sangre y cuando la dejó sobre el mantel, su contenido osciló levemente, ofreciéndole una variedad de tonos rojizos que eran, sobre todo, una promesa de un bienestar imposible. Un calorcito agradable le tonificaba el pecho a cada sorbo. Mediaba la botella cuando el mozo trajo los escalopes. El ruido de la bandeja y los cubiertos, el ir y venir de la comida desde su fuente al plato y el borgoña, lo sumieron en un ensueño del que no quería salir, sintiendo que los roces y los suaves sonidos del salón se amortiguaban, como si se produjeran entre algodones. Comió despacio cada bocado, que encontró de gusto irrecordable. Miró por la ventana y se dijo que la calle que veía desde su mesa podría ser la de cualquier lugar. Candelaria o su ciudad o Kasajztán o el infierno. Era sólo una calle de veredas vacías, casi todas oscuras, sólo iluminadas por las luces de las vidrieras que ofertaban mercaderías a nadie. Después del café, salió a caminar. Llegó hasta las Barrancas y allí paró, desanimado ante la oscuridad de la noche y el desierto a su alrededor. No había un alma. Volvió al hotel. El conserje de la noche era un rengo viejo que le entregó la llave sin mirarlo, enfrascado en una revista de historietas.

- Que me despierten a las nueve, le pidió mientras se dirigía al ascensor.

Entró en la habitación y llamó otra vez a su casa. No tuvo respuesta. Comenzó a desvestirse y se quedó con una media en la mano, mirándose el pie desnudo. Estuvo un rato abstraído, y murmuró que todo era una mierda. Le hubiera gustado llorar un poco, pero no pudo. Se metió entre las sábanas, que las sintió húmedas, y apagó la luz del velador como quien cierra una puerta.

- Si no me hubieras pagado la noche, me estaría yendo, anunció la Gándara. ¿Qué sos? ¿Un mirón? ¿Un loco? ¿un impotente?



Vuotto pensó que era extraño verla en su sillón, vestida de slip y corpiño y protestando desconcertada. A sus espaldas, la pared estaba cubierta de libros del piso al techo, mientras desde el centro musical resonaban los trinos del conjunto Pro-Arte Barroco de Candelaria interpretando una pavana inglesa, impregnando el ambiente de una calma pastoril. Tanta, que se le ocurrió que la habitación tenía un aire de biblioteca o de catedral, con esa penumbra más cálida que sombría. La mujer, con su semidesnudez y su pelo verdiplateado, contrastaba con el cuerpo de la hembra de Brueghel de Velours reproducida un gran cuadro que colgaba en la pared transversal a donde ellos estaban. Brueghel había pintado armaduras, arcabuses, espadas, guanteletes y espingardas en un paisaje de pesadilla, donde un brasero ardía en su centro, mientras un pájaro (posiblemente un halcón) planeaba sobre un grupo de hombres inclinados sobre fraguas. En el cuadro había cuadros pintados, como si fuera un juego de cajas chinas. Cuadros que reproducían armas, combates celestiales y llamaradas del infierno en medio de muchedumbres. Muchos cuadros encerrados en el cuadro, que a su vez era una reproducción, o sea, el cuadro de un cuadro que contenía muchos cuadros y también la imagen de una mujer desnuda, sentada en un sillón de respaldo alto, que besaba a un chico cuyas alas delataban su condición de ángel. La mujer de Brueghel era rubia y rolliza y cubría sus partes con un manto rojo. Besaba o tocaba al angelito con los ojos abiertos, rodeada de hachas, fuegos y bombardas y cuadros que reflejaban más armaduras, otros fuegos y oquedades, mientras que a sus pies y sobre una alfombra, una cesta con frutas traía la luz o la vida al conjunto, vigilado desde un rincón (no más oscuro que el resto de la imagen) por un mono. El mico miraba al exterior del cuadro. Es decir, daba la espalda a la besadora, al ángel, a la canasta de frutas y al resto de los cuadros del cuadro. Contemplaba a quien contemplaba la pintura, y Vuotto se dijo que ellos dos, en su biblioteca, componían - con el cuadro - otro más, actualizando la imagen caótica de esa reproducción. Y la desnudez de la Gándara contrapunteaba con la de la mujer del beso al ángel, y la cara de él y su expresión podrían

ser un complemento de la del mono que desde el cuadro que contenía a otros cuadros, lo miraba a él y a su entorno, conformando así mezclados, otro cuadro que nadie reproduciría. Vuotto sintió que no había mejor uso que darle al cuerpo de ella que había alquilado por trescientos calines, que ponerla ahí, en su sillón, de espaldas a su biblioteca, de forma que se integrara al cuadro que venía pintando para sí, solo para sí y para su alivio, como celebrando una boda sin novia.

- Así estás preciosa, murmuró. No hace falta que hagamos nada. No te asustes. Soy o puedo ser todo lo que dijiste o lo que quieras. Mirón, impotente, alcahuete, trastornado. Sospechoso.

- ¿Todos esos libros son tuyos?

- Ahora sí. Los heredé de mi viejo.

- ¿Los leíste?

- Muy pocos. Mi padre los leyó.

- Para qué los tenés, entonces?

- Detrás de la biblioteca, el empapelado está roto y manchado. Los libros tapan el deterioro y me ahorro el arreglo.

- ¿Con quien vivís acá?

- Con nadie.

- ¿Sos solo?

- Hoy, en particular.

- Sos difícil, señaló ella.

- ¿Te molesta?

- Tengo sueño, nene. Es muy tarde. Vayamos de una vez.

Quedaron escuchando música hasta que Vuotto asintió, señalándole un biombo.

- Acostate que ya voy.

A rato, fue adonde ella lo esperaba y se tendió a su lado.

- Dormí, le avisó. La fiesta ha terminado y llegó el descanso, princesa.

Ella lo miró sorprendida.

- ¿Qué te pasa? ¿Te arrepentiste? ¿No te gusto?

- Estás muy bien. Pero estamos cansados. Durmamos.

- ¿No te funciona? ¿Querés que te haga una francesa?

- No te esfuerces, sonrió él.

- Para estar así, me voy a mi casa. Lo que me faltaba era dormir con un colifa. No podría pegar un ojo de la preocupación. Vos no sos normal, viejo.

- Quedate, pidió Vuotto tomándola del brazo. Descansá tranquila. No tengas miedo.

- No se trata de miedo. Cobré por un servicio. Si no lo querés, me voy.

- No te vayas. Te pagué para pasar la noche juntos ¿no?

- ¿Qué querés que te haga?

- Nada. Mejor dicho, haceme compañía.

- ¡Andate, loco! ¡Salí de ahí!

- Haceme compañía, insistió Vuotto. Olvidemos lo que somos, princesa. Por un ratito, seamos dos tipos que se juntan para no estar solos.

- ¡Loco!, repitió la Gándara.

El sintió, sin embargo, que ella se aflojaba, y con voz calma comenzó a contarle la historia del cuadro colgado junto a los libros. Oyó cómo la respiración de la Gándara se iba aquietando y se sintió bien al notarla suave. Permanecieron quietos y Vuotto, una vez concluido el relato sobre el cuadro, se perdió en la escucha de la música que venía del otro lado del biombo. Se imaginó al ángel del cuadro

recibiendo el beso de la mujer desnuda y lo envidió.

- Acaríciame la cabeza, le pidió acurrucándose contra el cuerpo de la Gándara.

Ella se acercó con un escorzo que puso sus pechos casi en la cara de Vuotto y despacio, empezó a acariciarlo. Vuotto sintió sus dedos pasando por su cabeza, acomodándole el pelo y la sensación de cobijo lo fué disponiendo al sueño. Pero ella aprovechó su entrega para abrirle la camisa y meterle mano. Con la lengua le recorrió la oreja y el cuello, y Vuotto sintió que las flautas del Conjunto Pro-Arte Barroco de Candelaria (que interpretaban en ese momento una fantasía a seis voces de William Byrd) se endulzaban al ritmo en que se endurecía la propia,

hasta que terminó enlazándola por la cintura mientras se sacaba la ropa a contorsiones. La lamio, mordió y acarició, y jugó por sus territorios, haciéndola retorcerse entre gruñidos.

- Entrame, loco, pidió ella tumbándose con las piernas abiertas. En ese momento, el Conjunto Pro-Arte Barroco atacaba la segunda variación de “Greensleeves to a ground”, y Vuotto se dijo que el instante preciso sería cuando llegara la quinta variación, en que los staccattos ayudarían al ritmo, tornándolo celestial, lo que permitiría olvidar la transacción que había posibilitado ese momento. Pero los conocimientos de barroco de la Gándara no daban para tanto, por lo que - encabritada de impaciencia - se apretó a él, que le devoraba los pechos, sujetándola por los hombros, encerrándola bajo su peso en un intento ciego de aplastarse contra aquel cuerpo. Ninguno se extravió en el otro, pero en un momento - quizá cuando sonó la “Gaillarde” de Attaignant - Vuotto sintió nacerle un torrente que lo recorrió hasta desplomarlo mientras un montón de chispas estallaban en sus ojos cerrados.

Quedaron inmóviles y jadeantes. Vuotto oyó una pandereta marcando el ritmo de una cantiga desde el disco, y se le ocurrió que nunca esa música le había parecido tan hermosa como en ese instante en que, con la cara hundida en el pelo verde y plata de la Gándara, sentía su cuerpo tan flojo y abandonado que un hilo de saliva le corría de la boca a la almohada, sin poderlo contener. Ella se hizo a un costado, empujándolo.

- ¿Donde está el baño?

Lo señaló con la mano y la escuchó bajarse de la cama. Se volcó sobre sí y se dejó flotar, ahora con los ojos abiertos. Cuando ella regresó, seguía igual.

La Gándara se metió en la cama y se acostó dándole la espalda.

- Tengo sueño, avisó. Voy a dormir.

Vuotto asintió.

- Cuando te despiertes, tenés café en la cocina, le indicó. Hay para hacer tostadas. En la heladera, hay dulce y manteca.

- Me iré no bien me levante.

- No hay apuro. No vendrá nadie. Podés darte una ducha. Si aún duermo, llamame y desayunamos juntos.

- Prefiero irme sin desayuno. Terminó la jornada y se acabó la compañía. Me gané lo mío.

- ¿Te gustó o actuabas?

- Hay preguntas que no se hacen cuando pagás entrada.

- Dejáme la fantasía, entonces, murmuró Vuotto. Me hace sentir bien y olvidar que puse plata.

La Gándara no contestó. Ya dormía.

Llegaron juntos al estudio de Velasco. Brodsky entró solo al despacho del letrado mientras Vuotto aguardaba con los otros en la recepción. De los futuros testigos, Morales era el más inquieto.

- Es un asunto de porquería, sentenció cuando lo reclutaron. Como todos los que me tocan. Nunca me llaman para una fiesta.

Aun así, no costó convencerlo. Vuotto y Coco lo encontraron en la cocina de su casa, desarmando un despertador. Morales lo fue despiezando mientras le explicaban el caso. Separó las ruedas dentadas y juntó tornillos y ejes sobre un papel.

- Siempre me sobran piezas, comentó. Es la tercera vez que lo desarmo y espero que sea la última. Me tiene harto.

- ¿Por qué no lo mandás a arreglar a uno que sepa?

Morales lo había mirado con desprecio.

- ¿Sí? ¿Y entonces yo que hago, querés decirme?

Nadie supo o quiso contestarle, y el silencio bastó para que continuara la tarea con mayor atención.

- Esto lleva tiempo. Mucho. Es lo único que me sobra. Estoy enfermo de tiempo, Coco.

- ¿Seguís buscando empleo?

- ¿Para qué? No existe empleo. Mandé el curriculum a diez consultoras. Supongo que si aparece algo, me llamarán. Pero no pasa nada. A mi edad, ¿quien me va a contratar? ¿Y para hacer qué?

Repasaba las piezas con un líquido limpiametales. Brillaban los bronces, extendiéndose ante su vista como un acertijo.

- Se trata de mentir, anunció Vuotto.

- Me paso simulando, lo tranquilizó Morales. Lo sé hacer.

- No sea amargo.

- ¿Usted no?, desafió Morales. ¿Nunca simula, che?

- A veces. Pero no siempre. - Me tiene que contar cómo

lo logra. Yo no puedo. Y no es que sea amargo. Se trata de otra cosa. Porque la simulación es una especie elegante del género camelo ¿verdad? Yo simulé de chico, por ejemplo, cuando tenía que besar a una tía vieja que veía cada muerte de obispo. La tía ponía su mejilla, arrugada como pasa de uva y cubierta de talco y yo simulaba un beso. ¡Chuic! En la escuela, simulaba entender la lección. Más tarde, en la cama, placer. En el trabajo, que me importaba. Todo eso, en el fondo, es un entrenamiento en la mentira.

- Habrá que declarar ante un juez.

Morales tiró una pinza sobre la mesa y se repasó las manos en el pantalón.

- Denme una razón para hacerlo y voy.

- Se trata de ayudar a un amigo, había empezado Vuotto.

- ¿Amigo mío?, preguntó Morales.

- Doscientos calines, interrumpió Coco.

- Es poco.

- No hay más.

- Quiero trescientos.

- Demasiado. Si para vos la farsa es un deporte ¿de qué la vas?

- Doscientos cincuenta.

- Al declarar, apuró Vuotto. Antes, ni una moneda. Pero antes, tenés que venir a que te demos letra.

- Junto esto y salimos.

Por el camino recogieron a Stecher y a Brodsky y fueron a la oficina del abogado.

- Los traigo para que los prepare, doc, le anunció Brodsky a solas. ¿Los hago pasar juntos o de a uno?

Velasco cerró las cortinas del ventanal y opinó que sería mejor que entraran todos. Brodsky los fué presentando y se acomodaron en semicírculo frente al abogado.

- Señores, anunció Velasco después de un carraspeo desde el otro lado del escritorio. Están aquí a raíz de un aviso que aparecerá

mañana en el diario “La Verdad”. Compren y guarden un ejemplar y recuerden el texto. En ese aviso, convocaré a los que hayan visto el atropellamiento de Valdéz. Ustedes no saben que la víctima se llamaba así. O si lo saben, se enteraron por mí. Leyeron mi aviso y como buenos ciudadanos, llamaron aquí y así tomamos contacto. ¿Estamos? Entre ustedes no se conocen. Pudieron verse en el lugar del accidente pero no se recuerdan. Nunca se hablaron, ¿vamos bien?

- Perdón, interrumpió Stecher. Sus explicaciones son vagas. Necesitamos saber día, hora y lugar del hecho. Características de la víctima. Detalles del vehículo embistiente. Marca y color. Condiciones climáticas. ¿Llovía o no? ¿Qué ropas usaba Valdéz? Esto no es un paseo. Se trata de una operación de inteligencia.

- Ya entraremos en detalles, atajó Velasco. Me interesan los grandes trazos del asunto, para que los comprendan.

- No somos un trío de bobos, anunció Coco. Tiene aquí casi un siglo y medio de experiencia. Queremos precisiones para no tener que improvisar en el aire. •

- El hecho sucedió el 13 de octubre pasado, aproximadamente a las 18,30, en la calle de La Piedad al 500, casi al llegar a la esquina de Victoria. ¿Ubican?

- Sí, pero mejor reconocer el terreno para no equivocarse, propuso Stecher.

- Después vamos, lo paró Brodsky.

- Bien. A esa hora, una camioneta Ford F 100, pickup, roja con cúpula blanca, pisó a un tipo de unos treinta años. Estas son las fotos, ofreció Velasco alcanzándolas. No son muy claras, pero es lo que tenemos.

Circularon los papeles, para retornar al abogado sin ningún comentario.

- Se trata de declarar que este hombre venía por la vereda de La Piedad y al llegar a la altura de la pickup, intentó cruzar en forma sorpresiva. corriendo. Se tiró delante de la camioneta, como si fuera un borracho o un suicida o un desesperado. ¿Está claro?

- Está.

- ¿Todos lo vieron?

- Fue un suicidio.

- Estaba loco.

- Bien, continuó el abogado. Quiero que vayan al lugar, observen y traten de reconstruir lo que pudo haber pasado. Ubíquense en esa calle. Piensen por qué motivo estaba cada uno allí. Una explicación no muy complicada. Basta que sea creíble. - ¿Me permite?, interrumpió Stecher. ¿No sería conveniente fotografiar la zona?

- Es demasiado, cortó Vuotto. Con recordar la edificación es suficiente. Vayan y fíjense si hay paradas de colectivos, bares, todo eso.

- Perfecto. El chofer de la camioneta era un tipo joven. Veinte años o algo así. Alto, morocho, de pelo largo, con un arito, describió Velasco. Lo acompañaba otro chico de pelo castaño. No traten de recordar lo que no registraron por el shock del momento. Lo que no recuerdan, no lo recuerdan. Piensen también cómo y cuándo se retiraron del lugar. Según el sumario, alguien - no se sabe quién - llamó a una ambulancia, que llegó a los quince o veinte minutos, cuando ya se habían juntado unos curiosos. Ustedes podrían estar cuando arribó la ambulancia como pudieron haberse ido antes. Eso lo acomodan como gusten. La camioneta tocó al tipo con el guardabarro delantero derecho y lo levantó sobre el capot. El hombre rompió el parabrisas con el cuerpo. La camioneta frenó y el tipo cayó al piso. ¿Alguna pregunta?

Los testigos permanecieron en silencio, hasta que Morales quiso saber quien era el chofer.

- Se llama Luis Amato. Usted no lo conoce, sólo lo vio un instante. Estaba desesperado. No sabía qué hacer. Se agarraba la cabeza con las manos y gritaba *¿Ahora qué hago, Jorge?* Esta frase recuérdela. *¿Ahora-que-hago-Jorge?* Es un detalle importante. Alguien recomendó no mover el cuerpo, que todavía respiraba. Pudo haber sido cualquiera de ustedes.

- Quiero saber a que se dedica el chofer. A ver si se trata de ayudar a un asesino que mató a un inocente peatón, insistió Morales.



- Se trata de un pobre tipo, carraspeó Vuotto. Un empleado. Gana doscientos al mes. Hijo único de madre viuda. Vive con ella en una pensión de la capital... La madre trabaja limpiando casas por horas, personal doméstico ¿vivo?

- ¿Y este lío es para salvar a un infeliz?

- Si lo declaran culpable, pierde el trabajo y la licencia de conductor. Queremos probar que las cosas fueron tal cual fueron. El iba a treinta. Había venido a Candelaria visitar a una noviecita.

- ¿Quien pone la plata para esto y por qué?

- Yo la pongo, dijo Brodsky. La mamá del chico trabaja en casa desde hace años. Es una buena mujer. Esto le puede destrozarse la vida. Mi mujer y yo queremos darle una mano.

- ¿Es así cómo lo cuentan?, preguntó Morales a Coco.

- Parecería que sí.

- ¿El señor es quien lo contrató a usted, doctor?

- El señor, carraspeó Velasco, trabaja para un cliente mío. Por indicación de ese cliente, vino para colaborar a solucionar el asunto.

- ¿Qué te preocupa? ¿Tenés miedo de que sea un camelo?

- No, desechó Morales. Estoy convencido de que lo es, pero quiero asegurarme de que los calines aparecerán.

- ¡Alto, alto!, interrumpió Velasco moviendo los brazos como aspas. ¡Esta conversación se está yendo para cualquier lado! Paren o siganla afuera. Mañana compran “La Verdad”, leen el aviso y toman contacto conmigo. En nuestra próxima reunión, cada uno me contará su versión, que espero que concuerde con las otras. Por hoy, hemos terminado. Puede llevárselos, indicó a Brodsky.

- ¡Vamos, muchachos!, empujó Brodsky. Todavía quedan deberes por hacer.

Tomaron dos taxis. Al llegar a la calle de La Piedad, los despacharon y desplazándose morosamente por la vereda, fueron hasta el lugar del accidente. El barrio del Sacramento seguía como siempre, con sus construcciones chatas y su miseria escondida detrás de sus paredones. Repasaron las esquinas, las características de

las casas, ubicaron el almacén y la parada de los transportes, tomando nota de cada detalle interesante o notable y, después de deambular sin rumbo por la zona, decidieron el regreso.

- Se diría que Dios por aquí no pasó, concluyó Morales dirigiendo una última mirada al entorno. Pura bosta.

Nadie contestó, obligándolo a sumarse al silencio del grupo, hasta que Stecher lo rompió.

- He tardado más de cincuenta años en llegar acá, murmuró. ¿Y para qué? Para conchabarme en una farsa. Debería tener vergüenza de mí mismo.

- ¿Querés abrirte?, insinuó Coco.

- Perdería unos calines que necesito como el agua. No voy a abandonar. Pero esto es basura.

- No dramatices. Solo se te pide una gauchada.

- No me entrené para esto, protestó Stecher. Yo me preparé para defender la patria y un estilo de vida. Pero ahora sólo sirvo para ayudar a un idiota que atropelló a un infeliz. Esa es la única épica que se me permite.

- ¡Déjese de pavadas!, se impacientó Vuotto. Si le sirve, dígame que lo que hará tiene que ver con ese estilo de vida que juró defender. Mejor sería que cada uno arme su versión, así no se pisan. Por si le resulta de consuelo, piense que hay quien no tiene siquiera la posibilidad de una épica, ni grande ni chica. Directamente, nada de nada.

- No quiero discutir de eso ahora. Le propongo dejarlo ahí, pidió Stecher con voz conciliadora. En cuanto a unificar las versiones, podríamos reunirnos en mi casa, ofreció. ¿Qué les parece?

- Brodsky y yo nos abrimos, anticipó Vuotto. No nos necesitan para nada.

- Mejor. Así somos menos. Cinco tipos juntos llaman mucho la atención, apoyó Coco.

- Organicemos, propuso Stecher mirando su reloj. Ellos se retiran. El resto se desconcentra y va a mi casa, con un espacio de diez minutos entre uno y otro. Yo primero, como es obvio.

Se aprobó el plan por unanimidad y con una breve despedida, Stecher, Coco y Morales se fueron, dejando a Brodsky y a Vuotto

en una esquina.

- Espero que funcionen, dijo Brodsky. Son unos desesperados nada confiables.

- Somos, en todo caso.

- No, vos y yo estamos armando un negocio o un espectáculo que es parte del convenio de la Compañía. Ellos se arriman porque andan regalados.

- ¿Qué querías que hicieran para salvarlo a Amato? ¿Una cruzada?

- No da para tanto. En realidad, lo que me interesa es que esto termine rápido.

- ¿Y el dinero?

- También lo quiero rápido, por lo que estoy hablando de lo mismo. Pero no me gusta Candelaria, Adrián. Es húmeda. Y ajena. Sobre todo eso. Ajena. De otros. Quiero irme. La verdad es que extraño. - Porque estás solo y con demasiado tiempo libre. No es una buena combinación.

- Será, dijo Brodsky, disponiéndose a volver al hotel. Estoy de prestado. Toco y me voy. Ojalá sea pronto.

Se lo repitió cuando empujó la puerta encristalada del hotel, sintiendo una sensación de enojado vacío ante la perspectiva de varias - ¿infinitas? - jornadas en esa ciudad de extraños, hasta que el encimamiento del tiempo produjera una acumulación de actos que, encadenados, dieran un resultado que le permita el regreso. Pidió línea y llamó a Isabel. Se tendió en la cama, preparándose para la conversación. El teléfono sonó hasta que supo que nadie respondería. Con los ojos entrecerrados, escuchó la campanilla repiquetear hasta reventarle la ilusión. Colgó con cuidado, consciente de la fragilidad de su ánimo. La habitación estaba en penumbras, iluminada por el reflejo de las luces de una marquesina que se colaban por la ventana. Se hizo un silencio pesado, que tomó el ritmo de su respiración hasta que se le volvió insoportable.

Se desnudó y se metió bajo la ducha, a sentir el agua entibiarle el cuerpo. Se dijo que ella no podía pasarse horas junto al teléfono, a la espera de que se dignara llamarla. Tantas veces se lo recordó

que terminó casi convencido. Prendió la radio y se distrajo con el noticiero, que comenzó informando la muerte de un cura, acuchillado por un septuagenario a quien el barrio había intentado linchar. Después de la tanda de publicidad, el Ministerio de Salud dio sus consejos contra el cólera, y luego hubo más información: En el Perú hubo una masacre en un penal. El premier japonés reconoció haber recibido sobornos de empresas contratistas y en Afganistán, los guerrilleros talibanes habían castrado a un adúltero para que aprendiera a respetar la Sharia. La bolsa se había mantenido con precios estables y la tendencia compradora no se había revertido. Y ahora, escucharemos a José Luis Guerra interpretando su tema “Ojalá que llueva café”. Como cumpliendo un rito, intentó otro llamado que tampoco tuvo respuesta. Telefonó al bar y encargó una botella de whisky y dos sandwiches de miga. Mientras los aguardaba, se preparó para dormir. La jornada concluía. Al día siguiente podría decirle al Perro que había sido fructífera.

- ¡No me diga que salió mi pensión!, exclamó la vieja al descubrirlo a punto de ingresar al pasillo. Vuotto la miró sobresaltado y mientras maldecía el encuentro, la fue arrimando hasta la puerta de su casa.

- Tengo buenas noticias, doña María. El trámite está requeterecontra-avanzado y en cualquier momento pegamos el campanazo. Vine a pedirle el número de documento de su finado. ¿Lo tiene a mano?

- Vengo del almacén. ¿De dónde quiere que lo saque? Tendría que buscarlo, se excusó la vieja abriendo la puerta de su vivienda.

- Paso a buscarlo mañana, anunció Vuotto. Mientras tanto, revuelva sus papeles hasta encontrarlo. Es importante.

- ¿Dónde podría tenerlo?, preguntó la vieja, dejando la bolsa con las compras sobre la mesada de la cocina. No tengo idea.

- En algún lado debe estar. En el acta de casamiento o en el certificado de defunción, por ejemplo.

- No sé donde están, hijo.

- Lo va a encontrar. Yo me voy, así busca tranquila y sin ponerse nerviosa, ¿estamos?

- No podré dormir de la preocupación, anunció doña María. No se gana ni para disgustos, vea. ¿Para qué querrán el número?

- Usted sabe como son estas cosas. - Para lo que sirven es para jorobar, rezongó la vieja. Con todo lo que tenía que hacer. Se me atrasará por un numerito idiota. Lo busco, prometió. No sé por dónde, pero mañana lo tiene.

- Pasaré, prometió Vuotto. Trate de conseguirlo y no me acompañe. Conozco el camino y usted está ocupada y tiene mucho que hacer.

Dejó a la vieja dándose a los diablos y con cautela llamó a la puerta de la Gándara, temeroso de que la otra estuviera espiando por la mirilla. Escuchó los pasos de la mujer y la oyó preguntar con voz dura quién llamaba.

- Adrián, se identificó. Vuotto, princesa. El de anoche.

- ¿Qué querés?, preguntó ella abriendo.

Sin contestar, Vuotto entró cerrando tras suyo, se apoyó en la puerta y sonrió con aire de conejo.

- ¿Cómo estás?

- Apurada, rezongó. Tengo que bañarme, comer, vestirme y se me hace tarde. No estoy para sociales, nene. Tengo que ir al “Marrakesh”. Así que se breve y andate. ¿Qué te trajo ahora?

- Tengo otros trescientos calines para gastar, susurró.

- Ahora no puedo, dijo la Gándara entrando en su dormitorio. Mejor otro día.

Habló sin mirarlo mientras abría la ducha, desvestiéndose. Desnuda, fue hasta el placard y sacó una ropa que dejó sobre la cama.

- Dale, pidió Vuotto, dejando la plata sobre la colcha. Buscamos un teléfono, avisás que no podés ir y nos vamos a cenar.

- Tengo que cuidar mi trabajo, se excusó ella desde atrás de la cortina del baño. Además, no tengo ganas. No soy una profesional de la cama. Buscate otra.

- Quiero con vos. Mejor dicho, quiero estar con vos, aunque

sea para charlar un rato.

- ¿Charlar? ¿De qué querés charlar?, se sorprendió ella. La propuesta debió resultarle divertida, ya que lo dijo con una carcajada. Era la primera vez que la escuchaba reír y le gustó. Le trajo sensaciones de cordialidad y confianza y se la imaginó en la ducha, riendo, con su pelo verde y plata sobre los hombros mientras el agua corría entre sus pechos. Se sentó en el inodoro y habló en dirección a la cortina, como si la estuviera viendo.

- Podría asesorarte como armar tu pleito. Te dije que soy un especialista es eso.

- No insistas. No quiero socios.

- No te ofrecía sociedad, sino un tema de conversación.

- No compro, rió ella. Buscá otra cosa.

- Podría contarte mi vida. ¿No te interesa?

- Para nada. Debe ser como la de cualquiera.

- No creas, tiene sus vueltas.

- Guardátelas.

- Podrías contarme la tuya, propuso él.

- No vale la pena. Además, mentiría para esconder las partes que no me gustan.

- Yo también pensaba hacerlo. Te apuesto a que miento mejor que vos.

- ¡No, ganaste!. Andate.

El se acercó hasta la cortina y notó las manchas negras que la humedad y el tiempo habían dejado en su ruedo, incrustándose sobre los peces y las burbujas estampados en el plástico.

- Hablando con una cortina por medio, parece un confesionario, dijo. Cada vez que nos vemos, me pedís que me vaya. ¿Siempre sos así?

- ¿Así cómo?

Veía su sombra detrás de la cortina, moviendo los brazos y agachándose para enjabonarse. Las curvas de las caderas se borroneaban tras los pliegues del plástico y las recordó, suaves, casi actuales, con el mísero orgullo de un tiempo que fue. Volvió a sentarse en el inodoro y miró el lavatorio, el espejo, el bidet con ropa para lavar,

los estantes repletos de cosméticos y se dio cuenta de que era un extraño invadiendo un lugar que no le pertenecía.

- Sos como sos, reconoció con un suspiro. Dejaló. No tengo derecho a joderte.

Repasó los azulejos de la pared. Algunos faltaban y otros estaban desconchados. El cielorraso tenía la pintura saltada y en sus esquinas se acumulaban hongos traídos por la condensación de antiguos vapores.

- Cuando uno anda solo a veces se olvida de los otros, reconoció mirándose el zapato. No tuve en cuenta que podrías tener compromisos o que no te interesaría estar conmigo. Me voy.

Escuchó cerrarse la ducha y un brazo emergió detrás de la cortina buscando a tientas el toallón colgado de un perchero. Sin decir palabra, se lo alcanzó.

- Gracias, dijo la Gándara. Sos muy amable.

El pensó que más que amable, era un ladrón reparando su delito. ¿Qué menos podía hacer? También sintió que tenía que ofrecerle la posibilidad de sacárselo de encima, permitiéndole encontrarse con su desnudez sin el peso de sus ojos.

- De nada. ¿No querés que salga del baño y te arreglás tranquila?

- Sí, mejor. Andá a la pieza.

Se sentó en el borde de la cama, oyendo como ella se vestía. La Gándara comenzó a arreglarse para la noche y el aire se pobló de ruidos de frasquitos. Levantándose, avisó que se iba. Ella entornó la puerta del baño y pidió que la esperase. Obediente, se tumbó sobre la colcha.

- ¿Cuántas horas trabajás?, preguntó.

- Desde las diez de la noche hasta las cuatro de la madrugada.

A veces se acorta y otras se estira, según la clientela, dijo ella poniéndose la medias.

- ¿Cansa?

- Como todo.

Ella se dirigió a la cocina y sacó un paquete de fiambre, un frasco de mayonesa, pan y un sifón.

- Puedo convidarte con sanguches, ofreció. ¿Querés?

Él se sentó a la mesa y vio como ella esparcía mayonesa sobre la rebanada, colocaba el jamón doblando la feta y lo comía sin taparlo.

- Prefiero un bife. Gracias, se excusó.

Ella, entre bocado y bocado, quiso saber a qué se dedicaba.

- Hace un siglo me recibí de arquitecto, confié él. Pero desde hace años que trabajo en otras cosas. Ahora estoy en seguros. Además, vendí colchones y también tengo un negocito con tu vecina, doña María. Estoy empujándole el trámite de su pensión. En una época, me interesaba la historia, pero tampoco da para comer.

- Un arquitecto debe ganar mucha plata, opinó ella. ¿Por qué andás en esas porquerías? Te dejan monedas.

- ¿Qué arquitecto trabaja de arquitecto? A la fuerza ahorcan. Me hice busca por necesidad, no por ganas. No conseguí quien quisiera encargarme que le construya ni una cucha. - ¿Y el auto? ¿Cómo lo hiciste?

- Aunque no lo creas, trabajando. En otros tiempos, lo hacía. Tenía que mantener una familia. Cuando me separé, se acabaron las obligaciones, pero el coche quedó.

- ¿Cómo ganaste plata con lo de mi marido?

- Cobré por hacerle un seguro a la camioneta. Por eso la Compañía no te pagará un mango. Tendrás que reclamarle a la aseguradora.

- Hijo de puta, dijo ella sirviéndose un poco de soda. Ese seguro es trucho.

- No te perjudica en nada. ¿Qué puede importarte quien te ponga la plata? Lo que te tiene que interesar es ganarla.

- Lo haré.

- Te será difícil sacar mucho si no lo planteás bien. No tuviste hijos y estaban separados. Como se sepa, perdés.

- ¿Qué sabés si estuvimos separados?

- Me lo dijo tu vecina sin tener que preguntar demasiado.

- ¿Cuándo la conociste?

- Cuando te estuve espiando.



- Hijo de puta, repitió ella sirviéndose más soda.  
- Le pregunté sobre vos. Eso fue todo. A cambio me contó su vida.

- Es una chusma. ¿Qué dijo de mí? Apuesto que pestes.
- Según ella, no sos una dama.
- ¿Conociste alguna?

- Mi ex-mujer, señaló Vuotto. Ella lo es. Por eso nos divorciamos, supongo. Demasiado para mí.

La Gándara se puso un sacón sobre los hombros y comenzó a apagar las luces.

- Salimos, anunció.

El pasillo ya estaba oscuro a esa hora. Al llegar a la esquina, la invitó al auto.

- Subí que te llevo.

Hicieron el trayecto en silencio. Estacionó y dejó el motor en marcha. La Gándara se dispuso a descender. Con la mano en la manija de la puerta, se volvió para mirarlo.

- ¿Qué vas a hacer?
- Iré a cenar. Y después, no se. Tal vez vaya a dar una vuelta hasta que me agarre sueño.

Ella titubeó un instante y después de dudar un poco, le dijo: Si estás despierto a las cuatro, vení a buscarme.

- ¿Para qué?

Sonrió como si le hubieran contado un chiste.

- Para que te devuelva la plata que me ofreciste hoy. Te la dejaste olvidada en mi casa ¿no?

- Es un motivo, aceptó Vuotto. Esperame que paso.

Stecher, Morales y Coco se concentraron en el sótano del primero. Habían llegado de a uno, espaciados por minutos, y después de los saludos y de algunos comentarios, comisionaron a Morales para traer víveres.

- Tropa mal alimentada no sirve para guerrear, reflexionó Stecher. Morales, vaya y compre soda, mortadela y pan, que haremos un refrigerio. Coco, dale plata.

- Traeme la cuenta, gordo, pidió Coco extendiéndole un billete. No voy a pagar el banquete de mi bolsillo. Irá a gastos generales y Vuotto me lo tendrá que devolver.

Morales salió, para retornar a la media hora.

- En vez de mortadela, elegí jamón, que es más rico. Agregué trescientos gramos de queso de máquina y unas aceitunas. Además, traje unas cervecitas.

- ¡Gastá nomás!, se quejó Coco guardándose el escaso vuelto que le tendió Morales. Total, el dinero lo puse yo.

Stecher hizo aparecer un pan de manteca, un cuchillo y unos vasos y comenzaron a comer mientras Morales repartía la cerveza más o menos democráticamente.

- La cuestión es simple, dijo Stecher sin dejar de masticar. Pero hasta los temas tontos tienen su complejidad. Por mi condición castrense, soy el indicado para conducir el planeamiento. Primero haremos un croquis del lugar del hecho, propuso barriendo con la mano las miguitas de la mesa. Extendió un papel y con un marcador, dibujó un cruce de calles.

- Esta es La Piedad y aquí corta a Victoria, señaló. Según vimos, en esta esquina hay una tintorería. En la otra, un kiosco. En esta ochava, un muro de ladrillo, con la parada de colectivos sobre La Piedad. Aquí, un almacén.

Con trazos gruesos, Stecher fue escribiendo los detalles, mientras los otros sorbían cerveza.

- Este es el sentido de circulación, apuntó Stecher con una flecha. Y esta era la pickup. ¿Usted dónde estaba en ese momento?, sorprendió a Morales.

- ¡Qué se yo! Donde quiera.

- Aquí estaba, puntualizó Stecher, trazando un círculo en el croquis. Esperando el colectivo junto al cordón. El tipo pasó detrás suyo y lo vio cuando se tiró a cruzar, más o menos por acá. ¿Se da cuenta?

- Sí. ¿De donde venía yo?

- Piense. Imagine algo. ¿Conoce a alguien en ese barrio?

- A nadie.

- ¡Caramba! ¿Seguro?

- Podías venir de la Terminal, por Victoria, apuntó Coco. Te habías quedado dormido en el colectivo y por eso no bajaste en la parada de tu casa. Llegaste a la terminal y allí empezaste a caminar para despejarte. Al llegar a La Piedad, que quedaste esperando el 877 para volver a tu casa. ¿Sirve?

- Claro que sirve. ¿Lo puede recordar, Morales?

- Por supuesto. ¿Hasta cuando me quedé en la parada? -

Vio el accidente. Escuchó la frenada, el golpe del cuerpo contra la pickup y lo demás. Se impresionó tanto que no reaccionó. El chofer gritaba “¿Ahora qué hago, Jorge?”, yo me acerqué y optó por irse de ahí antes de que llegara la ambulancia. No supo nada más del asunto hasta que leyó el aviso en el diario. Tomó contacto y ahora declara. Siempre se sintió culpable de no haber ayudado en el momento.

- Con ese libreto, me toca hacer un papel lamentable, protestó Morales. Tengo que decir que fui un blandito que se borró. ¿No se les ocurre algo más digno para mí?

- Los papeles más dignos son más peligrosos. Recuerde su bocadillo, que no tiene riesgos ni demasiados datos. Hay que pedirle al abogado que nos describa la ropa del fiambre y del chofer.

- La camioneta era roja, pero no me acuerdo la marca, comentó Coco.

- Esos detalles los afinamos mañana. Lo suyo está ¿verdad, Morales?

- Me quedé dormido viajando y llegué hasta la Terminal. De allí me volví caminando por Victoria hasta La Piedad. Paré para esperar el colectivo. Al tipo lo vi cuando se lanzó delante de la camioneta. Picó a mitad de cuadra, de sorpresa, y se tiró a cruzar cuando la camioneta ya estaba a su altura. Ni que se hubiera querido suicidar. Impresionante. Me dieron arcadas. Todavía me resuena el golpe de su infortunado cuerpo contra el frío metal del automotor y después, el grito desesperado del chofer diciendo ¿Ahora qué hago, Jorge?”.

- No sobreactúe ni hable como en un teleteatro.

- ¡Pero si está rebueno!, se entusiasmó Coco. ¡Muy bien,

gordo! ¡Sos un tigre!

- Observé la masa informe del caído sobre el pavimento húmedo de la calle. No somos nada, me dije. ¿Qué ciego impulso habría empujado a aquel desgraciado a ese trance?, continuó Morales con voz monocorde. ¡Oh, el secreto drama de la vida, señor Juez!

- ¡Déjese de tonterías!, lo retó Stecher. Y memorice los detalles topográficos. Nada de pavimento húmedo. ¿Por qué estaría húmedo? ¿cuando había llovido?

- Corrijo entonces: Observé la masa informe del caído sobre el pavimento frío de la calle.

- ¡Nada de frío! Fue de tarde y en un día caluroso. No sea idiota. Cuantos menos detalles, mejor.

- Observé la masa informe del caído sobre el pavimento, contraatacó Morales.

- No hay pavimento sino empedrado, se acordó Coco.

- Observé la masa informe del caído sobre el empedrado de la calle, reanudó Morales imperturbable.

- Está bien, Morales. ¿Por qué no se calla así seguimos?

- ¡Qué ciego impulso habría empujado a aquel desgraciado a ese trance? ¡Oh, el secreto drama de la vida, señor Juez!

- Decile que cierre el pico, pidió Stecher a Coco. O no respondo de mí.

- ¡Es divertidísimo!, rió Morales. Nunca imaginé que ser testigo fuera algo artístico. No se preocupen, muchachos. Haré una interpretación que arrancará aplausos. Los emocionaré.

- Sigamos. Tenemos a Morales en la parada del colectivo, preguntándose por el secreto drama de la vida. ¿Vos, Coco, por dónde entrás?

- Iba por La Piedad en el sentido de la circulación, por la vereda de enfrente y hacia el kiosco, dijo Coco marcando su trayecto en el croquis. Vi al tipo aparecer por detrás de Morales, a mitad de cuadra. La camioneta iba despacio. De pronto, en forma sorpresiva, el hombre empieza a correr intentando cruzar delante de la camioneta. Fue tan rápido que el chofer no pudo impedir tocarlo.

Me acerqué y lo vi. El chofer, un muchacho joven, estaba desesperado. “¿Ahora qué hago Jorge”, repetía. Vino un tipo y ordenó que no lo moviéramos hasta que llegase una ambulancia. Eras vos, ¿verdad?

- Exacto. Buena memoria, aplaudió Stecher.

- No creo que te pueda describir. Te vi unos minutos, nada más. Alguien dijo que la ambulancia ya venía. Me fui.

- ¿Qué hacías en el barrio del Sacramento?, preguntó Morales.

- Conozco a un tipo que vive por ahí. Iba a visitarlo. El accidente me afectó tanto que preferí dejarlo para otro día.

- ¡Bravo! Esto está saliendo de primera, se regocijó Stecher.

- Falta usted, mariscal, observó Morales. ¿Desde dónde contempló la batalla?

- Desde la esquina de Victoria, camino a la Terminal.

- ¿Qué hacía por ahí?

- Aerobismo. Estaba dando mi paseo gimnástico diario.

- ¿Y el bastón?

- ¿Qué pasa con él?

- ¿Trotaba con bastón, general?

- Mire, Morales, no me hinche que exploto fácil. Por supuesto que iba sin él.

- ¿Y puede hacerlo? ¿No lo necesita para moverse?

- ¿Cree que soy un discapacitado? ¡Claro que no lo preciso! Tengo mis piernas en perfectas condiciones.

- Entonces, ¿para qué lo usa?

Stecher se chupó el bigote y tomando el bastón que descansaba a un costado de la mesa, desenroscó su puño de plata y alzándolo, dejó ver una hoja de acero.

- Es un arma. Un estoque. Pero además, llevarlo hace a mi dignidad de militar retirado. Es, digamos, un elemento social.

- Comprendo. Tongo.

- No pedí su comentario, Morales. Mejor quédese meditando en el ciego impulso que empujó a aquel desgraciado a ese trance.

- Haya paz, pidió Coco. Creo que estamos bien. Mañana lo

repetimos y completamos los datos que faltan. Vamos que tocan retreta, indicó a Morales. Hora de ir a casita, gordo.

- Hasta mañana. Repasemos esto hasta la minucia, propuso Stecher. Sobre todo usted, Morales. No sobreactúe. La naturalidad es la base del engaño. Compórtese como el sonso que es, los despidió desde el pie de la escalera.

Lo despertó el olor a fritura y carne asada y un dolor de cabeza proporcional a la cantidad de licor absorbido en la víspera. Cerró los ojos, heridos por el sol que se filtraba desde el patio. Se dejó estar, oyendo los sonidos de la cocina, imaginando que debía ser ella quien los producía. Repasó la blandura del colchón. Corrió la colcha a un lado y se incorporó para ir al baño. A oscuras, escuchó su orín estallar contra el fondo del inodoro. Se balanceaba de cansancio y en el vaivén parecía un creyente en oración. Se lavó cara y manos y volvió a la luz. Asomó por la cocina y la vio en camión, pescando papas fritas en la sartén con una espumadera. La Gándara lo miró sin cambiar de expresión y él saludó ladeando la cabeza para proteger la vista. Dijo que hacía años que no se encontraba en una cocina con una mujer en plena labor, y ella reconoció que no le era habitual preparar un almuerzo para dos.

- ¿Por qué, entonces?

Recogió un mechón plateado y lo colocó detrás de su oreja antes de contestarle.

- No sé. En el fondo, me resultás simpático.

- En el fondo del dormitorio, bromeó él.

A ella le cayó mal. Alzó la espumadera y le arrojó unas gotas de aceite caliente que le hicieron pegar un brinco.

- ¡Cuidado, me vas a quemar!

- Eso quiero. Sos una basura. - No te enojés. Fue un chiste, zonza.

- Claro.

Ninguno volvió a hablar. Comieron en silencio, y de cuando en cuando, Vuotto la espiaba por encima el plato. La Gándara estudiaba el bife con atención, esmerándose en pinchar las papas

de a una.

- Está muy rico, ¿sabés?

Ella siguió callada, y Vuotto se removió en su asiento.

- No te enojés, repitió. No quise ofenderte.

- No lo hiciste, lo tranquilizó ella. Vino bien. Estás aquí porque pagaste la noche.

- No te pongas vos complicada ahora.

- Soy una idiota, arrancó ella después de una pausa. Me puse a cocinar porque pensé que tendrías hambre. Pero es inútil, se dijo. Una no debe bajar la guardia. Vos no sos amigo y tengo que recordarlo. Me gustó eso cocinar para alguien. Pero ahora caigo en que fue por mí. Debilidades de mina.

- Me hubiera gustado que fuese por mí. - Ese derecho hay que ganarlo, dijo ella recogiendo los platos. Y conmigo ya no funciona. Antes de volver a lavarle las medias a cualquier desgraciado, me corto un brazo. - ¿Por qué tan tajante?

- Porque los tipos no valen el esfuerzo.

- A mí tampoco me fue bien cuando me cocinaban.

- Cosa tuya. Las minas no somos santas. Pero, en general, somos mejores que ustedes.

- No se, dudó Vuotto. - ¡Yo sí se! El idiota que tuve de marido no valió ni el cajón que ocupa. Un cerdo. No me vivió más porque no lo dejé. Que si no, todavía lo tenía encima mío.

- ¿Estuvieron mucho tiempo juntos?

- No llegó al año. Me embaracé y el muy cerdo comenzó a buscar alpiste en otro lado. Apenas pude, lo echó. Si tenía suficientes cojones para cogerse dos minas, por lo menos tenía que mantener a una. No le dio el cuero para tanto y tuvo que irse.

- ¿Hijos?

- Uno, que murió al nacer. No llegó a salir de la maternidad, pobrecito.

- Debió ser duro.

- No sabés cuanto. Hoy pienso que fue lo mejor para él. Y para mí.

Le alcanzó un pocillo de café y se sentó a tomar el suyo.

Prendió un cigarrillo y rememoró.

- De cuando en cuando aparecía, y alguna vez volvimos a dormir juntos. Pero corté con eso apenas noté que le volvía la mirada de patrón. Días antes de que lo matasen, estuvo por aquí. Andaba mal y solo. Como vos. Como todos los tipos. Siempre andan solos, por más gente que tengan alrededor. No termino de entenderlos.

- Algunos llevamos una maldición auestas, susurró Vuotto. No sé cual, pero estamos marcados por dentro.

- ¡Cuentos chinos! Les pasa por egoístas. Siempre están pensando en ustedes. El resto, que se muera.

- No es así. Pensamos en lo que se piensa de nosotros.

- ¡Palabras!

- Créeme que son ciertas. Esas marcas existen. Como en la yerra. Son difíciles de explicar, pero están. Nos vuelven energúmenos. Sólo cuando tenés un carbón encendido en la nuca, sos capaz de ponérselo a tu vecino. - ¿Qué carbón me vas a poner entonces?

- ¿Por qué creés que voy a hacerlo?

- Por el tiempo y la plata que me estás dedicando. No lo hacés por que yo te interese.

- Te equivocás.

- Ahora decime que te gusto, así me río un rato.

- Me gustás, claro que sí. Pero también tenés la chance de un negocio que puede dar jugo, y eso te hace doblemente atractiva.

- ¿El juicio?

- ¡Ajá! Si prueban que estaban separados, no lo vas a ganar.

- ¿Cómo lo sabrán?

- Lo podrán averiguar. O se lo puedo decir yo, no sé. Tenés que armarlo bien. Con prolijidad.

- ¿Vos cómo lo harías en mi lugar?

- ¿Somos socios?

- No, no quiero socios. Pregunto de curiosa.

- Entonces, callo de discreto, sonrió Vuotto.

- Peor para vos. No podés hacer nada. Te suponés un vivo



bárbaro ¿verdad? Estás equivocado. La vas de imbécil.

- No te entiendo.

- Lo de Valdéz quieren pintarlo como un accidente, pero fue un asesinato, anunció con tono de melodrama. Lo asesinaron.

- ¿Quién pudo querer matarlo?

- Averigüalo. Cuando lo sepas, te darás cuenta de que estás haciendo el papel de idiota. Otro más. Sobran aquí.

La Gándara apagó el pucho en el cenicero de latón y sonrió enigmática. - ¿Estás insinuando que la Compañía hizo matar a Valdéz?, se sobresaltó Vuotto. ¿por qué lo haría?

- Hablo de pálpito, se evadió ella. Pudo convenirle. Tanto, que pagará por eso. Adelantásele a tu amigo gordo. No tengo apuro y a mí no me va a atropellar ninguna camioneta. Tomé mis precauciones y dejé una declaración en un sobre cerrado en una escribanía. Como me pase algo, se lo mandarán al juez y se destapará la olla. ¡Decíselo a tu amigo! Conmigo no van a poder.

- No entiendo, repitió Vuotto. Creo que sos más loca de lo que parecés.

- Ponele la firma. Lavá los platos y andate. Voy a ordenar el resto mientras tanto.

Lo dejó en la cocina y la oyó ir y venir por el dormitorio. Con un suspiro, abrió la canilla y se puso a la tarea. Pasó un trapo rejilla por el mantel de hule y, tratando de no pararse delante de su escobillón, se vistió para irse.

- Pensaré en lo que dijiste, anunció. Si descubro algo, te aviso.

- Tendrías que ocuparte de otras cosas. Estas no son para vos, aconsejó ella sin dejar de barrer. No pierdas tiempo ayudando a unos bandidos. Te van a complicar.

- ¿Te veo?, preguntó Vuotto con la mano en el picaporte.

La Gándara se apoyó en el escobillón y sonrió.

- Vos viniste y vos te vas. No haré ningún pleito en sociedad. Sí podemos charlar. Me seguís resultando simpático.

Al día siguiente, llamó temprano y cuando escuchó la voz de Isabel no pudo evitar sentir una alegría cruel al darse cuenta de

que la despertaba. La oía adormecida, y la imaginó tratando de sostener el auricular mientras salía del sueño.

- ¿Por donde anduviste? Llamé un montón de veces.

- ¿Cuándo?

- Ayer a la noche, anteayer.

- Habrán sido casualidades o te dio equivocado. Estuvimos en casa todo el tiempo. ¿Cómo andás?

- Harto. Esto se hace largo y me queda demasiado tiempo libre. Mirá si me aburro, que hasta extraño la oficina.

- ¿Cuándo volverás?

- En un par de días. Tres, a lo sumo. Me preocupó no encontrarte. ¿En qué andabas?

- Anteayer salí. Pero ayer estuve en casa con los chicos, haciendo mil cosas. Se vendió la casa de Torres. Firmamos el boleto ayer. La compró un turco. No sé de donde hay tipos que pueden hacer tanta plata. Trabajando es imposible. Para festejar, fui a comprar sábanas para nosotros. Hermosas. Azul la de abajo, floreada al tono la de arriba. Otro juego es beige. Suaves. Un encanto. Adoro ir de compras.

- ¿Te gastaste la comisión?

- No. Todavía no me la liquidaron. Usé de la que me diste.

- ¿Usaste plata sucia? - ¡No seas cerdo! - No lo soy. Lo que pido es que después no me vengas con sermones.

Hubo un largo silencio del otro lado, hasta que escuchó un bufido de fastidio.

- ¡No podés con tu genio! ¿Qué querés? ¿Absolución para tus pecados? ¿Que te aplauda?

- Me bastaría con que no me dieras discursos morales. Creo que sería suficiente.

- ¡No lo toquen al pobrecito!, se burló Isabel. ¡Se ofende tan rápido!

- No te hagas la ingenua, pidió Brodsky. Y terminala. No quiero pelearme.

- Estás buscando roña.

- Me salió del alma. ¿Qué más hiciste?

- Anteayer dejé a los chicos en lo de mis viejos y salí con Adela. Fuimos a cenar y al cine. Hacía meses que no la veía.

- ¿Cómo está?

- Media depre. No se resigna a estar sola.

- Ajá. Lástima.

- Terminá con eso y venite. Los chicos quieren verte.

- Un par de días, nada más. Te vuelvo a llamar.

- Cuidate.

- Un beso a los chicos. - Traeles algo. Cualquier cosa linda. Para ellos es importante.

Colgó sintiendo recuperado el contacto con su mundo, y pidió a la conserjería que le subieran el diario.

- Agregue un jugo de naranja. Dos medialunas calientes de jamón y queso. Café.

Cuando entró el camarero, le dio vergüenza de que lo viera en calzones, pero el otro lo miró con ojos profesionales, más pendientes de la propina que de su estampa. Desayunó en la cama mientras hojeaba el diario. Perdido entre las noticias, descubrió el aviso de Velasco reclamando testigos del accidente. Se le ocurrió que la maniobra era tan burda que, por eso mismo, funcionaría. Cortó la página para el informe al Perro y durmió hasta entrada la tarde. Llamó al abogado para tener novedades.

- Mañana denunciaré al juez la existencia de testigos presenciales, dijo Velasco. Pediré que les tomen declaración cuanto antes.

- ¿Cuándo ocurrirá eso?

- No sé. Depende del Juzgado.

- ¿No puede apurarlo? Tengo que regresar.

- No es necesario que esté. Después le mando copia de las declaraciones. Su amigo Vuotto anunció que hoy trae a los otros para pulir detalles. Parecen gente confiable.

- Son medio tarambanas. Prepárelos bien.

- Déjeme hacer mi trabajo.

- ¿Salvaremos a Amato?

- Por lo menos, mejoraremos su posición. Y en consecuencia, la de la Compañía.

Decidió comer algo, pero la pereza lo seguía anclando. A

esa hora de la tarde, se dijo, no encontraría restaurantes con la cocina aún abierta. Cuando confirmó su palpito, decidió conformarse con cualquier cosa. Comió unos panchos en un puesto de plaza y para hacer tiempo, se metió en un cine a ver dos películas de Chuck Norris. Cuando salió, anochecía y estaba de buen ánimo. Regresó al hotel.

- Hace una hora que te espero, anunció Vuotto al verlo. Estuvimos en lo del abogado. Mañana se larga.

- ¿Cómo anduvieron?

- Nerviosos, pero bien. Pidieron plata. Prometí pagar apenas declaren.

- Yo me vuelvo, viejo. No aguanto tanta quietud.

Fueron a cenar y estaban en eso cuando Vuotto le anunció como al descuido que había novedades importantes. Lo dijo a modo de introducción y se quedó allí. Brodsky lo miró sorprendido. ¿Cuáles novedades?

- Hay quien dice que no fue un accidente.

- ¿Quién lo dice?

- La Gándara. Cree que a Valdéz lo asesinaron.

- ¡Es un disparate!

- Dio a entender que la Compañía podría estar en el asunto.

Escuchame, ¿vos estás convencido de que fue un accidente?

- ¿Te contagió la locura? Nadie me dijo que podría ser otra cosa y menos un asesinato. Lo descarto.

- ¿Por qué tan seguro?

- Porque sí, protestó Brodsky. ¿Para qué la Compañía mataría a nadie?

- Podría suceder, arriesgó Vuotto. Suponete que Valdéz hubiera averiguado algo comprometedor.

- ¿Valdéz? ¿Qué pudo averiguar?

- No sé. El tipo trabajaba en el puerto. ¿La Compañía no manda nada por mar?

- A veces. Pocas.

- Suponete que haya visto un embarque raro. ¿No lo podrían limpiar por eso?

- Ves demasiadas series, descartó Brodsky, negando con la cabeza, con aire triste. Estás chiflado. - Pero podría ser ¿no?

- Yo podría ser un conejo y no lo soy. Dejate de delirios y probá estos camarones. Están bárbaros.

- Si alguien de la Compañía usara esos embarques para su propio negocio ¿ustedes se enterarían? - No, a menos que se descubra.

- Pensá esto: alguien aprovecha los embarques de la Compañía. Entre esa mercadería, saca la suya. Valdéz, en la estiba, se da cuenta y el otro se entera que sabe. Lo pisa y se acabó el problema. Después te mandan para que arregles la cosa. Conseguís un seguro y unos testigos que dicen que fue un accidente. Se cierra el sumario y todos tranquilos.

- ¡Estás de la nuca! El que propuso lo del seguro y consiguió los testigos fuiste vos. ¿Sos de la banda?

- Cierto, reconoció Vuotto. Pudo ser una casualidad. Pero a vos te enviaron enseguida para que la Compañía y Freitas salgan limpios del asunto.

- Sí, por una idea que se me escapó de puro bocón. La camioneta no estaba asegurada y Freitas es el hijo del jefe.

- La dejaron sin seguro para que ningún investigador privado metiese la nariz. Matan a Valdez y te envían a borrar los rastros.

- ¿Soy de la banda, entonces?

- Podrías serlo, ¿por qué no?

- ¿Y Freitas? ¿Y Amato?

- También. Hay tipos que por tres calines matan a su mamá.

Brodsky se sirvió un trago de vino. Depositó la copa sobre el mantel y se pasó la servilleta por los labios, sin dejar de mirar a Vuotto.

- Parece que la tipa te convenció. ¿Cuándo la viste?

- Hace un rato. Antes estuve con ella un par de veces. La busqué a la salida del cabaret. Es una buena tipa. Medio loquita, pero buena persona. Sufrida.

- ¿Qué tal fifa?

- ¿De dónde sacás que yo...? En todo caso, sería cosa mía, se defendió Vuotto.

- Fífa bien entonces, concluyó Brodsky con una risotada. Espero que lo único que te haya contagiado sea su locura. ¿Sabés como hacen en algunos depósitos de quesos para combatir a las ratas?

- Ni idea.

- Ponen una pareja de hurones. No uno ni tres. Dos. Una hembra y un macho, porque si meten machos solos, empiezan cazando ratas pero terminan apareándose con ellas, ¿entendés?

- ¿A qué viene el cuento?

- No sé quien es aquí el hurón y quien la rata, no importa el detalle. Viene al caso, ya que tanto la Gándara como vos andan sueltos y de a uno. En vez de dedicarte a cazarla, te estás apareando con ella. No es bueno para tu negocio.

- Estás mezclando. La visité porque quería engancharla para asociarnos en el pleito que le hará a la Compañía. Lo que me interesa es la información que dio. ¿No puede ser buena?

- ¡No podés ayudarla en el pleito, Adrián!

- ¿Por qué no? ¿En que te afecta a vos? Si pagará el seguro. ¿O vas a tener pruritos en participar?

- Creo que sí. No quiero saberlo.

- ¿Por lealtad a la camiseta?

- Llamalo así. O por pereza. O por agobio moral, no sé.

- Son tus rollos. Te harán morir pobre. ¿Pero qué me decís de la posibilidad del asesinato?

- Supongamos que fuera cierta. ¿Qué pasaría?

- Estaríamos ayudando a encubrir un crimen.

- ¿Hacemos la denuncia?

- ¡Ni locos! Pero tendríamos que pedir más plata por nuestra participación y ser más cuidadosos. Podríamos estar metiéndonos en problemas.

- Por lo que veo, lo tuyo es una cuestión de principios. Llamaré al Perro y le diré que como la Gándara sospecha que fue un asesinato, nos tiene que pagar el doble. Y él, ante esas razones, seguro que acepta ¿verdad? ¡Salí! Mejor cuidate y no galopes sobre

dos caballos. Te podés desnucar, aconsejó Brodsky.

- Estos firuletes son buenos para mi dosis de adrenalina. -  
Me voy mañana mismo, si consigo pasaje, avisó Brodsky con un bostezo. Quedás encargado de terminar el asunto. Hacelo bien, por favor. No delires.

No se fue. Pese a sus anuncios, vio con alarma cómo su partida se ahogaba entre las sábanas del hotel y su inercia. El Perro contribuyó haciéndole saber a través de Mantalián que no regresara. Que no aparezcas hasta nuevo aviso, le transmitió Mantalián. Está que trina. Una inspección de impuestos estaba poniendo a la Compañía del revés. Tienen información, le susurró Mantalián por el auricular. Huele a batida, sentenció.

- ¿Por qué?

- Por el tipo de documentos que están reclamando. El Perro cree que se filtraron datos de la contabilidad negra y teme que los inspectores los tengan. Si llega a ser cierto, vamos todos presos.

- ¿Quién podría batir?

- De haber un informante, está entre los gerentes. Es lo que lo tiene loco. Por las dudas, mandó a Veglio dar parte de enfermo y a Gutiérrez de gira, para que no los puedan interrogar. Por lo mismo, quiere que vos no asomes.

- ¿Sospecha de mí?, se inquietó Brodsky.

- Por principio, de todos. De última, sos el que estás más limpio. No sos gerente ni tenés que ver con la contabilidad. Pero quiere tenernos lejos hasta que pase el chubasco. A mí me tiene secuestrado en su despacho.

- La viuda de Valdéz dice que a su ex lo mató la Compañía para ocultar algún chanchullo, confió Brodsky. ¿Podría ser por una cosa así?

- No, desechó Mantalián. Un estibador no pudo tener acceso a los papeles. Y menos, entenderlos. Además, nadie mataría por evadir impuestos.

- Pero podría ordenarlo.

- No es el estilo de la empresa. Esa está del tomate.

- Ella delira, pero mientras tanto en la Compañía pasan cosas que huelen a podrido.

- No tiene nada que ver. Siempre hay tufo en los negocios. Haceme caso: no des importancia a las fábulas y terminá lo que te pidieron. Con eso, habrás cumplido.

- ¿Y cómo quedo aquí? ¿Hasta cuando?

- Llamá mañana. En una de esas, esto se soluciona con unos billetes a los de Impositiva.

Prefirió quedarse acostado digiriendo las novedades, y se dejó estar. Eso fue todo. Aunque era aun temprano, se sirvió un whisky del frigobar y se sentó a beberlo ante la ventana. El alcohol le quemó la garganta y miró el nuevo día diciéndose que todo estaba bien. Se quedaría en su butaca, sentado, quieto, tomando whisky hasta agotar las existencias, esperando que los acontecimientos encontraran su propio cauce. Que los inspectores se fueran de la Compañía, que el Perro diera luz verde para su vuelta y que la conspiración de Vuotto llegara a su fin. Entonces se levantaría para ir al aeropuerto. Repasó las noticias que había transmitido Mantalián, y se imaginó el manicomio. Si la investigación terminaba con éxito, los días del Perro serían escasos y su trabajo en Candelaria, un exilio o un archivo. Se distrajo en la contemplación de una mucama. La mujer estaba ordenando una habitación un piso más abajo del suyo, en un ala del edificio ubicada enfrente, separada de la suya por el hueco reglamentario de aire y luz. Vio como hacía planear la sábana sobre el colchón y se arrodillaba para alisarla. Vestía uniforme celeste y cofia. Tenía pelo negro y piel mate. Espió sus pantorrillas y concluyó de que eran lindas. Las imaginó duras y suaves al tacto. La mujer concluyó su trabajo y se sentó a descansar. Brodsky la veía desde su la ventana: Era delgada, y supuso que su cuerpo debía ser fibroso. Sintió que lo asaltaba una erección. Sin dejar de observarla, se abrió la bragueta, la sacó afuera y comenzó a masturbarse. De cuando en cuando, tomaba un sorbo de whisky, con los ojos clavados en la mujer. Acabó con un suspiro de alivio, volcándose sobre el whisky, tiñiendo los cubitos de hielo con sus jaleas. Con torpeza, se limpió



con una servilleta de papel. En ese momento la mujer alzó la vista y descubrió su medio cuerpo sobre el marco de la ventana. Brodsky removió el confuso contenido de su copa y sonriéndole y sin saber si era visto, la alzó brindando a la salud de la mujer que, por única respuesta, bajó las persianas. Tuvo la sensación de que se quedaba más solo aún, mirando el entablillado horizontal que clausuraba la ventana. En algún momento, pidió a Conserjería que le subieran diarios, cigarrillos y la comida. Desde su observatorio, vio a la mucama en dos o tres oportunidades más. Notó que era bastante fea y terminó diciéndose que, en realidad, era horrible y, recordando su excitación anterior, decidió que no se entendía.

Repasó las noticias por encima, sintiendo que lo aburrían. La página de chistes estaba mejor y se puso a hacer un crucigrama hasta que tropezó con un río de Asia de ocho letras que empezaba con “e”. Entonces, decidió llamar a su casa. Lo atendió la señora de la limpieza, diciéndole que la señora había ido al supermercado y que los chicos no estaban. ¿Quería dejar algún mensaje o volvía a llamar más tarde?

Que dónde se había metido. Que por qué no avisó que se quedaba. Los reproches de Vuotto se mezclaron con las novedades que le fue desgranando por teléfono.

- Declararon y salió redondo. El abogado dijo que la situación de Amato terminaba en un esepé.

- ¿Y qué es eso?, interrogó Brodsky.

- Un sobreseimiento provisional. No entiendo lo que significa pero, en concreto, no procesan a nadie. Se archiva todo.

- ¿Cuándo sucederá esa maravilla?

- No sé, pero pronto. El problema es que se presentó un tipo contestando el aviso. Fue a lo de Velasco, ofreciéndose como testigo. Su versión se da de patadas con la nuestra. Si declara, se complicará.

- ¿Y Velasco qué opina?

- Le está dando soga, pero tenemos que definir qué hacemos. Según él, sos quien tiene que decidirlo. Además, los chicos quieren

cobrar. Ellos cumplieron. Ahora, te toca a vos.

- Tengo la plata. Mañana podemos pagarles.

- Mejor sacudís las tabas y lo solucionás hoy. No es gente que pueda aguantar mucho.

- Antes, hay que resolver lo del nuevo testigo.

Quedaron en verse en una hora y Brodsky, con un suspiro, saltó de la cama y comenzó a vestirse. Antes de salir, abrió la ventana para ventilar. La pieza olía a encierro.

Velasco esperaba ansioso. Cuando llegaron a su estudio, dio a Brodsky fotocopias de las declaraciones de Stecher, de Morales y de Coco y dijo que hasta ahí estaba todo bien. El problema era este tipo. Un imprevisto.

- No creí que podría aparecer alguien, confesó. Pero ahora que lo tenemos, hay que hacer algo. Si no, corro el riesgo de que vaya por su cuenta al juzgado.

- ¿De donde salió?

- Por el aviso del diario. Más tarde volverá.

- ¿Cómo se llama? ¿A qué se dedica?

- Es viajante de comercio. Volvía a su casa y vio el accidente. Se llama Piperbrink. Un sesentón. Legal.

- ¿Qué dice que vio Piperbrink?

- Cuenta que la pickup venía muy rápido. Valdéz había parado para dejarle paso. Según él, el conductor perdió el dominio del vehículo y se le fue encima.

Brodsky y Vuotto cruzaron una mirada.

- ¿Puede ser un mandado?, preguntó Brodsky. Quiero decir: ¿Puede ser un testigo falso, enviado por la viuda?

- ¿Quién podría asegurarlo? La cuestión es que está ofreciéndose. Si lo presento, nos complica. Si no lo presento, puede hacer lío.

- Dígale que ya tiene suficientes, sugirió Vuotto.

- Lo intenté. Se lo dije pero insiste. Es cabezón.

- Ya veo, murmuró Brodsky. Me suena que ese Piperbrink es un mentiroso.

- O un sicópata. O un mitómano. Pero no podemos probarlo,

avisó Velasco. Peor hubiera sido que apareciesen varios. Uno sólo no es demasiado problema. Pesa el número. Tres contra uno. El tema es que el juzgado puede querer un careo entre los testigos o una reconstrucción. Se alargaría todo. Y si Piperbrink es falso, pueden mandarnos otros más.

- ¿Qué pasa si aparecen más?

- La situación se pondría pesada. En ese caso, el juzgado tratará de saber cuales testigos dicen la verdad y quienes mienten, y eso hará que un expediente que viene liviano, se vuelva espeso. Con que un testigo nuestro se quiebre, comenzarán los problemas.

- ¿Cómo se puede quebrar?

- Entrando en contradicciones. Hasta ahora fue fácil porque el juzgado aceptó las versiones sin demasiadas preguntas. Pero si aparece otra, empezará a profundizar.

- Se trata de que Piperbrink no declare, sintetizó Brodsky. Hasta que no nos aseguremos de eso, no estaremos seguros.

- ¿Y cómo puede lograrlo?, preguntó el abogado. No puedo controlar al tipo.

- Siga ganando tiempo, pidió Brodsky. Por lo menos, hasta que armemos una estrategia. ¿Sabe donde vive?

- Sí. Me dejó su dirección y teléfono.

- Démelos.

Velasco escribió los datos en un papel y se lo entregó a Brodsky, que lo guardó en su billetera.

- No hará nada impropio ¿verdad?

- Por supuesto que no, lo tranquilizó Brodsky.

- No sería bueno que alguien amenazara a ese hombre, opinó el abogado. Puede ser peor el remedio que la enfermedad.

- Nadie habló que amenazar a nadie, puntualizó Brodsky. No somos matones. No le pasará nada.

- ¿Qué puede suceder?, preguntó Coco más tarde.

Estaban en el sótano de Stecher y Brodsky les había dado a cada uno de ellos la paga prometida, cuidadosamente encerrada en sobres cerrados. Con Stecher había sido generoso y le entregó seiscientos calines en billetes de cincuenta.

- Le prometí reconocer su gauchada, y espero que esto no lo defraude, Stecher.

El otro había sopesado el sobre y su consistencia le pareció interesante. Se lo guardó con una sonrisa, inclinando la cabeza en un saludo.

- Entre hombres de honor nunca hay inconvenientes, dijo. Le anticipé que no estamos entre comerciantes.

- No esperaba menos, afirmó Brodsky. Ahora tengo que resolver algo de lo que tienen que enterarse, anunció. Apareció un tipo que dice haber visto el accidente. Tiene una versión distinta, que se da de patadas con la de ustedes. Si declara, el juzgado puede llamarlos a un careo. Es importante que lo sepan.

El ambiente de jolgorio que reinaba en el sótano se quebró y Brodsky sintió que el aire se cargaba de tensión.

- Eso no estaba en el trato, protestó Morales.

- Es cierto. Pero ocurrió.

- ¿Entonces?

- No sé. Tengo que pensar qué se puede hacer. Tiene que ser algo fino. El abogado avisó que una amenaza puede ser contraproducente.

- ¡Yo no vuelvo al juzgado!, estalló Coco. Ni me acuerdo lo que dije.

- Calma, pidió Stecher alzando las manos. En vez de asustarnos, pensemos. ¿A alguien se le ocurre una idea?

- Vos tenías la conducción operativa, le recordó Coco. ¿Qué se te ocurre? A mí, sólo me dan ganas de salir corriendo. ¡Maldigo el día en que me metí en este asunto!

Morales aplaudió, solidario con el discurso de Coco.

- Usted, encaró Stecher a Vuotto. ¿Pensó algo?

- Solo que si ese tipo declara, ustedes son tres contra uno, respondió Vuotto. Con negar que él estuvo, cae su declaración.

- ¡Te dije que no vuelvo!, recordó Coco. Para vos será simple, pero tenés que estar ahí, delante de un pescado que te mira con cara de nada detrás de una máquina de escribir, te dice que el falso testimonio está penado con años de cárcel y después te pregunta si

jurás decir la verdad. No escapé porque ya estaba en el baile. Pero ¿Volver a pasarlo? ¡Ni borracho!

Se hizo silencio hasta que Stecher alzó los ojos al techo y con aire indiferente, dijo que una salida era liquidar al tipo. No se dirigió a nadie en especial. Alzó la vista hacia un punto indeterminado del cielorraso y dijo que había que matarlo. Los otros se sobresaltaron. - ¿Está reloco?, reprochó Morales. ¿Para evitar ir preso por falso testimonio se le ocurre un asesinato?

- Si se hace con discreción y nos soluciona el problema ¿por qué no?, preguntó Stecher con voz aterciopelada.

- No diga tonterías, lo frenó Vuotto. Si es lo único que se le ocurre, le agradezco el esfuerzo.

- ¿Todos piensan lo mismo?, interrogó Stecher, observándolos. Usted, Brodsky ¿también cree que es una estupidez?

- No diría eso, pero es una salida exagerada, contestó Brodsky levantándose. Lo que no significa que no sea efectiva. Pero no llego a tanto. Hay que pensar con la cabeza un poco más despejada. Mañana quizá tengamos las cosas más claras. Propongo que demos por concluida la sesión.

Los otros aprovecharon para abandonar el lugar con aire preocupado. Stecher se paró junto a la escalera y los vio irse murmurando frases inentendibles, que bien podrían ser lamentos. Cuando Brodsky iba a iniciar la escalada, lo tomó del brazo, reteniéndolo.

- Concédame unos minutos, por favor.

Con resignación, Brodsky se despidió del resto y volviéndose hacia Stecher anunció que estaba a su disposición.

- No podía ser de otra forma, se felicitó Stecher ofreciéndole asiento.

- Entre hombres de honor..., farfulló Brodsky.

- ¿Los vio?, preguntó Stecher con una mueca de desprecio, mientras ponía en la mesa un par de vasos y una botella de Old Parr. Están odiándolo por haberlos metido en este lío, pero ninguno

renuncia a sus calines. Entraron en el juego sólo para ganar.

- Como todos, los excusó Brodsky. De haber imaginado que se podía complicar, ninguno se hubiera prestado.

- Yo sí, afirmó Stecher, sirviendo. Quien no piensa que lo que hace puede generarle problemas, no entiende la vida. Quieren transitarla como colegiales, haciendo cosas de canallas.

- La cuestión es encontrar una solución razonable, dijo Brodsky. Su propuesta fue extremista.

- Es cierto, dijo Stecher con orgullo. Matar a ese infeliz es una posibilidad extrema. Pero ¿la asume? Si después la lleva a la práctica o no, es un detalle. Lo que importa es hasta donde está dispuesto a llegar.

- A tanto no, reconoció Brodsky. No es algo tan vital como para decidir la muerte de otro.

- Sin embargo, nos reclutó para burlar la ley.

- Burlarla no es igual a matar a otro.

- Creí que tenía madera para más. Me decepciona.

- Lamento su error. Quizá le di una imagen falsa.

- ¿Qué hará con ese tipo?

- No lo sé. Algo se me ocurrirá.

- ¿Se quedará de brazos cruzados esperando que un idiota complique todo?, preguntó Stecher con agresividad. Le ofrezco la oportunidad de solucionar el problema de una manera viril. Estoy dispuesto a liquidar a ese alcahuete. ¿Que me contesta?

- No cuente conmigo.

- No pedí su participación, sino su conformidad.

- Tampoco la tiene. No es un tema que me afecte.

- Lo incluye. Imagínese que alguien se quiebre cuando lo careen con ese idiota. Lo señalará a usted y su cogote entrará en problemas. Lo envolverán en la causa.

- Es un riesgo. Piense otra alternativa: usted mata a ese estúpido. Lo detienen y averiguan como empezó la historia. Ahí estaremos peor.

- ¿Le da miedo?

- Por supuesto.

- ¿Por usted o por el tipo?

- Por mí. Al otro no lo conozco, aunque no quiero que me pese en la conciencia.

- No dije que lo iba a matar, sino que estaba dispuesto a hacerlo, puntualizó Stecher tomando su bastón. Sacó el estoque y poniendo la punta del acero en el cuello de Brodsky, preguntó: ¿Siente? Una presión más fuerte y adiós.

- No hace falta esta demostración. Le creo, dijo Brodsky tratando de correrse.

- Hace falta, negó Stecher. Somos hombres porque podemos morir. Si fuéramos eternos ¿qué importaría nada?, aventuró bajando el estoque. Tenemos miedo de que nos maten. Lo único que nos redime de ese miedo es la posibilidad de dar muerte, Brodsky, dijo inclinándose hacia él y mirándolo a los ojos. ¿Quién mata? Sólo el que puede o quiere mandar. Sólo el que desea a riesgo de su propio pellejo. Por eso me gustó la milicia. Desnuda el juego.

- ¿Qué juego? Esto no da para la metafísica, mayor Stecher.

- ¿Cree que estoy loco? ¿Que deliro? Supongámoslo. Estoy loco y me gusta jugar hasta la última carta. Recién vamos por la primera mano y los demás desertaron. Yo seguiré hasta copar la banca.

- No vale la pena, Stecher. Por un accidente de tránsito no tiene sentido encastrarse.

- No hablaba del accidente, Brodsky, sino de algo más importante. Debo advertirle que no pasó el exámen.

- ¿Qué exámen?

- El mío. Estoy formando una logia que cambiará el país, susurró. De haber aprobado, hubiera podido integrar nuestros cuadros. Falló. Lo siento.

- Muchas gracias. Haberlo sabido antes. Lo cierto es que no quiero participar de ninguna logia ni transformar ningún país.

- Después de su pobre definición, esas posibilidades quedaron canceladas, sentenció Stecher. Sólo tiene el problema del testigo espontáneo. Puedo instruirlo sobre cómo solucionarlo pacíficamente por cuatrocientos calines. ¿Le interesa? - Por

supuesto. Menos lo de los cuatrocientos calines. También se trata de una cuestión que lo afecta.

- Nos disminuye como personas discutir por plata, calificó Stecher. ¿Sabe lo que hay que hacer con ese Piperbrink?

- ¿Qué?

- Nada.

- ¿Cómo nada?

- Nada de nada. Deje que vaya al juzgado si quiere y que declare lo que se le antoje.

- ¿Entonces?

- No pasará nada. Se lo digo de corazón.

- Velasco anticipó que podría haber problemas.

- Porque Velasco gana plata cuando hay problemas y la pierde cuando abundan las soluciones. Es natural que desee problemas, que los anticipe y en una de esas hasta los provoque para asegurarse trabajo. ¿De qué hablamos en este asunto? ¿Alrededor de qué gira? De la muerte de un imbécil. No le interesa a nadie. ¿Qué valor tuvo ese Valdéz en vida? Ninguno. Hay cientos de miles como él, millones, vivos y coleando y tampoco interesan. Nadie discute quien lo pisó. Se sabe. ¿Corrió o caminó? ¿La camioneta iba rápido o despacio? ¿Usted cree que al juez le importan esas idioteces? ¿Lo piensa en serio?

- Creo que está para eso, dijo Brodsky encogiéndose de hombros. Deberían interesarle esas cosas.

- Falso concepto el suyo. Su Señoría está para mangonear un sueldito, trabajar poco, hacer carrera, vivir bien, ser respetado, no ofender a los de arriba y que no lo molesten los de abajo. El caso es simple y las contradicciones entre testigos son una variable prevista en su doctrina y en su jurisprudencia. Quedese quieto, que Su Señoría hará lo mismo sin que nadie tenga que pedirselo. Lo demás es cotillón.

- Me tranquilizaría que fuera así.

- Solo Dios puede prever y arreglarlo todo. Si ese Piperbrink va, escribirán su declaración, le darán las gracias y chau, carpetazo al expediente.



- Lo dice muy convencido

- Por experiencia. ¿Sabe qué me pasó? Siempre reconocí mi participación en la guerra antisubversiva. Lo decía a gritos mientras otros se hacían los distraídos. Cuando llegaron los políticos de la democracia, me acusaron de doce secuestros seguidos de tormentos y muerte. Cuando tuve que declarar dije, vea juez, se equivoca. Yo no maté a doce. Tenía que haber visto la sonrisa de Su Señoría. ¿Se declara inocente?, me preguntó. Para nada. Solo quisiera aclarar que no fueron doce sino treinta y cinco, doctor, y bien muertos están. Si quiere, le digo qué general me dio la orden. El juez se puso blanco y no quiso que esas palabras figurasen en el acta. Solo complicará su situación, mayor, me explicaba. Y yo insistía: ¡Póngalo, hombre, si es la pura verdad! Interrumpió la audiencia para que no siguiera hablando y no volvió a tomarme declaración. Cuando salió la Ley del Reencuentro Fraternal y nos amnistiaron a todos, archivaron el expediente. A nadie, y menos al juez, le interesó profundizar. ¿El Fiscal acusaba por doce? Doce tenían que ser, no treinta y cinco. Esa diferencia de veintitrés muertos le complicaba la vida y el expediente. Prefirió no escribirlo. Si eso pasó por una cuestión política, ¿qué no pasará en una muerte menor como es la de ese morocho? Quedese quieto y tranquilo. Lo que llamamos justicia es una burocracia.

- Lo que sugiere puede ser un camino.

- Piénselo, invitó Stecher alzando nuevamente el estoque. Cuando lo tenga resuelto, se acordará de mí. Verá que esos cuatrocientos calines habrán sido una inversión excelente.

- No le prometí dinero, Stecher. A lo sumo, una vez que sepa en que terminará este asunto, lo telefoneo para agradecerle su consejo.

- Me los debe aunque no lo hayamos convenido. Por reconocimiento, dijo Stecher con voz risueña volviendo a colocar la punta del estoque en el cuello de Brodsky. Con que me reconozca el gesto, quedamos cumplidos y se ahorra llamarme. ¿Verdad que me los dará? ¿Que me los entregará ya mismo?

- Con un fierro en la garganta no me deja alternativas,

viejo. ¿Y si no los tengo encima?

- Iremos a buscarlos a su hotel.

Quedaron callados. Brodsky sentía la punta del acero en su cuello y miró a Stecher con aprensión.

- No tengo nada contra usted, se excusó Stecher. Es una cuestión de estricta equidad. No soporto que un trabajo quede impago. Me dará mis calines y también podrá agradecerme la gauchada,

porque somos hombres de honor. En eso estuvimos de acuerdo desde el primer momento.

- Esto parece un asalto, protestó Brodsky.

- Tómelo como quiera, dijo Stecher. Corresponde.

Brodsky sacó la billetera del bolsillo y abriéndola, entregó a Stecher cuatro billetes de cien.

- Tenga. Gracias por su consejo, mayor Stecher.

Stecher tomó el dinero y retiró el estoque.

- Váyase, Brodsky, pidió con voz oscura mientras envainaba el acero tras guardar los billetes. Usted y los otros me dan asco. No tienen coraje ni decencia. No les importa la vida del prójimo. Ni para conservarla, ni para hacerla mejor, ni para quitársela. La subversión, con lo mierda que era, resultó mejor que esta feria. Al menos, podíamos combatir y teníamos contra quien.

Brodsky prefirió no contestar y con pasos lentos se dirigió a la escalera. Al pasar por la mesa, terminó el whisky que quedaba en su vaso y empezó a subir, tratando de no hacer ruido. Cuando salió a la calle, le pareció que emergía de una pesadilla.

- Piperbrink, ¿el nombre le dice algo?

La Gándara rió y Brodsky sintió que la risa era por él.

- Más me dice peppermint, ¿no es lo mismo?

- No se burle, pidió Brodsky con voz suave. No le pido que muestre todo su juego, pero si es un peón suyo, quisiera saberlo.

Ella lo observó pensativa. Estaban en el "Marrakesh", donde Brodsky había irrumpido cerca de la medianoche.

- Usted y su amigo Adrián son tipos extraños, dijo ella de

pronto. Hacen cabronadas mientras se comportan como si fueran señoritos. ¿Por qué habría de contestarle? Averíguelo.

- Le ofrecí arreglar la cuestión amistosamente, recordó Brodsky. Su actitud nos obligó a defendernos.

A ella le resultó graciosa la explicación y volvió a reír.

- ¿Quiere saber algo?, lo desafió poniéndose seria. No había pensado en ningún juicio hasta que usted apareció.

- No le creo. Pero si es así, olvídense que aparecí y deje todo como está.

- Ya no es lo mismo. Antes no sabía que tengo algo para vender. Ahora que me di cuenta, voy a meterles un pleito.

- Nunca conseguirá lo que pretende. Hubiera pedido una cifra razonable y terminábamos.

- Mientras tenga la posibilidad, tendré la ilusión. El dinero que su Compañía me hubiera dado no me cambiaba la vida. Hubiese seguido siendo la misma, tal vez un poco mejor equipada. No podía interesarme. El que pretendo me puede abrir otro camino. Vale pelearlo.

- ¿Aunque finalmente no lo consiga?

- Eso dice usted. En el peor de los casos, es una fantasía valiosa. Lo demás es basura.

- La que podría haber conseguido negociando, aún en la hipótesis más barata, hubiera sido mucha plata. No puede llamarla basura.

- Mierda entonces, ¿lo prefiere así? En esta lotería no había comprado billete hasta que me llamaron al sorteo. No voy a vender mi chance por moneditas. Si les valió la pena matar a Valdéz, también debe valer mi silencio.

- ¿Habla en serio?

- Podría firmarlo y lo firmaré. Al Negro lo asesinaron.

- ¿De donde sacó esa idea?

- Era demasiado previsible como para que lo mataran de casualidad. Tenía programada hasta la miseria. Quiero decir con esto que no valía ni una puteada. ¿Por qué razón aparecería un tipo a ofrecerme cincuenta o sesenta mil calines por él? ¿para arreglar qué?

- No entiendo su razonamiento.

- Trate. Ese Amato miente. ¿Qué tenía que hacer en Candelaria, sino pisarlo? Lo del recital es cuento. El Negro encontró o supo algo que valía y como idiota que era, pensó que podía aprovecharse y debió querer hacer plata chantajeando a alguien pesado. ¡Qué imbécil! ¡Nunca entendió nada! El pesado debió hacer un gestito con la mano y lo mataron. Esa debe ser la verdad. Y yo, ahora que se me dio, los voy a ordeñar por derecha, legalmente y con toda la música. Si pierdo el pleito, iré a los periódicos y a la televisión, denunciaré el asesinato y armaré un escándalo. A ustedes no les conviene el lío. Si quieren evitarlo, pagarán en buena moneda lo que esto vale. - Está en un error.

- Compran de todo y a todos. ¿Por qué no mi silencio?

- ¿Para qué comprar el silencio de los callados? Sería idiota. No se equivoque. No tiene ninguna mercadería que ofrecer.

- El escándalo.

- Durará lo que un suspiro. La Compañía puede ahogarlo. Pagando avisos, desaparecerá de un día para el otro. Y si dura, ¿qué conseguirá? Nada. Tiene un arma que se descarga al primer uso. Pasado el susto y la sorpresa, se acabó.

- No me convencerá.

- Tampoco lo intento. No es algo personal. Si yo tratase de hacer lo que usted planea, me sucedería lo mismo.

- ¿Entonces cree que no servirá de nada?

- No dije eso. A mí me sirvió. A los abogados, también. A la policía, al seguro, a los testigos, a Vuotto y al funebrero. Meta al Juez y al Fiscal en la bolsa y es posible que me esté olvidando de algún otro. Todos hemos justificado nuestros trabajos, y lo seguiremos haciendo mientras quede un cabo por atar. Para eso fue útil. A usted le toca buscar su ganancia y quizá algo encuentre. Estamos metidos en el vientre de una máquina, muchacha. Ponga un hombre y un dolor por una punta que, si lo hace con talento y mueve bien la manivela del organito, saldrá un show por la otra. Y si el show vale, si entretiene, puede llenarse de billetes. Disculpe

la crudeza, pero yo no inventé esto. - No se haga el inocente. Trabaja para que esto funcione. Esa máquina también es su Compañía.

- Cierto, reconoció Brodsky. No crea que me gusta.

La Gándara ablandó los ojos y poniéndole una mano sobre la suya, lo miró. Brodsky se sorprendió con el contacto. Sintió la calidez de la piel de la mujer y se dejó estar.

- En el fondo, somos unos infelices, susurró ella. Cuanto más solos, peor nos ponemos, ¿verdad?

- Sí.

- Así y todo, ni se te ocurre bajarte del carrusel.

- No es que no lo piense. Sencillamente, no puedo. - Yo tampoco, dijo ella retirando su mano. Es una desgracia.

Brodsky terminó el resto del café y cambió de tema.

- Me enteré que viste a Vuotto.

- ¿Algún problema?

- Sólo el comentario, aclaró Brodsky. Me extrañó que aceptases la compañía de otro canalla.

- Estuve con él porque quise y cobré bien. No pongas caras. Vos también cobrás tus servicios. En ese sentido, los míos son mejores. ¿Suficiente?

- Mucho, dijo Brodsky. La explicación no era necesaria. Pregunté de metido.

- Me encanta que me pregunten, rió ella. ¿Te sigo contando? No importa si la Compañía mató al Negro o no. Pueden ser historias mías. Pero me hacen bien. Me sacan de este basural.

- ¿Querés fabricar una fantasía?

- Si ustedes pudieron, ¿porqué yo no? Conseguiste un seguro que no existía, cambiaste al conductor, ganaste plata y justificaste unos días de tu vida. ¡Me gusta ese juego! Haré que los papeles me conviertan en una dama, transformaré al Negro en un hombre de provecho, a la Compañía en una mafia y al negocio en justicia. - Te deseo suerte.

- La tendré, afirmó ella. Sobre todo si te quedás quieto y no me arruinás el pastel.

- ¿Y después? ¿Cuando hayas ganado, qué?

- Contestalo vos, que ya ganaste en lo tuyo.

- Después, nada de nada. A seguir en la noria.

- Eso es falso. Solo por tener la plata habré cambiado todo.

Yo misma cambiaré... Decís todo esto porque sos un amargo. Tenés lo que me falta: familia, techo y futuro. Hasta parecés respetable. Y sin embargo, respirás tristeza. Algo me dice que vos, por algún costado, sos una mentira.

Brodsky encendió su enésimo cigarrillo y, largando una bocanada, la miró con los ojos entrecerrados.

- Creo que lo soy por los cuatro costados. Lo único verdadero en mí debe ser el dolor.

- Hasta en eso debés mentir.

Se levantó para irse, aplastando el pucho contra el piso.

- No me juzgues vos, ahora.

La Gándara también se paró, y le pareció más alta.

- No quise joderte, dijo ella acercándose. Hasta hoy, me dabas miedo. Ahora me das lástima, murmuró dándole un beso en la mejilla. Andate de una vez. Tengo que seguir trabajando.

Apenas llegó al hotel llamó a Vuotto. Era muy tarde, pero lo encontró lo bastante despierto como para decirle que esto había terminado para él. Se volvía al día siguiente en el primer avión, con o sin el permiso del Perro.

- No podés irte, protestó Vuotto. Acordate de Piperbrink.

- Está todo bien. No hay que hacer nada.

Habrá sido el tono apagado de su voz o la perspectiva de su partida lo que movilizó a Vuotto.

- ¡Voy para ahí a verte!, anunció cortando. Brodsky fue al lobby, y lo esperó hundido en uno de sus sillones. Vuotto entró apurado y, apenas lo vio, se dejó caer en otro frente a él. ¿Otra vez deprimido?, bromeó a modo de saludo.

- No más que antes. Stecher sostiene que a Piperbrink nadie le hará caso. Hablaré con Velasco para que le deje vía libre y, si es necesario, que lo maree. Si el milico está en lo cierto, el testimonio

de ese tipo no nos perjudica. Tranquilizá a los muchachos y que se olviden.

- ¿Stecher aconsejó eso?, se sorprendió Vuotto. ¿No era que quería matarlo?

- Era una broma. Medio pesada, pero tiene que ver con su particular sentido del humor. Resultó que quería probarme. Deseaba ver hasta donde yo era capaz de llegar. Cosas de loco. Pero en esto de Piperbrink, creo que tiene razón. Le darán carpetazo al asunto.

- ¿Y cómo queda lo nuestro?

Brodsky sonrió, y más que una sonrisa, pareció que mostraba los dientes como un lobo. Dentro de un mes, dijo, cuando el seguro no pueda rechazar la cobertura, cobro el saldo de la Compañía y te mando la mitad. Te la transfiero o vengo personalmente y con eso terminará el episodio. Lo que sí te digo es que te agradezco la colaboración que me diste. Sin vos, esto no hubiera salido.

- De nada. Lamento que te vayas, Quique. Me había acostumbrado a verte.

- Yo también. Hicimos una buena dupla.

Quedaron mirándose sin saber cómo seguir.

- Si convengo a la Gándara para asociarnos en el pleito, te llamo, prometió Vuotto. Ahí podríamos sacar otro buen montón de billetes.

- No, atajó Brodsky. No quiero saber más de Valdéz ni de la Gándara. Si hacés negocio con ella, no me incluyas. Para mí, esta historia se acabó.

- ¿Bien, verdad?

- Pruritos de lado, reconozco que sí, confió mientras se ponía de pie. Vuotto también se incorporó.

- Cuidate, Adrián, pidió Brodsky. No siempre podrás mudar a Maradona treinta veces y salir vivo.

- Vos también cuidate, Quique, dijo Vuotto estrechándole la mano. Y no seas tan melancólico. No vale la pena.

Quedaron frente a frente, titubeantes, con los brazos a los costados, como si no supieran que hacer con ellos. Brodsky sintió que le gustaría despedirse de Vuotto con un abrazo, pero era de un ánimo demasiado envarado para poder hacerlo sin ruborizarse, por lo que optó por dar por concluida la despedida. Vuotto, a todo esto, se quedó mirándolo con un aire que se le ocurrió burlón. ¡Adiós,